

ALAN BENNETT

---

*Dos historias  
nada decentes*



Lectulandia

Este libro consta de dos novelas cortas: «La señora Donaldson rejuvenece» y «La ignorancia de la señora Forbes».

La señora Donaldson es una viuda reciente, de cincuenta y cinco años, con una hija casada, puritana e insoportablemente convencional que pretende que su madre viva reverenciando la memoria de un difunto marido muy aburrido. Aburrimiento contra el que la señora Donaldson no se rebelaba, y ni siquiera cuestionaba, educada en la firme creencia de que ser y hacer lo que se espera de nosotros son los pilares de la cotidiana felicidad. O conformidad. Pero ahora su vida comienza a cambiar. Ha conseguido un trabajo en un hospital: actúa interpretando a pacientes, con sus correspondientes enfermedades, para ilustrar las clases del doctor Ballantyne. Y, de interpretación en interpretación, la señora Donaldson comienza a descubrir pliegues y honduras que ignoraba de sí misma. También ha alquilado una habitación a una pareja de estudiantes que le proponen un pago en especies para saldar lo que le deben: le ofrecerán un espectáculo porno sólo para sus ojos. Y ella, contra todo pronóstico, acepta, los contempla y cuando terminan les ofrece una taza de té. Y comienza La señora Donaldson rejuvenece.

En cuanto a La ignorancia de la señora Forbes, su hijo Graham va a casarse con una chica que lleva el muy vulgar nombre de Betty. Y aunque muy rica, es fea. La dominante y esnob señora no entiende el porqué de todo esto; los guapos siempre se han casado con guapas, y viceversa. Ella lo hizo, y por eso tiene un hijo guapo. Además, su familia está en el escalón más alto de la clase media, donde no se usan nombres como Betty. El señor Forbes, por su parte, asiente a todo, y lo único que le inquieta es que Graham es y ha sido la principal ocupación de su esposa, y si se casa y se marcha, todo el peso de la insoportable señora Forbes recaerá sobre sus hombros. Y el bello Graham, a su manera, quiere a Betty, y hasta puede follar alegremente con ella, siempre que haya un espejo en el que él pueda verse, y quizá imaginar otros cuerpos menos femeninos, como el de Gary, por ejemplo. Porque la señora Forbes ignora muchas más cosas de las que sabe...

**Lectulandia**

Alan Bennett

# **Dos historias nada decentes**

ePub r1.0

x3l3n1o 11.01.14

Título original: *Smut. Two Unseemly Stories*

Alan Bennett, 2011

Traducción: Jaime Zulaika

Editor digital: x3l3n1o

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## **La señora Donaldson rejuvenece**

—Supongo que usted es mi mujer —dijo el hombre en la sala de espera—. Creo que no he tenido el placer. ¿Podría decirme su nombre?

De mediana edad y escuálido, tenía las piernas al aire y la señora Donaldson pensó que debajo del batín quizá estuviera totalmente desnudo.

—Donaldson.

—Bien. El mío es Terry. He estado fuera.

Le tendió la mano y mientras ella se la estrechaba brevemente la bata se abrió y dejó ver un par de calzoncillos de color naranja y, remetido en la pretina, un teléfono móvil.

—Problemas de tránsito —dijo él, alegremente.

—No, creo que no —dijo la señora Donaldson.

—Míos, no suyos, querida —dijo Terry—. Usted es sólo mi mujer.

—Me han dado a entender —dijo la señora Donaldson— que eran sus vías urinarias.

—Ni loco. —Terry se subió la cintura de los calzoncillos—. De eso nada.

—La frecuencia —dijo la señora Donaldson—. Se despierta por la noche.

—En absoluto. Voy antes de acostarme y, por la mañana, lo primero de todo... Bueno, usted lo sabe —dijo, soltando una risilla—. Es mi mujer.

La señora Donaldson sacó una carpeta.

—Creo que es en el otro departamento, ya verá —dijo Terry—. Depositiones duras y que les cuesta pasar. Sangre algunas veces. Todo eso. Pensé que, como soy tímido, me daría vergüenza, y por eso está usted aquí: para echarme una mano.

—Bueno, fui enfermera —reconoció la señora Donaldson—. Estoy al corriente de todos los términos técnicos: intestinos, colon, próstata...

—Alto aquí —dijo Terry—. ¿Era enfermera?

—No —dijo ella—. Soy viuda.

—Espere un segundo. Voy a asegurarme —dijo Terry, y, atándose la bata, salió de la habitación.

Cuando volvió la encontró sentada en un asiento distinto. Terry se sentó a su lado, pero sin decir nada.

—¿Y? —dijo la señora Donaldson.

Terry se señaló la entrepierna.

—Son las vías urinarias, aunque al parecer podrían afectar al intestino porque tendrán que entrar primero por la puerta trasera para evaluar la próstata. Después dependerá de la importancia que él les conceda.

Se abrió la puerta. Se oyó el sonido de una risa y una chica con su nombre en una etiqueta salió llorando.

—He intentado decírselo, querida —dijo una anciana que salió tras ella, abotonándose la blusa—. La vesícula biliar era una pista falsa.

Sonó un timbre. Terry y la señora Donaldson se levantaron.

—Después de usted —dijo Terry, poniendo un dedo en la región lumbar de la señora Donaldson. Ella se retorció para zafarse y dijo—: Ha dicho que era tímido, ¿se acuerda?

Aquella mañana había media docena de estudiantes, cuatro chicos y dos chicas, y el lugar tenía el tosco mobiliario de una sala de consulta. Había un escritorio, una mesa y, repantigado al fondo, con aparente indiferencia, estaba el doctor Ballantyne, el jefe de la unidad. Como Terry, pensó la señora Donaldson, aunque sin duda con unos calzoncillos más elegantes.

—Buenos días, señora Donaldson, señor Porter. —Ballantyne se despegó de su silla—. No les preguntaré cómo están, porque eso les corresponde averiguarlo a nuestros aprendices de curandero, aunque me temo que nos hemos quedado sin la señorita Truscott, que se ha ido ofendida. Bueno, adelante, adelante. ¿Alguien va a pedirles a estas buenas personas que se sienten? —Él se sentó—. Señor Rowswell, usted manda.

Un chico nervioso, de cara colorada, con extrañas orejas y la chaqueta demasiado grande, les hizo sentarse con gesto torpe y se colocó en el lado del escritorio donde no estaba acostumbrado a estar.

Mientras se buscaba la mano dentro de la manga miró a Terry y esbozó una sonrisa.

—¿Qué le pasa?

Ballantyne suspiró profundamente y se llevó las manos a la cabeza.

—Enhorabuena, señor Rowswell. Sólo está en segundo y ya posee una pericia que no me ha sido concedida a mí en veinte años de ejercicio. Sabe decir quién está enfermo y quién no.

La clase, solícita, soltó una risita ahogada.

—¿Cómo sabe cuál de estas dos personas aparentemente saludables es el paciente?

Rowswell se ruborizó.

—El que lleva bata.

Ballantyne miró a Terry como si no lo hubiera visto hasta entonces.

—Así que es él. ¿Por qué, señor Porter?

Terry se frotó las rodillas desnudas.

—Pensé que ganaríamos tiempo.

—No estamos aquí para ganar tiempo, señor Porter. Estamos para... —y sonrió gentilmente a la señora Donaldson— salvar vidas. En el futuro no desenfunde tan rápido. Si la paciente fuera la señora Donaldson, no creo que se hubiera presentado —pensó un momentito en *négligé*.

Con una amable sonrisa, dejó que la idea gravitara unos segundos.

—Continúe, señor Rowswell.

La señora Donaldson llevaba alrededor de un mes acudiendo a la facultad de medicina y mucho más tiempo al propio hospital. Allí había muerto su marido, lentamente pero sin dolor, visitado a diario por su sufrida cónyuge con arreglo a una rutina que ella había empezado a considerar fastidiosa pero a la que se había acostumbrado y a la que incluso había cobrado cierto apego, por lo que al final la muerte del señor Donaldson representó una doble pérdida: echaba tanto de menos las visitas como al visitado, y, sobre todo por la tarde, no sabía muy bien en qué emplear el tiempo. Sin un motivo apremiante para salir de casa, se quedaba en ella semanas enteras, un proceso que Gwen, su hija casada, se complació en dignificar como «luto» y que le resultaba gratificante porque pensaba que su madre no había cumplido con su padre.

Pero aunque su marido había sido un hombre irreprochable y la señora Donaldson lamentaba sinceramente su fallecimiento, no se sentía totalmente preparada para habituarse a la digna soledad que su hija consideraba apropiada para su condición de viuda. La liberación llegó de una forma inesperada.

Un embrollo relacionado con la pensión del fallecido había dejado a la viuda en una situación menos holgada de lo que estaba previsto y necesitaba complementar sus ingresos. Sola ahora en una casa de tres dormitorios se le ocurrió que podría hospedar a estudiantes.

Aunque su hija no pudo discutir la sensatez económica de este propósito, consideró desagradables sus repercusiones sociales.

—¿Inquilinos? ¿En Lawnswood? No creo que a papá le hubiera gustado. Y no te veo de casera.

—Alquilar la habitación de invitados no me convierte en casera. Además —dijo la señora Donaldson—, no son inquilinos sino estudiantes.

Gwen no discutió, pensando que unos cuantos meses de marcas de agua en la bañera, música hasta altas horas y cisternas del baño sin tirar resultarían suficientemente convincentes.

—El primer condón en el retrete —le dijo a su marido— y enseguida cambiará de parecer.

Puede ser que la señora Donaldson tuviera suerte, pero los dos estudiantes enviados por el servicio de alojamiento de la universidad eran en todos los sentidos salvo en uno intachables. Eran ordenados y silenciosos, limpiaban la bañera y tiraban de la cadena, y en conjunto se mostraban tan discretos que la señora Donaldson apenas notaba su presencia en la casa. Laura estudiaba medicina y Andy, su novio, arquitectura (la señora Donaldson pensaba que quizá este hecho tuviera algo que ver con su amor al orden), y a través de ellos la habían contratado como simuladora a tiempo parcial, un anuncio de trabajo que Laura había visto en el boletín de la



facultad.

No pedían más requisitos específicos que la capacidad de memorizar datos y de exponerlos con claridad. El anuncio no decía nada de dotes interpretativas, pues de lo contrario ella no se habría presentado; tampoco mencionaba la confianza en uno mismo, lo que también habría sido disuasorio porque la señora Donaldson siempre se había considerado tímida.

Este aspecto no pasó inadvertido a Gwen cuando su madre cometió la imprudencia de decirle que había solicitado el empleo.

—Para empezar, no te gusta desvestirte.

—No —convino su madre—, pero es para una buena causa.

—Yo diría que ya has tenido suficiente experiencia de hospitales. No sé qué pensaría papá.

La señora Donaldson tenía la sensación de que el cometido de Gwen era representar a su padre en la tierra.

Por respetable y hasta encomiable que fuese el trabajo, su hija no lo juzgaba así; lo que su madre se proponía hacer la emparentaba lejanamente con la modelo del artista, una ocupación que podía exigir descaro e incluso desnudarse.

De hecho, a la señora Donaldson nunca le habían pedido que se quitara la ropa, cosa en la que algunos pacientes eran más «duchos» que otros: Terry, por ejemplo, se enfundaba una bata de hospital sin pensárselo dos veces incluso cuando no lo necesitaba para simular su enigmático diagnóstico.

La señora Donaldson opinaba que esta presteza en desvestirse era prácticamente un síntoma en sí mismo, si bien le habría costado decir de qué, sólo que en él podía ser de tristeza y también de mediana edad. Pero era una inclinación que estaba contenta de no compartir.

—Yo no lo veo como interpretar —le dijo a su amiga Delia en el comedor—. Sólo hay que poner una cara seria. Es una manera de no ser tú misma.

Delia también formaba parte del elenco hospitalario.

—Es bonito que te miren —dijo Delia—, incluso como a un espécimen. ¿Cuántas veces te mira la gente joven? A nuestra edad somos invisibles.

Aunque raramente se cruzaban sus caminos y poca gente en el hospital conocía su relación extramuros, aquella mañana Laura estaba en la clase donde la señora Donaldson hacía una simulación, de hecho acababa de sustituir a Rowswell, que cuando realizaba un examen rectal a Terry sucumbió a las primeras de cambio.

—Suave, suave —había dicho el doctor Ballantyne—. Hágalo como si fuera su novia.

El consejo no ayudó en nada a Rowswell, que nunca había tenido novia, pero Laura se estaba desenvolviendo bastante bien, tanto que Ballantyne se permitió salir

fuera para hacer una llamada con su móvil.

Fue entonces cuando la señora Donaldson cayó de repente hacia delante y se desplomó inconsciente sobre la mesa.

Como todas las miradas enfocaban a Terry, tardaron un momento en darse cuenta. Entonces se agolparon todos alrededor, alguien le abrió un vidrioso ojo vacío y una de las chicas (no Laura) forcejeó con el vestido de la señora Donaldson para intentar localizarle el corazón.

—Llamaré a alguien —dijo Terry, que rápidamente se había subido los calzoncillos y había cogido su móvil—. ¿A quién llamo?

—Que me jodan —dijo Rowswell—. Éste tiene almorranas y la otra ha sufrido un ictus.

—¿O no? —dijo Minskip—. Podría ser fingido.

—No —dijo Terry—. Yo lo sabría si lo fuera. Es mi mujer, en teoría.

—En cualquier caso —dijo Rowswell—, todavía no hemos llegado a los ictus.

En cuanto vuelve el doctor Ballantyne, se desvanece toda duda sobre la gravedad de la situación. Evalúa inmediatamente la contingencia y empuña el móvil para llamar a la unidad de reanimación. Luego, sin perder nunca una oportunidad, en el intervalo hasta que llega el equipo, instruye a los estudiantes sobre los procedimientos que deben seguirse ante lo que sin duda constituye algún tipo de accidente cerebral.

—¿Podría ser estrés? —dijo Terry—. Ha estado bastante peleona conmigo hace un rato. Sólo que parece de esas personas que se lo guardan dentro.

Ballantyne hace caso omiso y se limita a decir:

—¿Dónde diablos están? El tiempo es esencial. Ya estamos en un hospital. ¿Qué pasaría si estuviese en la calle?

—Señora Donaldson —dijo Laura, arrodillada junto a la mujer inconsciente—. Señora Donaldson. —Y lloriqueando—: La conozco, ¿sabe? Es mi casera.

—¿Hay alguna otra cosa que podamos hacer? —dijo Ballantyne—. Pensad, idiotas. ¡Pensad!

Todo el mundo se puso a pensar, conscientes, no obstante, de que si hubiese algo más que hacer el doctor Ballantyne lo habría hecho.

—Tiene una hija —dijo Laura—. Quizá deberíamos intentar localizarla.

A la señora Donaldson se le había remangado el vestido y enseñaba las medias sujetas por un liguero, con un sistema de enganche tan arcaico que sólo la gravedad de la situación impidió que Ballantyne se lo señalase a los estudiantes. Así las cosas, le bajó con suavidad el vestido y al hacerlo levantó las piernas de la señora Donaldson y dijo afablemente a su cuerpo insensible: «Ya está».

Laura seguía arrodillada a su lado y le puso la mano en el cuello.

—Tiene buen pulso.

—Sí —dijo Ballantyne—, sólo que se lo estás tomando con el guante con que acabas de sondear en el trasero de Porter.

La figura insensible dio un respingo perceptible.

—Está volviendo en sí —dijo Terry.

—Eso es porque no se había ido —dijo Ballantyne—. Se acabó, querida señora. Ahora ya se puede levantar.

Y ayudó a la mujer a sentarse en su silla.

—Es evidente que a Ballantyne le gustas —dijo Delia después, cuando estaban hablando en el comedor. Y como su amiga Donaldson hizo una mueca, añadió—: Podría ser mucho peor.

Había habido murmullos cuando «volvió en sí».

Aunque todos los estudiantes estaban avergonzados en mayor o menor grado, el más molesto era Terry, que como se consideraba virtualmente un enfermero, se creía facultado, como miembro del equipo, a estar al corriente de la triquiñuela. Pero, tal como la señora Donaldson sabía pero le desagradaba admitírselo a sí misma, las cosas no eran así, aunque sólo fuese porque ella era una fragante viuda de cincuenta y cinco años con las piernas bien torneadas, mientras que Terry era un hombre poco agraciado, narizotas y desaliñado, con unos calzoncillos informes y caídos y el tatuaje de un azulejo asustado en el ombligo.

Pero Terry tenía razón; formaban un grupo aunque fuera variopinto. Al no exigírseles cualificación ni unas aptitudes concretas, no era de extrañar que reclutasen al elenco entre los marginados de una serie de profesiones distintas. Prueba típica de ello era Delia, que había sido actriz y todavía se calificaba de tal; Terry había sido (entre otras cosas) guarda de seguridad y camillero de hospital; nadie sabía qué había hecho la señorita Beckinsale, pero como era la mayor del grupo se permitía una actitud de superioridad y condescendencia, y alegaba también conocimientos médicos especializados porque en su día había trabajado un tiempo en una farmacia.

La señora Donaldson no encajaba en absoluto en esta cofradía dispareja. Era (o creía ser) una mujer convencional de clase media arrojada a las playas de la viudedad tras un matrimonio que había sido, suponía, muy parecido a muchos otros: feliz al principio, después satisfactorio y finalmente aburrido. Pero se consideraba cualquier cosa menos un miembro típico de aquella compañía variopinta.

Sin embargo, esto significaba que tenía que representar dos papeles. Para no parecer ñoña, tenía que aparentar ser más abierta de lo que era y mostrarse más «relajada» de lo que a veces estaba.

—Nunca me ha gustado decir palabrotas —le confesó a Delia—, y cuando la gente jura me siento rara.

—No te preocupes —dijo Delia—. Dos meses aquí y acabarás diciendo «mierda» como si nada.

(En realidad se refería a «joder», pero pensaba que su amiga no estaba aún totalmente preparada para esto).

Su otro papel era el de miembro del grupo cuando, al igual que los demás, tenía que simular que era lo que requiriese el caso: una madre afligida, una hija deprimida, una paciente agresiva. En conjunto, esta segunda actuación le resultaba más fácil que la primera. El trabajo implicaba cierto grado de preparación de los PS o Pacientes Simulados, como los llamaban oficialmente, exigía familiarizarse con las circunstancias de la persona a la que interpretaban y que, aparte de sus síntomas específicos o de la dolencia que había que explorar, incluían la extracción social y el historial médico. Lo cual significaba que a última hora de la noche a menudo tenía que estudiar las notas de un caso para el día siguiente. El doctor Ballantyne no tardó en advertir que era más meticulosa que algunos de los otros, y en consecuencia le encomendaban las situaciones más complejas y las enfermedades raras. No cabía duda de que era una empleada valiosa.

No obstante, por meticulosa que fuera, le disgustaba no haberse podido chivar a Laura del colapso inminente, pero Ballantyne lo había negociado con ella sólo un momento antes de que empezara la clase, diciendo que se trataba más de una especie de artimaña que quería hacerles a los estudiantes que de un ejercicio didáctico propiamente dicho. A la señora Donaldson no le había gustado la capa de conspiración con que Ballantyne había envuelto la maniobra («Nuestro pequeño secreto»), porque prefería conocer con mucha antelación cuál era la enfermedad que teóricamente padecía con objeto de saberse todos los síntomas al dedillo. Ciertamente que el fingido ictus sólo requería desmayarse, pero había otros signos de advertencia..., ¿un dolor de cabeza, por ejemplo, que ella podría haber mencionado previamente o, más sencillo aún, simulado? Ballantyne descartó estas consideraciones y hasta la felicitó después con un apretón, de modo que ella pensó que, al igual que otras travesuras del doctor, el objetivo no era ilustrar a los alumnos sino alcanzar una mayor intimidad con ella, cosa que aún no había conseguido.

—Es comprensible —dijo Delia—. Tú has perdido a tu marido, él a su mujer. Parece ser que tiene un hijo en Botsuana y una hija casada con un óptico. Seguramente se siente solo.

Cuando la señora Donaldson llegó a su casa encontró a Laura en la cocina.

—Si le digo la verdad, usted me da un poco de pena —dijo la chica—. Es un asqueroso.

—¿Terry? —dijo la señora Donaldson—. Sí, es verdad.

—No... o más bien sí, pero Terry sólo es un pelota. Me refería a Ballantyne. Todo eso de «Ahora ya se puede levantar, querida señora». —Hizo una mueca—. Me sorprende que usted se haya prestado. ¿No se ha sentido violenta?

—Es un hombre —dijo la casera—. Y yo sólo tenía que fingir. Además debería

agradecerlo; el dinero me viene de perlas.

Lo cual no era un comentario irreflexivo.

Por estupenda que fuera la pareja de jóvenes (y eso no era lo menos importante), los dos le causaban una decepción y una inquietud desde que se retrasaban en el pago del alquiler. La señora Donaldson no veía nada malo en recordarles de vez en cuando que aunque fuera la dueña de la casa y tuviera un cochecito propio su situación no era precisamente boyante, y que su aportación a la economía doméstica, si querían hacerla y cuando quisieran hacerla, no era sólo un plus; era vital.

Si su hija se hubiera enterado del retraso, la habría abrumado todo el santo día, y el asunto era tan polémico que la señora Donaldson tuvo la sensatez de reservárselo y de expresar siempre, en todos los aspectos, su plena satisfacción respecto a aquellos a quienes Gwen seguía llamando «los inquilinos».

Para ser justos, los niños, como los veía la señora Donaldson, estaban preocupados por su informalidad. No querían que ella les denunciase al servicio de alojamiento universitario y aún menos que les pusiera de patitas en la calle, y Laura estaba decidida a hablar con la casera justo cuando ésta había decidido hablar con ella.

Laura se le adelantó; cogió a la mujer de la mano.

—Respecto al alquiler... —dijo.

—¿Sí? —dijo la señora Donaldson.

—Vaya, vaya —dijo Andy, entrando en la cocina—. ¿Cogidas de la mano?

—Se lo estaba diciendo a la señora. Que al final lo arreglaremos. Lo del alquiler.

Andy le tomó la otra mano.

—Sí. Lo resolveremos.

La casera no creía que hubiese mucho que resolver. Le debían dinero. Tenían que pagárselo.

Pero Laura le preparó una taza de té y Andy se ofreció a cambiarle la bolsa del aspirador, y de momento se superó el escollo.

En la sesión siguiente en la facultad, a la señora Donaldson le tocó una úlcera de duodeno, una afección sobre la que no necesitaba leer nada porque su marido la había padecido la mayor parte de su vida adulta. Conocía todos los síntomas, la localización del dolor y la causa de la enfermedad, que, en el caso que estaba simulando, decidió que era el estrés laboral de la paciente como ayudante personal de un magnate de la industria. Ignoraba lo que le había producido la úlcera a su marido; tal vez ella, pensaba en ocasiones, pero de ser así él nunca lo había insinuado.

Eran alumnos de primer año de residencia y el diagnóstico requería de sus inexpertas manos una exploración del diafragma: los estudiantes fueron tan vigorosos al realizarla, que el grito de dolor de la señora Donaldson cuando tocaron el punto crítico no era fingido.

De ordinario, el doctor Ballantyne se apresuraba a proteger a los protopacientes del exceso de celo de los estudiantes, aunque sólo fuera porque era una oportunidad casi ritual de mostrar un intenso sarcasmo («¿El paciente tiene dificultades para tragar, señor Horrocks? No es de extrañar, cuando le tiene metido el puño hasta el fondo de la garganta»). Pero aquel día era distinto, porque estaba enfrascado en una nueva arma del arsenal clínico, una videocámara con la que estaba grababa el reconocimiento.

Ballantyne se empeñó en manejarla personalmente («Es un utensilio terapéutico. Hay que saber dónde enfocar. Una cámara es para mí como el bisturí para un cirujano»). A pesar de que todo el rato enfocaba a la señora Donaldson, ella lo consideraba más un juguete que un utensilio, pero era porque su marido había sido proclive a similares y pasajeros caprichos tecnológicos que protegía con igual esmero. La segadora había sido para ella un objeto prohibido, así como el reproductor de CD y hasta el cuchillo eléctrico, objetos todos que su muerte había liberado para la utilización promiscua de su viuda, ya que uno de los varios goces del luto era que no tenía que seguir encarnando el papel de mujercita.

La señora Donaldson era además escéptica sobre el proceso de filmación, pues pensaba que la cámara sacaba lo peor de los pacientes simulados y les inducía a sobreactuar y dar lo peor de sí, opinión con la que solía coincidir Delia.

«¿Cómo puedes ser natural con ese chisme hurgándote en las narices?».

Estaba el caso de Terry, por ejemplo, al que aquella tarde le habían diagnosticado un cáncer terminal. Cada vez que avistaba la cámara miraba hacia la media distancia como si contemplara su trágico futuro y el inminente más allá.

La señorita Beckinsale, aunque nunca comedida en su actuación, esta vez no se dejó impresionar. Como señaló a la señora Donaldson, la cámara no era una novedad para ella, pues su simulación de la demencia había sido tan elogiada que hasta la había repetido «delante de una cámara de verdad» en Glasgow y se había proyectado en un congreso en la Isla de Man.

Al final el escepticismo de la señora Donaldson respecto a la videocámara se reveló plenamente justificado. El jueves siguiente tuvo la enfermedad de Crohn, pero el instrumento había perdido ya gran parte de su atractivo y no parecía, como la semana anterior, el arma vital en la lucha contra la dolencia.

Para ser justos, esto no se debía a la frivolidad de Ballantyne. Él tenía en gran concepto a su pequeña troupe, que a su modo era pionera. Pero a la hora de repasar el material que había filmado, le deprimió constatar lo poco convincente que parecía casi todo; era prolijo, plano y totalmente informe. Grabadas en cinta, simulaciones que en su momento había considerado reales y naturales le parecían histriónicas y artificiosas.

En parte esto podía atribuirse a la inexperiencia de los simuladores delante de la

cámara, pero de hecho el único problema era que había que editar la cinta. Nadie se lo hizo notar a Ballantyne, que desistió de todo el experimento, y como difícilmente podía explicarlo o justificarlo ante el grupo, pareció quedar confirmado el malévolos presentimiento inicial de la señora Donaldson.

Ella, al menos, salía bien en la filmación, o era lo que el doctor pensaba, aunque al mismo tiempo era consciente de que la miraba con ojos más indulgentes que a cualquiera de las otras simuladoras; a decir verdad, también le tenía un poco de miedo. De haberlo sabido, ella, a su vez, quizá hubiera mirado al doctor con ojos más favorables, pero, así las cosas, lo único que ella y Delia vieron fue que el juguete de la semana anterior estuvo gran parte de la sesión entronizado en la cima del trípode, donde su ojo único de cíclope vigilaba todo lo que ocurría.

—Y luego dicen que andan escasos de fondos —dijo Delia.

En casa, el asunto del alquiler seguía sin resolverse y los jóvenes debían ya cuatro semanas. Cyril nunca lo habría consentido, se dijo la señora Donaldson, aunque, para empezar, él nunca habría admitido inquilinos, y su propio rencor la hacía sentirse pesada y aguafiestas. Con todo, decidió abordar la cuestión.

En realidad llevaba varios días sin ver a la pareja, que a su entender la evitaba, pero al volver del hospital una noche los encontró juntos en la cocina, y era como si la estuvieran esperando.

Andy le preparó una taza de té. (Pensó que estos detalles eran su forma de hacerse querer, aunque sabía que Gwen la llamaría ingenua). —¿Qué ha hecho hoy?— preguntó Laura.

—He presentado otra aburrida úlcera de duodeno, pero «El supremo» ha sugerido que podría ser una hernia de hiato. Acidez de estómago, en todo caso.

—¿Estrés? —dijo Laura.

—Probablemente —dijo la señora Donaldson—, aunque la investigación más reciente apunta a que puede ser de origen bacteriano.

—Eso es —dijo Laura—. Se supone que sé eso. Sobre el dinero...

—Son cuatro semanas —dijo Andy.

—¿Sí? —dijo la señora Donaldson—. No lo sé muy bien. —Y fingió que contaba—. Sí, son cuatro semanas.

—Tenemos lo de una —dijo Andy, y depositó un sobre encima de la mesa—. Ahora mismo no disponemos de más y la cosa es que nos preguntamos si podríamos llegar a un acuerdo sobre el resto. Hacer algo... —y examinó el interior de su taza— a cambio.

—Ha hecho tanto por nosotros —dijo Laura—. Queríamos saber si hay algo que podamos hacer a cambio.

—A cambio —repitió Andy.

La señora Donaldson estaba pensando en las tareas domésticas, la jardinería e

incluso la pintura y la decoración, actividades para las que no necesitaba ayuda y, desde luego, no en concepto de tres semanas de atraso en el alquiler.

—Lo hablamos en la cama anoche —dijo Laura—, y se me ocurrió que al haberla visto en el hospital haciendo demostraciones a lo mejor le gustaría que...

—Le haremos una demostración —dijo Andy—. A cambio.

La señora Donaldson no lo comprendió en el acto.

—¿Una demostración? ¿De qué?

Andy sacó su agenda.

—Ésta era nuestra habitación cuando vivía mi marido —dijo la señora Donaldson.

—Nos gusta —dijo Laura.

Habían transcurrido varias noches y la señora Donaldson acababa de correr las cortinas con tanto cuidado como su madre las hubiera corrido en el *oscurecimiento* (y por razones distintas).

En lo referente a la propuesta que le habían hecho, la señora Donaldson seguía teniendo dificultades para salvar la distancia entre sus primeros malentendidos acerca de unas chapuzas domésticas y el asunto más... adulto que ahora se estaba gestando activamente. Distaba mucho de mirar la perspectiva con buenos ojos, pero le costaba desalentar las buenas intenciones de los dos jóvenes sin parecer ingrata.

—¿Alguna vez ha visto a alguien hacer el amor? —dijo Laura.

—A decir verdad —respondió la señora Donaldson, fingiendo que recordaba—, creo que no.

—Oh, bien —dijo Laura—. Nos preocupaba que pudiera no ser una novedad.

—Oh, no —dijo la señora Donaldson—. Lo es, lo es. —Aunque si la dejaran elegir aún no estaba segura de no haber preferido unas caléndulas—. No, nunca he hecho nada como esto.

—Nosotros tampoco —dijo Laura—. Lo hemos hecho en presencia de otra gente, claro, por ejemplo en una fiesta y ocasiones parecidas, pero nunca de un modo premeditado. No... no...

—¿Formalmente? —propuso la señora Donaldson.

—Formalmente, eso es.

—Oh, no será formal —dijo Andy, entrando con sólo los calzoncillos y una camisa, y una botella de agua en la mano—. Será muy relajado. Aunque no quisiera darle la impresión de que hacemos algo especialmente atrevido. Es una actividad buena y saludable, nada... esotérico. No estamos en eso, ¿verdad, Lol? Todavía no, en todo caso.

—Bueno, a mi modo de ver —dijo Laura, con firmeza—, es que hay cantidad de tiempo para eso en su momento. ¿No le parece?

—Oh, sí —dijo la señora Donaldson—. Todo a su debido tiempo.



—Ahora velas, velas —dijo Andy, y salió.

—¿Dónde le gustaría sentarse? —preguntó Laura.

—Me da igual —dijo la señora Donaldson, que no paraba de pensar que llegaría un punto en que tendría que armarse de valor y poner fin al proyecto—. Me siento aquí, si quieres.

Se instaló en una silla al pie de la cama.

—Muy bien, si está a gusto ahí —dijo Laura, que de repente no llevaba ya camiseta ni sujetador, y la señora Donaldson, al verla, se puso a buscar un pañuelo de papel en su bolso.

—Pero el inconveniente de sentarse ahí —dijo Laura— es que sólo va a ver todo el rato el trasero de Andy. Creo que estaría mejor aquí.

Y dio unas palmadas en el taburete tapizado de chintz que había delante del espejo del tocador donde la señora Donaldson se sentaba todas las noches para ponerse la crema cuando ella y su difunto marido ocupaban aquella habitación.

—Si se sienta aquí —dijo Laura—, le verá a él y también a mí interactuando, ya sabe.

Desapareció en el cuarto de baño y la señora Donaldson se quedó sentada junto a la cama. En ese momento percibió (y casi oyó) aquel bombeo del corazón lento y profundo que no había sentido desde que era joven. «Así es la vida», pensó.

Entonces entró Andy con tres velas que encendió y colocó por el dormitorio, y la señora Donaldson advirtió que puso una de ellas dentro de un cuenco que habían recibido como regalo de boda pero no dijo nada. Andy apagó la luz.

—Así es mejor.

Se quitó la camisa, aunque no los calzoncillos, y se tumbó en la cama con las manos unidas detrás de la cabeza.

—Es muy amable por vuestra parte —dijo la señora Donaldson, y al mismo tiempo se preguntó si retirarían la colcha.

—No se preocupe —dijo Andy—. Lo haríamos de todos modos. No sólo lo hacemos por usted.

Se miró la barriga estrecha y plana hasta el exiguo slip.

—Me temo que por el momento no hay mucho que hacer. No es problema, aunque últimamente me sucede a menudo. Tengo que esperar hasta que el perro vea al conejo.

En eso entró Laura sin sujetador, tal como estaba antes, pero esta vez también sin bragas. Desnuda, de hecho. La señora Donaldson se sonó la nariz cuando Laura se tumbó en la cama en el lado más cercano a su casera.

—Así me gusta —dijo Andy, levantando las rodillas y arqueando el trasero mientras se bajaba el slip—. Mire. ¿Ve lo que quiero decir?

La señora Donaldson acogió con una amable sonrisa al nuevo componente de la

escena.

Laura descansó ligeramente la mano izquierda en el muslo derecho de Andy.

—Normalmente jugueteamos un poco para entrar en materia —dijo Andy.

—Oh, sí —dijo la señora Donaldson, como una entendida—. Los preliminares.

Su primer instinto fue apartar la vista, de tal modo que, en vez de observar abiertamente a aquel joven desnudo besando a su novia también desnuda con la mano hundida entre sus piernas, se distrajo mirando al suelo y preguntándose si había llegado el momento de limpiar la alfombra.

—¿Le trae recuerdos? —dijo Laura, ahora con la cara de Andy donde antes había tenido la mano.

—Sí... —dijo la señora Donaldson, aunque en realidad lo que recordaba era un jarrón del British Museum. De todos modos Laura no la escuchaba: estaba despegando el cuerpo de la insistente cabeza.

Andy hacía cosas que no se veían ni siquiera en el Museum, y la señora Donaldson se inclinó hacia delante y ligeramente hacia un lado para observar lo que el joven se traía entre manos y dónde.

Aunque tenía la cara sepultada entre las piernas de Laura, Andy vio con un ojo abierto cuál era el foco de atención de la señora Donaldson, y solícitamente movió la cabeza para descansarla sobre el muslo de Laura y permitir que la casera disfrutara de una visión despejada.

Esta inesperada iniciativa, con su diferente ángulo de acción, suscitó una serie de gemidos agudos y rítmicos de Laura, aunados a unas convulsiones tan violentas que Andy, sin cejar en su acción, hace con el pulgar una señal a la señora Donaldson y acto seguido se alza sobre los brazos y emprende la relación sexual propiamente dicha, cuya irrupción sin previo aviso arranca gritos aún más salvajes de Laura.

El coito normal era una actividad con la que incluso la señora Donaldson estaba relativamente familiarizada, aunque en este caso se practicaba con mayor vigor y variación de los que ella había experimentado en su vida.

Aun así, como el procedimiento básico era el mismo le resultaba un terreno conocido, aunque ella no recordaba que Cirylyl, ni siquiera en los primeros tiempos de su matrimonio, lo hubiese acometido alguna vez con un entusiasmo y un brío comparables, y mientras que Andy daba rienda suelta a ocasionales gritos de aliento y expresiones de placer, hacer el amor (si así podía llamárselo) con Cirylyl Donaldson siempre había sido una experiencia seria y silenciosa.

Y sin embargo es lo que hace la gente, pensó ella. Sólo que estaba segura de que aquello no era lo que la gente hacía. No presenciaba el acto, como ella ahora, sentada en un taburete al lado de la cama donde, al observar a los contendientes, se sentía como un árbitro de tenis supervisando un partido especialmente reñido.

Aunque toda la escena constituyó una revelación, hubo algunas estampas

inferiores. En un momento dado, cuando Laura estaba tumbada de espaldas y Andy encima de ella y los dos emitían casi al unísono gritos discordantes, sonó el móvil de Laura.

Los gritos enmudecieron, el ritmo se interrumpió, Laura extendió el brazo y cogió el teléfono. «Me pillas ocupada. Perdona...», y se reanudó el estrépito.

A la señora Donaldson le sorprendió, sin embargo, que hasta la provocación del éxtasis tardase tan poco en volverse aburrida. Le maravillaba la ondulación del cuerpo masculino que se zambullía y emergía con la suavidad de un delfín en las olas de la pasión. Y la flexibilidad de la pareja. Las piernas de Laura colgaban ahora de los hombros de Andy, una transición realizada sin pausa ni separación.

Con todo, allí sentada, testigo del espectáculo, se le ocurrió pensar que podría ser su madre (aunque no sabía bien si del chico o la chica), convocada en cierto modo para dar testimonio de la madurez de su progenie..., una madre bondadosa e indulgente (¿aunque qué motivo había para no serlo?), pero a la vez consciente de que observar a aquella pareja acoplada con tanta inventiva encajaba muy difícilmente en las normales atribuciones maternas.

Y luego estaba la cuestión del dinero. Todo había sucedido de un modo tan natural que se preguntó si ella sería la primera o si otros acreedores habían sido pagados con la misma moneda turbulenta.

A gatas encima de la cama, Laura encontró la cara de la señora Donaldson a sólo un palmo de distancia de la suya. Las dos sonrieron.

«Hombres», dijo Laura, con tono de complicidad mientras Andy, jadeante, la embestía por detrás. La casera esbozó una sonrisa comprensiva.

No sabía seguro si Andy había captado este contacto entre ellas y si era lo que le había disgustado, pero de repente se volvió mucho más rudo, tiró del pelo de Laura para proyectarle hacia atrás la cabeza y la obligó a colocarla frente a la cabecera de la cama, a cuya parte superior se agarró con tanta fuerza que la cabecera chocaba rítmicamente contra la pared; al mismo tiempo empezó a gritar y la chica también, en un crescendo de gritos roncós y expectantes.

El sexo entre los Donaldson había sido en gran medida mudo (y, desde luego, no entrañaba un peligro para el mobiliario); un gruñido de Ciryll significaba que él, en todo caso, había alcanzado una conclusión satisfactoria. Las pocas noches (porque siempre eran noches) en que la mujer había tenido ocasión de chillar, el marido se había parado, alegando que perdía la concentración; la verdad era que su mujer le avergonzaba.

En aquella época seguramente les habrían aconsejado que «hablasen del tema», pero las trabas que pueden surgir entre una pareja habría hecho tal sinceridad impensable.

Los dos jóvenes, por el contrario, no tenían la menor vergüenza, y daban gritos y

chillidos tan fuertes y persistentes que parecían estar siempre al borde del precipicio y sólo necesitados de un empujón final para despeñarse.

La señora Donaldson se lo dio sin querer cuando, temiendo por la integridad de la lámpara de noche (otro regalo de boda), sujetó con la mano la cabecera de la cama y prestó así a Andy el impulso necesario para conducir el acto a un epílogo ruidoso. Laura tardó más que él en sosegar, y gemía todavía cuando Andy se despegó de ella y se tendió a su lado, y los dos acabaron uno junto a otro, jadeantes y exhaustos.

Consumada la cópula, los Donaldson se retiraban a sus respectivos lados de la cama y se dormían. Nunca conversaban, ni siquiera hacían un comentario. Asunto concluido hasta la próxima vez.

No era el caso de estos jóvenes, que, como el orgasmo es una pequeña muerte, procedieron a realizar una autopsia consistente en valorar sus porcentajes de satisfacción y placer.

Andy rodeó a Laura con el brazo.

—Qué bien estaría ahora una taza de té.

Contenta de participar mínimamente, la señora Donaldson bajó a prepararlo, y como para ella, de todos modos, se trataba de una ocasión especial, puso un paño en la bandeja, utilizó el servicio bueno en lugar de tazones y abrió una caja nueva de galletas. Fue en alguna medida un esfuerzo malgastado, porque cuando volvió al dormitorio ellos ya estaban de nuevo en acción, pero esta vez sin preliminares ni tanta delicadeza, el chico acometiendo decidido y la chica tendida con los ojos cerrados.

La señora Donaldson entretuvo la espera dando sorbitos de té y comiendo una galleta recubierta de chocolate, y para cuando la pareja alcanzó un segundo y tormentoso paroxismo, se había tomado tres tazas y el té de ellos se había enfriado.

—Espero no haberos estropeado la diversión —dijo, mientras Andy se ponía los vaqueros.

—Qué va —dijo él, y le puso la mano en el trasero—. A lo sumo le ha añadido algo.

Al reflexionar sobre el episodio, cosa que hizo a menudo en los días siguientes, la señora Donaldson decidió que contemplar a la pareja haciendo el amor era la acción de su vida que más se acercaba a una hazaña.

Cierto era que no había sido ella quien la había propuesto, y no estaba segura de que su consentimiento constituyera una hazaña. El matrimonio, por ejemplo, lo era en teoría, y ella había accedido a contraerlo, aun cuando en retrospectiva había resultado ser un paso no más grandioso que guarecerse de la lluvia.

Las hazañas son más fáciles de acometer para unas personas que para otras, y algunas las acometen sin el menor esfuerzo. Tendría que intentarlo con mayor ahínco.

Habiendo tenido rara vez un secreto, y nunca uno de semejante intimidad, le sorprendió lo fuerte que era el impulso de compartirlo, o al menos de compartir el

secreto de que tenía un secreto que compartir. Ansiaba contar a Delia sus tejemanejes con los inquilinos y al mismo tiempo sabía que estaba descartado revelarlos e incluso insinuarlos. Era lo bastante sensata para comprender que no se trataba de un incidente que la propia pareja fuese a divulgar, pues la presencia de un tercero en discordia, de mediana edad y respetable, difícilmente resultaba excitante o un episodio del que jactarse. Con todo, poseer un secreto la ponía de buen humor, la resguardaba de los pequeños fastidios del hospital, del cortejo de Ballantyne, del acoso de su hija. Por ajetreada que retrospectivamente hubiera sido la velada para ella, constituía una especie de refugio, un puerto completamente aislado, un espacio propio.

—¿Por qué pareces tan contenta? —le preguntó Delia en el comedor—. ¿Te han pagado el alquiler los inquilinos?

—Pues sí, me han pagado —respondió la señora Donaldson—. Estamos al día.

—¿Te has comprado el vestido con el dinero?

—¿Éste? —dijo la señora Donaldson—. No. Lo tengo desde hace siglos. Se me ha ocurrido ponérmelo.

—Y has ido a la peluquería. Y además te has pintado los labios. Jane, creo que has pasado página.

—No, no —dijo la señora Donaldson—. No lo entiendes. Es por trabajo. Soy un travesti.

Parfitt, un joven larguirucho de pelo rubio rojizo, estaba sentado ante la mesa encima del estrado. La señora Donaldson llamó con los nudillos.

—Adelante —dijo Parfitt, que había oído esta fórmula en la televisión.

—Estaría bien que se levantara —dijo Ballantyne desde el fondo—. Los caballeros lo hacen. Y los médicos son caballerosos. O lo eran.

Parfitt ofreció una silla a la señora Donaldson y ella se sentó pesadamente, con las piernas separadas y los brazos cruzados. Se sonó la nariz con un pañuelo grande de lunares y dijo que se llamaba Dewhirst.

—¿Su nombre de pila? —dijo Parfitt, con la pluma en alto.

—Geoffrey.

—¿Geoffrey?

—Sí —dijo Dewhirst—, con ge.

Parfitt lanzó a la clase una mirada de loco, en busca de ayuda. Nadie se prestó a brindársela.

—Estamos esperando —dijo Ballantyne—. El paciente no tiene todo el día.

Parfitt consultó su impreso.

—¿Siempre se ha llamado Geoffrey?

—Sí —dijo Dewhirst—. ¿Por qué?

—Es un nombre raro para una mujer.

—No soy una mujer.

—Oh —dijo Parfitt, sintiendo ya los pies en el suelo—. Pues resulta usted muy convincente.

—Gracias.

—Nunca lo habría adivinado.

La actitud de Parfitt ahora era afable y profesional.

—¿Es un problema?

—Para mí no.

—Es sólo que... —Parfitt se apretó las palmas—. Tengo que preguntarle estas cosas, que queden claras.

Alguien abucheó pero fue acallado por una mirada de Ballantyne.

—¿Podría preguntarle algo?

—Usted es el médico.

—Después de cambiar de aspecto y de tomarse todas estas molestias, ¿por qué no se ha cambiado de nombre?

—¿Por qué me lo iba a cambiar? —dijo Dewhirst—. No soy una mujer. Soy un hombre.

—Entonces, ¿nunca le han operado?

—Oh, sí.

—¿Por qué motivo?

—Me abrieron. Tuve apendicitis.

—Me refiero a su problema.

—No es un problema.

—Oh —reflexionó Parfitt—. ¿O sea que no ha venido por esto?

—No. He venido por la rodilla.

—¡La rodilla! —dijo Parfitt, radiante. Entendía de rodillas. Nunca había acogido una con más gusto.

—¿Qué rodilla es? Vamos a echar un vistazo.

—No se moleste —dijo Ballantyne—. La rodilla no es lo que importa aquí.

Teniendo en cuenta las circunstancias, el profesor fue clemente.

Nos ha costado, pero al final hemos llegado al quid de la cuestión.

—Yo lo habría sabido —dijo Parfitt, quejumbrosamente—, pero es que no parece un hombre.

—Bueno —dijo Ballantyne—, no sabemos lo que es, ¿no? Sólo sabemos lo que nos dice el paciente o la paciente.

Parfitt seguía sin tenerlo claro.

—¿Quiere decir que debería haberla examinado?

—No —dijo Ballantyne, con paciencia—. Debería haber examinado la rodilla.

Fue a primera fila y se sentó.

—Lo que hay que recordar es que en estos tiempos el sexo fluctúa. El paciente

puede ser un travestido, un transexual o un transeúnte en un banco de un parque. Da igual. No tiene interés clínico cómo van vestidos, el aspecto que tienen. El paciente —sonrió a la señora Donaldson— puede oler. Puede que su cuerpo apeste. Eso tampoco nos interesa. Si quiere cuerpos que no apesten opte por la cirugía, donde lavan antes al paciente.

Se sentó en el escritorio entre Parfitt y el Dewhirst putativo, que se preguntaba si aquel número iba en parte destinado a ella.

—Recuerde. Usted es médico. No es policía ni sacerdote. Tiene que aceptar a la gente tal cual es. Recuerde también que aunque usted sepa, por lo general, más que el paciente sobre su estado, es él quien lo padece, y esto, más que cualquier otra cosa, le otorga una especie de sabiduría. Los conocimientos que usted posee no le facultan para creerse superior. El conocimiento le convierte en el criado, no en el amo.

Ballantyne, sentado en el borde de la mesa, ahora columpiaba la pierna con cierto embarazo. Pronunciado al final de la jornada, y procedente de un instructor desapasionado e incluso sardónico, este sermón a la clase fue inesperado y hasta aleccionador. El simple hecho de que les llamaran médicos representaba un paso adelante. Permitía a los estudiantes considerarse más valiosos de lo que Ballantyne les consentía, y al menos algunos de ellos recordaron que aquello no era sólo un trabajo sino una vocación.

Parfitt, empero, no era uno de ellos.

—¿Debería examinar la rodilla?

Ballantyne suspiró.

—Creo que es mejor que deje en paz la rodilla de Dewhirst si no quiere que él o ella la use para asestarle un buen porrazo. Gracias, señora Donaldson. Otra actuación digna de un Oscar.

—Te dan todas las jugosas —dijo Delia—. Yo sólo podría haberle hecho la de lo que tengo... depresión endógena, y no es de extrañar.

Siempre dándole vueltas a la sesión del dormitorio, la señora Donaldson dudaba de si su audacia se debía (aun cuando sólo hubiese consistido en dar su consentimiento) a los ejercicios de fingimiento que realizaba en el aula. Sin ellos habría sido menos receptiva a lo que, en definitiva, era una propuesta indecente. Aun así, había estado a punto de rechazar la idea porque «ella no era esa clase de persona». Pero ¿qué clase de persona era? Ya no lo sabía muy bien.

Mirando atrás, veía que las clases en la facultad, aun con sus limitaciones, le habían servido como una especie de preparación, de adaptación a lo que se avecinaba y de iniciación imprevista a la espontaneidad, aunque la espontaneidad fue artificial y no tuvo nada de espontánea. Ella interpretaba un papel tanto en casa como en el trabajo, no se engañaba a este respecto. Estaba aprendiendo a fingir, mientras que hasta entonces (cuando vivía su marido) lo más cerca que había estado de fingir era

cuando se mostraba cortés. Hasta ahora el fingimiento no había sido para ella, como decían hoy día, proactivo.

Tras haberse comportado de un modo tan desinhibido en el dormitorio, no era sorprendente que la joven pareja se moviese más relajada por la casa, en especial Andy. Muchas veces no llevaba camisa y de vez en cuando tampoco los vaqueros, y si bien Laura era más recatada ninguno de los dos se mostraba en absoluto cohibido.

A la señora Donaldson le gustaba eso porque daba a la casa un aire más hogareño (aunque nunca hubiese tenido un hogar así), hasta que llegó el día en que Gwen se presentó sin previo aviso y encontró a Andy preparándose unas tostadas en la cocina y, dado que un minuto antes había dejado a Laura en la cama, sólo llevaba puestos los calzoncillos.

—No sabía dónde meterme —le dijo a su madre—, y él, en cambio, parecía considerarlo totalmente normal. Ha cogido su pan con mermelada, ha dicho «Hola» y ha subido arriba. ¿Ella también hace lo mismo? ¿Desfila por la casa medio desnuda? Sólo llevaba un taparrabos minúsculo. Creí que ese tipo de calzoncillos habían desaparecido. Nuestro Justin ya no los usa. Ha vuelto a los bóxers.

Puesto que Justin era tan soso como su madre, la señora Donaldson no quiso pensar mucho en ello.

—Viven aquí —dijo para disculparse.

—Precisión: se hospedan aquí —dijo la hija—. La culpa es de ese hospital. Desde que trabajas allí te has vuelto realmente... relajada.

—¿Relajada? —dijo la madre.

—No sé lo que pensaría papá. Antes eras muy tímida.

—Por lo menos no ponen música —dijo la señora Donaldson—. Si la pusieran tendría algo de lo que quejarme.

—A mi modo de ver —dijo Gwen—, para poner orden deberías establecer la norma de que, hagan lo que hagan en el dormitorio, se vistan para andar por casa.

—¿Un código indumentario, quieres decir? Viven aquí.

—Tú también.

—Me hacen compañía —dijo la madre.

—¿Cómo pueden hacerte compañía? Tienen dieciocho años.

En realidad tenían veinte, pero la madre pensó que no tenía sentido precisarlo.

Aparte de la relajación del decoro en lo que respectaba a los inquilinos, las cosas no habían cambiado mucho. Y, por supuesto, la relajación era unilateral. Puede que Laura bajara con la mínima ropa, pero no la señora Donaldson. Comprendía instintivamente que debía mantener la compostura a rajatabla. Debía comportarse como una persona de su edad.

Desde que trabajaba en la facultad de medicina ya no le intimidaban los jóvenes ni tampoco, con excepción de sus inquilinos, le interesaban mucho. Algunos eran



atractivos, pero cuando buscaban un diagnóstico o le manoseaban el cuerpo eran demasiado frágiles para causarle impresión.

En los momentos menos vulnerables (es decir, cuando Ballantyne no estaba presente) eran simpáticos y decidió que la trataban más bien como a su abuela, como a «alguien divertido» (en opinión de ella) o como «de buena onda» (en la de ellos), pero siempre con aire de superioridad. Como la modelo del artista con la que Gwen la había identificado, estaba y no estaba, era un simple marco donde colgar síntomas.

El doctor Ballantyne explicó el caso a Maloney.

—Le presento a la señora Dickinson. No es la primera vez que viene a ver a su médico de cabecera con motivo de un eczema recurrente. En las visitas anteriores no le han descubierto ninguna causa concreta; le han prescrito todos los remedios habituales, pero el eczema siempre reaparece. Su médico empieza a preguntarse si hay una causa psicológica subyacente en la que el eczema es el síntoma de una afección más profunda. Que es lo que usted debe averiguar.

Maloney asintió juiciosamente.

—Buena caza.

Ballantyne posó una mano afectuosa en la supuesta comezón supurante del brazo de la señora Dickinson y dirigió a ambos una amplia sonrisa antes de salir trotando hacia otro cubículo.

—Detesto estas tareas mentales —dijo Maloney, y puso un pie encima de la mesa—. Nunca sabes a qué atenerte con ellas. Que me den en cualquier momento un tumor de los de toda la vida.

—¿Cómo dice? —dijo la señora Dickinson.

—Oh, vamos, querida. Ese rollo psicósomático. Así que tiene un eczema. Un jabón inadecuado. Un detergente nocivo. Quizá la dieta, supongo..., por lo general hay una causa física. Pero hoy en día, sólo por una cuestión formal, tenemos que recorrer el itinerario psicológico.

Maloney centraba sus aspiraciones en la cirugía; todo lo demás le parecía una pérdida de tiempo. Se habría interesado si el eczema pudiese ser extirpado en el quirófano.

—Bien. ¿Cómo es la historia? ¿Cómo lo contrajo la mujer?

—¿Cómo lo contraje? —la simuladora le corrigió, puntillosa.

Maloney suspiró. Era uno de esos individuos latosos que insistían en representar en serio.

—¿No es un efecto secundario de la menopausia?

—No creo que yo sea menopáusica —dijo la señora Dickinson.

—Oh. O sea que se corre alguna juerga. ¿Quizá sea eso?

—No, no me «corro juergas», como dice usted. Estoy felizmente casada.

—Me alegro por usted. Hurra. ¿Fuma?

—No. Y, de todos modos, el tabaco no produce eczemas.

—Lo sé, querida, es que se me ha ocurrido que podríamos salir un momento a fumar un cigarrillo detrás de los cubos de basura.

—Me duele —dijo la señora Dickinson—. Me pica. Tengo la espalda al rojo vivo.

—Sí, sí —dijo Maloney—. Le propongo una cosa. ¿Por qué no me da el resultado del caso, la conclusión que tiene escrita en su informe, y así podemos abreviar el asunto? A fin de cuentas, aunque todo esto sea mental no cambia mucho las cosas. Todos sabemos que nadie estudia dermatología.

—Tengo una idea mejor —dijo la presunta señora Dickinson—. Quizá debiéramos repasar las notas del caso. Y entonces usted podría preguntarme cuándo apareció por primera vez el eczema.

—La estúpida bruja me hizo revisar todo el tinglado —dijo después Maloney en el pub—. ¿Qué le importaba a ella? Se supone que ella era la del buen rollo.

Se acercaba de nuevo el día del alquiler y la señora Donaldson se preparaba para la entrevista. Ya había decidido que si le proponían repetir la sesión, fingiría mostrarse reacia por motivos económicos antes de acabar accediendo en las mismas condiciones que la vez anterior. Sin embargo, el viernes en cuestión no le dijeron nada hasta la hora de acostarse, cuando casualmente ella estaba en la cocina mientras Andy le preparaba a Laura una bebida caliente.

—Oh, antes de que se me olvide —dijo él, y sacó algunos billetes de veinte libras—. Creo que con esto estamos en paz.

Sin saber cuántos billetes eran y no queriendo contarlos allí, la casera se limitó a sonreír y se los guardó en el bolso.

—Estamos mejorando —dijo Andy.

La señora Donaldson dejó pasar unos minutos antes de subir al piso de arriba y al sentarse en la cama le pareció que los oía reír.

Ahora se dispone a acostarse, se pone el camisón y no por primera vez coge una de las sillas endebles de dormitorio que hay al lado de la cama y la coloca junto al tocador. Encaramada en la silla, con una manta alrededor de los hombros y un edredón alrededor de las piernas, pega el oído contra la pared.

En algún lugar, al otro lado de la ciudad, Ballantyne también está develado y pasa una y otra vez la cinta que grabó hace meses con su cámara de vídeo. Cada vez que aparece la señora Donaldson congela la imagen y se lamenta de no poseer la tecnología o los conocimientos para ampliarla. A veces ella mira directamente a la cámara y él cree que le está mirando, y eso constituye una pequeña satisfacción. Pero sobre todo él la mira a ella.

La aventura de la señora Donaldson le dio cierto empuje. Aunque sus propios atractivos no intervinieron en la escena de la que fue testigo, presenciarla de una

manera indefinible (y participar en ella) la hizo partícipe de los encantos de la pareja que hacía el amor. Se imaginó a sí misma más joven, se vio más viva, y aunque consciente de que era absurdo, pensó que todavía era parte del juego.

Pero no por mucho tiempo.

No era una mujer vanidosa. Nunca se había considerado una belleza, aunque al mismo tiempo reconocía que probablemente era más atractiva ahora que cuando era joven. No era menuda, sino más bien robusta, pero poseía una piel hermosa, un pelo bonito y rizado que mantenía arreglado, y no era de extrañar (y no le sorprendía) que atrajese a hombres de su edad..., quizá también a mujeres, pero no tenía modo de saberlo ni tampoco interés en averiguarlo.

Aun así, tenía cincuenta y cinco años, una edad en que debía evitar exponer su cuerpo a la plena luz del día, y en que los cuartos de baño de los hoteles resultaban siempre lugares peligrosos.

Que a sus jóvenes inquilinos no les hubiera importado su presencia en el dormitorio, aunque fuera por una necesidad económica, significó mucho para ella, si bien, de haber tenido que participar, una loca conjetura en la que por esos días pensaba cada vez más, habría agradecido que hubiera unas velas. Cincuenta o no, la habría tranquilizado comprobar que no era totalmente repulsiva.

La cotidiana proximidad de la juventud hacía difícil mantener esta ilusión. Tenía palpitations y mareos periódicos, y a un alumno de primer año le habían pedido que le auscultara el pecho. Para ello había que aflojarle un poco la ropa —sólo uno o dos botones de la blusa—, trámite que normalmente, y a menos que pidieran un comportamiento específicamente distinto, afrontaba con indiferencia. Pero el alumno que le desabrochó los botones con consumada pericia era un chico guapo, y le observó mientras él le auscultaba el corazón. Él también miraba, y ella captó su leve pero inconfundible repulsión mientras le tocaba la piel del pecho arrugada por la edad, y como era un chico despierto transformó al instante en un ceño preocupado su expresión de repugnancia.

Pero no fue lo bastante rápido para engañar a la señora Donaldson, que lo detectó no como paciente sino como persona, y si bien en circunstancias normales habría experimentado un placer tenue y completamente inconsciente ante aquel contacto, ahora, al mirar la piel tersa, ligeramente costrosa, de la oreja del joven, a unos pocos centímetros de su cara, se sintió sucia, marchita y totalmente depreciada.

—Bien —dijo Ballantyne—. Pero ¿qué ha hecho mal Adams?

El chico de repente pareció abatido y la señora Donaldson se ruborizó. Ballantyne también debió de percibir la aversión del alumno, y ahora las deficiencias físicas de la señora Donaldson iban a convertirse en un método instructivo.

—Adelante. ¿En qué ha fallado Adams?

Hubo diversas propuestas de la clase, todas ellas rechazadas.

Ballantyne suspiró.

—Por experto que sea, sin duda, desabrochando la blusa a las mujeres, Adams, debería haber permitido que lo hiciera la propia paciente. A no ser que ella sea incapaz de hacerlo..., cosa que desde luego no es el caso de la señora Donaldson. No se deben tomar esas iniciativas.

El joven asintió, compungido.

—Por lo demás, el examen ha sido excelente, e incluso en un procedimiento rutinario como éste no se ha vulnerado en absoluto la dignidad de la paciente. Gracias, señora Donaldson.

—Fatuo de mierda —dijo Delia en el comedor—. Pero hay que afrontarlo, todos nos estamos acartonando por los bordes. A nadie le gustan mis venas varicosas.

—Creí que me había acostumbrado —dijo la señora Donaldson.

—¿Se acostumbra una?

En otro tiempo lejano, es decir, antes de que tuviera su secreto, aquel contratiempo la habría deprimido. Ahora la incitaba a lo que Ballantyne habría denominado la beligerancia y atizaba su animosidad hacia los jóvenes.

Prentice ocupó su asiento ante la mesa del estrado. Ella llamó a la puerta.

—Adelante —dijo Prentice.

Después de entrar, ella aguardó y Prentice se levantó.

—Soy la señora Backhouse. He venido a ver a mi marido. Ha sufrido una pequeña caída y le han ingresado para observación.

Prentice estaba detrás de la mesa, mirando su tablilla.

—Sé ya que el señor Backhouse ha muerto —dijo Ballantyne—. O poco menos. ¿Alguien me dice por qué?

Levantaron una mano.

—Cuando ella ha entrado él no la ha mirado.

—Exactamente —dijo Ballantyne.

—Pero ¿eso significa... que tendría que haberla mirado? —intervino otro estudiante—. ¿No mirarla es una forma de prepararla para la mala noticia?

—Depende de si la señora Backhouse lo ha captado o no —dijo Ballantyne—. Veamos.

—La enfermera me ha dicho que no estaba aquí —dijo la señora Backhouse, mirando al joven Prentice—. ¿Dónde está?

—Iré a buscar a una enfermera —dijo Prentice.

—No hay ninguna disponible —dijo Ballantyne—. Es su día libre. Todas se han ido a ver *Sonrisas y lágrimas*.

—¿Quiere sentarse? —dijo Prentice.

—Pensé que nunca iba a pedírselo —dijo Ballantyne.

—Señora Blackhouse... —dijo Prentice.

—Backhouse —dijo la señora Donaldson—. No Blackhouse.

—Señora Backhouse. Cuando su marido sufrió esa caída...

—Mírela —dijo Ballantyne—. Usted sabe lo que ha ocurrido. No se esconda entre los papeles.

—Cuando su marido sufrió esa caída... ¿Sabe usted algo del cerebro?

—La señora no sabe nada del cerebro —dijo Ballantyne—. Quiere saber qué le ha ocurrido a su marido.

—La verdad es que sé un poco —dijo la señora Backhouse—. Estuve en la brigada de ambulancias de St John.

—Reconozco mi error —dijo Ballantyne.

—¿Ha sufrido un ictus?

—No exactamente —dijo Prentice—, pero ha habido una hemorragia.

—Lo sé. Vi la sangre. Por eso llamé a una ambulancia.

—Le llevamos a la unidad de cuidados intensivos, pero entró en coma...

—¿Ha muerto?

Prentice miró a Ballantyne.

—Verá, aquí es donde haría falta una enfermera.

—Las enfermeras todavía no han vuelto —dijo Ballantyne—. Se han ido a merendar. A tomar el té con pastas. Está usted solo.

—¿Quiere una taza de té?

—Nada de té. No le ha dicho que su maridito ha muerto.

—Me temo que ha muerto. ¿Quiere una taza de té?

Ballantyne gruñó.

—No hay té. Ha habido un corte de electricidad. El comedor está cerrado. No huya de ella. Té, una enfermera, su tablilla de apuntes..., ¿por qué se escabulle de esta mujer? Es responsabilidad suya.

—¿Desea llamar a alguien? —dijo Prentice—. Puede usar mi móvil.

—Ella tiene el suyo —dijo Ballantyne.

—¿Lleva casada mucho tiempo? —dijo Prentice.

—Una objeción —dijo Ballantyne—. Como él ha muerto, debe decir «¿llevaba casada mucho tiempo?».

Una risita de toda la clase.

Prentice tomó la mano de la señora Backhouse y alguien soltó una carcajada.

—No sé por qué se ríe —dijo Ballantyne—. ¿Y por qué ustedes dos se dan codazos, zopencos?

Un estudiante que se sonreía al fondo meneó la cabeza y se esforzó por ponerse serio.

—Continúe, Prentice.

—Creo que me quedaría aquí cogiéndola de la mano. Para que ella hablara, ya sabe —dijo Prentice—, sólo que...

—¿Qué?

—¿Y si es un hombre y no puedes cogerle de la mano? —dijo Prentice.

—¿Pasarle el brazo por el hombro? Dios, ustedes son la generación táctil. Pero nada de abrazos, por lo que más quieran. Basta con captar la situación. Son seres humanos, por lo menos la mayoría de ustedes. La compasión no se enseña.

De modo que Prentice permaneció un largo rato sosteniendo la mano de la señora Backhouse.

—Era un canalla —dijo ella.

—¿Cómo? —dijo el joven.

—Mi marido. El señor Backhouse. Era un cerdo.

La clase armó un pequeño jolgorio.

—Está afligida —dijo Prentice.

—No, no lo estoy —dijo ella—. Estoy de luto pero no afligida.

—Se tarda en asimilar.

—Está muerto —dijo la señora Backhouse—. Ya lo he asimilado. Se han acabado veinticinco años de matrimonio. Ha muerto.

Como el consuelo ya no era necesario, Prentice le soltó la mano.

—No puedo ayudarle, Prentice —dijo Ballantyne—. Está solo.

—¿Tienen hijos? —dijo Prentice.

—Una hija. Ella querrá saberlo, supongo.

—¿Se apenará?

—Oh, sí. Se acabó el dinero de bolsillo. Se acabaron los pequeños almuerzos con su papaíto. Oh, sí, se le partirá el corazón.

—Bueno —dijo Prentice—. Estoy seguro de que usted lo superará.

Se levantó para poner punto final a este episodio bastante desagradable. Le estrechó la mano con lo que pretendía ser un gesto de consuelo, aunque había resultado superfluo.

—Quédese aquí y alguien le traerá los impresos necesarios.

Cuando ya se retiraba, Prentice se dio media vuelta.

—Me pregunto..., es sólo una formalidad, pero ¿qué estaba haciendo su marido cuando se cayó?

La señora Backhouse le miró.

—No estaba haciendo nada.

—¿Resbaló?

—No lo sé. Yo estaba arriba. Oí un golpe sordo, bajé y la encontré en el suelo.

—Los camilleros dicen que se cayó de un taburete.

—Estaba intentando coger algo del estante más alto... donde guardaba una de sus

botellas.

—Bueno —dijo Prentice, tomando de pronto las riendas de la situación—, habrá que hacer una autopsia. El forense tendrá que investigar todo esto.

—¿El forense? —dijo la señora Backhouse—. ¿Una investigación? ¿Para qué? Creía que el noventa por ciento de los accidentes sucedían en casa.

—Así es.

Ella volvió a sentarse.

—Yo estaba arriba. No fue culpa mía. —Prentice no dijo nada—. ¿Podría tomar esa taza de té?

Terminada la sesión, hubo algunos aplausos débiles, insólitos, a los que incluso se sumó Ballantyne con unas palmadas huecas.

—Muy bien, Prentice, y muy intrigante, señora Donaldson. No sé si esta lección nos ha ilustrado sobre el modo de comunicar una mala noticia, y no digamos sobre el de consolar a quien ha perdido a un ser querido, pero al menos nos ha recordado que la muerte y el dolor no siempre van juntos: hay que ofrecer compasión, aunque no siempre es bien recibida y en ocasiones cabe considerarlo un acto presuntuoso. Los familiares conocen al difunto y el médico no, y, sin conocerle, ¿tiene derecho a darles el pésame? Y, por supuesto, se trata de una formalidad, pero la persona sinceramente afligida puede creerla fuera de lugar, y todo lo que no sea una pena sentida constituye una hipocresía. Cada cual es como es. Creo —y consultó su reloj— que la verdadera lección de hoy es ésta.

La clase se dispersa, algunos de los estudiantes sonrían a la señora Donaldson según salen.

—Gusta usted a los chicos —dijo Ballantyne—. La ven especial.

«A mí también me gusta usted», quiere decir Ballantyne, pero no lo dice.

—Se le ocurre tantas veces algo inesperado que uno siempre acaba esperándolo. Estoy intentando enseñarles cómo se finge la compasión y usted les enseña otra cosa.

—¿Qué?

—Sinceridad suena demasiado presuntuoso. Franqueza, quizá. En cualquier caso, nada que ver con la piedad.

Y se marchó, moviendo apesadumbrado la cabeza.

La verdad era que la señora Donaldson no había prestado mucha atención a la escena que habían interpretado. No estaba de humor para representar a la viuda desolada ni para extraer enseñanzas, por vagas que fueran, de la experiencia de su propio luto. El de su hija había sido excesivo y el suyo, pensaba, un poco mecánico y hasta brusco, por lo que en cierto modo la reacción de indiferencia de la señora Backhouse poseía de hecho un fundamento. Pero nunca había odiado a su marido, solamente estaba harta de él; una botella en el estante más alto podría haberle añadido interés.

Además, Delia le había dicho que parecía cansada, lo cual no era de extrañar dadas sus sesiones nocturnas junto a la pared del dormitorio. Así que divertirse un poco con los torpes intentos de Prentice de mostrarse solícito era una forma de demostrar que Delia se equivocaba. Era consciente de que había sido algo inesperado y se figuraba que por eso algunos estudiantes se habían reído. Lo que le sorprendía era la habilidad con que Ballantyne se las había ingeniado para extraer una enseñanza de la simulación que, por su parte, no había sido más que una tontería, y comprendió de nuevo que, por poco atrayente que fuera, el hombre podía ser un buen profesor, y tuvo ganas de poder decírselo sin arrostrar ninguna de las complicaciones («¿Y si comiéramos juntos?») que inevitablemente seguirían.

Llegado y transcurrido el día del alquiler, Andy lo había pagado con tanta puntualidad y premura que parecía empeñado en evitar la sola idea de una repetición. Por decepcionada que estuviera, la señora Donaldson recibió de buena gana el dinero, y también se alegró de hallarse en un estado de ánimo más sereno. No obstante, todas las noches ocupaba su puesto de vigilancia, pero al mismo tiempo daba por sentado que ahora era improbable que la incluyeran a ella.

La semana siguiente Andy tenía exámenes y esa noche estaba sentado abajo repasando textos mientras Laura planchaba. La señora Donaldson aprovechó las inocentes ocupaciones de la pareja para estudiar su papel del día siguiente en la facultad, antes de preparar la sesión de vigía en cuanto subiera a su dormitorio. Por frustrantes que fueran las circunstancias, seguía siendo agradable tener una rutina.

Despertó con un sobresalto y se dio cuenta de que se estaba resbalando de la silla. Era medianoche bien pasada y tenía frío. Sólo cuando se hubo acostado comprendió que debía de haberle despertado el alboroto que se estaba produciendo. Oyó gritos en la escalera y de repente la puerta se abrió de golpe y la chica entró corriendo en la habitación. Al principio trató de cerrar con llave tras ella, pero al oír los fuertes pasos del chico en la escalera, corrió aterrada al otro lado de la señora Donaldson. Llevaba puesta una camisa de Andy y se envolvió en ella mientras se acuclillaba como para esconderse.

La señora Donaldson estaba horrorizada.

—Calma —dijo, levantándose de la cama para ayudarla—. ¿Qué has hecho?

—Nada —sollozó Laura—. Me he puesto una camisa suya.

En ese momento Andy irrumpió en el dormitorio, sin más ropa que los vaqueros, y dijo:

—Sal de ahí, estúpida.

—Ésta es mi habitación —dijo débilmente la señora Donaldson—. ¿No podemos hablarlo?

—No, cojones, no podemos. Y quédese donde está. Quiero que vea esto. Tú ven



aquí..., date la vuelta. Obedece.

Andy se subió a la cama y al hacerlo dio una patada a la señora Donaldson en la rodilla mala, mientras la chica, lloriqueando, se ponía a cuatro patas encima de la cama.

—No hay necesidad de esto —dijo la casera.

—Sí que la hay, qué cojones —dijo Andy, y le asestó un fuerte azote en el trasero a Laura. Ella lanzó un aullido.

—Y no grites.

La chica gritó más fuerte y Andy extendió la mano para taponarle la boca.

La señora Donaldson pensó que debía pedir ayuda, y su primer impulso fue salir corriendo a la calle y llamar a la puerta del vecino o telefonar a la policía. Buscar a alguien, parar a alguien, a cualquiera, para decirle que acudiera deprisa porque estaban violando a una chica.

Llegó a la puerta del dormitorio.

—¿Adónde cree que va? Mire.

Laura empezó a gimotear y la señora Donaldson se tapó la cara con las manos, y cuando se atrevió a mirar el chico la estaba poseyendo en la cama. En medio de todo esto sonó el teléfono y la señora Donaldson pensó que estaba salvada, pero Andy, sin detenerse, se inclinó y arrancó el aparato de cuajo, un acto de vandalismo que redobló los gritos de Laura e indujo a la señora Donaldson a preguntarse si la violación sólo sería el comienzo.

Por suerte la escena duró poco y finalizó con nuevos gritos de Andy y aullidos de dolor de Laura.

Después él se tumbó de espaldas en la cama; la chica lloriqueaba a su lado.

No sabiendo qué decir tras haber presenciado la agresión, la señora Donaldson no dijo nada. Estaba temblando.

—Bueno —dijo Andy, juntando las manos detrás de la nuca—. Creo que después de esto tenemos un saldo positivo.

—Me has hecho daño —dijo Laura.

—Tú me has hecho daño a mí: me gustaba esa camisa. No le he dado un puntapié, ¿verdad?

—No —mintió la señora Donaldson, que se moría de ganas de tomar un té y se habría brindado a prepararlo de no ser porque temía que mientras estuviese abajo pudieran hacer las paces y empezar de nuevo como la última vez.

—Podrías habérmelo dicho —dijo.

—¿Decirle qué?

—Que estabais fingiendo.

—Yo no estaba fingiendo —dijo Andy—. ¿Y tú, Laura?

—Tampoco. Estaba asustada —dijo ella—. Me has hecho daño.

—Me había olido algo, pero no tanto. Se lo tiene merecido. Me ha estropeado mi mejor camisa.

—Puedo lavarla —dijo la señora Donaldson.

—Oh, qué amable, ¿no? —dijo Andy—. ¿No te parece?

Y rodeó a Laura con el brazo y le besuqueó el cuello.

La señora Donaldson no se movió.

Al día siguiente se presentó una vecina diciendo que habían oído gritos por la noche y le preguntó si se encontraba bien.

—Estuvimos a punto de llamar a la puerta, pero era la una de la mañana.

—Fueron los estudiantes —dijo ella—. Nada serio. Por lo menos no ponen la música alta. Usan esas cosas para los oídos que hay ahora.

—¿Pero usted está bien?

—Sí, por supuesto.

—Debe de añorar al señor Donaldson.

Ella sonrió valientemente.

Gwen se enteró del suceso al toparse con un vecino (distinto) en el supermercado, y la señora Donaldson se quedó pensando si habrían despertado a toda la calle.

—La señora Truman dijo que llamó por teléfono y no contestó nadie.

—El teléfono estaba desconectado.

—¿Qué hacían a esas horas de la noche?

—¿Qué hace la gente a esas horas?

—¿Sexo?

—Me figuro que acabarían así. Aporreé la puerta y enseguida se callaron. Son jóvenes.

—Es lo que dices siempre. No será violento el chico, ¿eh?

—No seas tonta. De todos modos —la frenó en seco la señora Donaldson—, se van dentro de poco.

Era verdad. Se lo habían dicho esa mañana. A Andy le habían prometido un puesto en la escuela de arquitectura de Edimburgo y Laura iba a pasar un año en Malawi.

—Espero que no aceptes a más.

—¿Más qué?

—Inquilinos.

—No lo sé —dijo la señora Donaldson—. No lo he decidido.

—Les echaré de menos —le dijo la señora Donaldson a Delia, aunque apenas pudo especificar por qué—. Me mantenían alerta.

—Búscate otros —dijo Delia—. Nunca se sabe.

Estaban esperando que empezase una sesión de unas hermanas cuya madre estaba en coma.

—¿Nunca se sabe qué?

—Podrían ser simpáticos.

—Me lo estoy pensando. Para variar, estará bien disponer de la casa para mí sola.

Y tampoco estaría mal (aunque no lo dijo) dormir de un tirón toda una noche y no tener restringido el acceso al cuarto de baño. Lo malo era la falta de expectativas y volver a quedarse sola.

—Ya empezamos —dijo Delia, cuando entró Partridge—. Ponte triste.

Partridge las había llamado para pedirles permiso para desconectar la máquina que mantenía con vida a su madre. La había atropellado un coche y estaba en coma.

—Yo los castraría —dijo Delia, cuyo nombre era Jackie.

—¿A quién?

—A los que atropellan y se dan a la fuga.

—No serviría de nada —dijo la señora Donaldson, que ahora se llamaba Cora.

—A mí sí.

—Ella se bajaba siempre de la acera.

—Nadie te discute eso, Cora, pero él no paró. Yo le castraría.

—El tema no es la castración —dijo Partridge, secamente—. Es si desconectamos a madre o no.

—¿A quién le llama madre? —dijo Jackie—. No es su madre. Para usted es la señora Henderson. ¿Cómo sabe que no va a volver en sí? Usted sólo tiene unos catorce años y ni siquiera lleva corbata. Si va a condenar a muerte a alguien, lo menos que podría hacer es vestirse como es debido.

Partridge parecía abatido.

—Además —prosiguió Jackie—, piense en esas historias de gente que ha estado sin conocimiento durante años y luego de pronto despierta.

—A veces tenemos que tomar estas decisiones —dijo Partridge.

—¿Por qué no dejamos las cosas como están? —dijo Jackie—. ¿Por qué no esperar?

—No tiene remedio —dijo Partridge—. Es un caso de muerte cerebral.

—Pero está viva —dijo Jackie—. Y mientras hay vida...

—Yo la dejaría morir —dijo Cora.

—Tú —dijo Jackie.

Las hermanas guardaron silencio.

—Ya ven —dijo Partridge al fondo de la clase—, aquí haría falta una enfermera.

—Todos se empeñan en pedir enfermeras —dijo Ballantyne—. ¿Por qué?

—¿Un toque femenino? —dijo Culley.

—¿Y si es un enfermero?

—Sigue siendo el consuelo de un hombro.

—¿Ha estado en un pabellón últimamente? —dijo Ballantyne—. Nadie le dirá

esto, pero lo cierto es que hoy día la mayoría de las enfermeras son una basura en lo que respecta a compasión, consuelo y humanidad en general. Conocen las cuestiones clínicas porque las han aprendido, pero a la hora de cogerle la mano a alguien, de consolar a un moribundo o a un pariente afligido, todo eso que la vida debería haberles enseñado, las enfermeras no valen para nada.

—Pero les enseñan a cuidar a los enfermos, ¿no? —dijo Partridge.

—Oh, sí. Eso se lo enseñan, pero tendrían que haberlo aprendido de la vida. De la experiencia. Y así como ustedes son demasiado jóvenes para ser médicos, ellas son demasiado jóvenes para ser enfermeras. Las mejores son las de mediana edad, sólo que ya no se ocupan de enfermería, sino de la administración. Así que deje de pedir una enfermera cuando lo único que quiere es que el consuelo se lo dé otro. Si hay que consolar o echar una mano, usted es el médico; hágalo usted mismo.

—Trabajo para un contable —dijo Cora—. ¿Me equivoco pensando que el problema esencial es económico?

—Bueno —dijo Partridge, contento de haber encontrado por fin a una persona sensata...

—Le advierto —dijo Ballantyne— que si dice que sí, Partridge, es probable que la otra le enchufe a usted a una máquina.

—¿Para qué va a vivir? —dijo Partridge, quejumbrosamente.

—Por nosotras —dijo Jackie—. O por mí, en todo caso.

Partridge suspiró. Su problema no era quién desenchufaba la máquina. Él quería ser patólogo. Los cuerpos que vería ya serían cadáveres.

—Mirémoslo por el lado positivo —dijo Cora—. Si desconectamos reducimos sus emisiones de carbono.

Delia empezó a gimotear.

Partridge suspiró.

—Bueno —dijo—. Lo decidiremos sobre la marcha. —Estrechó la mano a las hermanas—. Le daremos una o dos semanas más.

—Sin comentarios —dijo Ballantyne—. Y, con o sin enfermeras, tendrá que repasar el lado humano, Partridge. Ahora mismo es una casilla sin marcar. En cuanto a ustedes, señoras, son un desperdicio en St Mark's. Deberían estar en la televisión nacional.

Después de perder a sus inquilinos y el alquiler esporádico que le aportaban, la señora Donaldson se vio obligada a solicitar sesiones adicionales en el hospital. Abordó a Ballantyne durante un almuerzo.

—¿Lo hace por mis encantos? —dijo Ballantyne—. ¿O para comprar un congelador nuevo? Hay algunos huecos pero nada sustancioso. Aun así será agradable verla más a menudo. ¿Qué tenemos mañana? No querrá una hemorragia

rectal, supongo, pero aparte de eso sólo hay cálculos biliares, lo cual es pan comido para nuestra Meryl Streep de Bickerton Road.

Le tendió una carpeta.

—A no ser, claro, que tuviese un ataque.

—Tuve uno no hace mucho —dijo la señora Donaldson.

—Sí, por cierto... y fue memorable. Podría vomitar el almuerzo, por supuesto, pero más vale que no. Simplifiquemos las cosas. Cálculos biliares, pues.

—¿Podría ser sorda? —dijo la señora Donaldson.

—O letona —dijo Ballantyne.

—Diabética —dijo la señora Donaldson—. Me lo sé al dedillo.

—Una chica lista.

Tras habérselo pensado, la señora Donaldson había desistido de arrendar la habitación. No habría más noches con el oído pegado a la pared y no más agitación sofocante cada cuatro viernes, cuando debía cobrar. Había sido una excepción, una renuncia a la respetabilidad que no quería repetir, pues la posibilidad de encontrar otros inquilinos tan abiertos (y pobretones) como Andy y Laura era muy escasa. No. Aquel capítulo quedaba cerrado. Por mucho que lo sintiera, había sido una tensión excesiva.

Aun así, le había dejado una curiosidad, una lascivia incluso, que al asociarlas con la libertad, la liberación y una nueva vida, ahora no deseaba reprimir. Había oído que en Internet había de todo. No sabía nada de Internet, pero pensaba que tenía que haber cursos: los había de todo hoy día, aunque dudaba de que la instrucción llegase hasta las cosas que quería ver. Preservando el decoro, pensaba que debía intentarlo. La informaría Delia.

Después de un día bastante monótono (hipotiroidismo, hernia de hiato y hemorroides internas), estaba sentada en la cocina bebiendo algo tranquilamente cuando llamaron al timbre.

Pensando que sería Gwen, dejó el vaso en el aparador, puso la cadena cautelosamente y abrió la puerta.

—¿La señora Donaldson?

—¿Sí?

Eran un chico y una chica.

—Perdonad —dijo—. Creí que era mi hija.

—No. Venimos por la habitación.

Él llevaba un abrigo ligero, unos vaqueros y una camisa, y sorprendentemente, por estrecha que fuera, una corbata. Era alguien que creía haber visto en la televisión, donde sin duda había visto el sombrero, un sombrero estúpido, de ala corta y una talla pequeña. Era el sombrero de un cantante pop al que detenían con frecuencia por

delitos de drogas, y aunque el chico era guapo de cara el sombrero no le favorecía nada y le quitaba años, en vez de añadirselos, como ella suponía que era su intención, y no era nada elegante.

La chica era más vulgar, con un jersey grande y una bufanda larga, y su única concesión a la moda era un brillante bolso rosa.

—¿La habitación? —dijo—. ¿Qué habitación? No hay ninguna habitación.

Su decisión de no admitir más pupilos no había sido fácil, pero a la vista de aquella pareja tan poco agraciada se sintió aliviada y hasta contenta. No, no. No eran la gente adecuada.

—Usted está en la lista —dijo el chico—. Yo soy Ollie, a propósito. Ella es Geraldine. Estudio Bellas Artes y Geraldine trabaja en un café.

—Ecológico —dijo la chica, entregando al chico la lista de alojamientos.

—Aquí está —dijo él, señalando su nombre con un dedo (no tenía las uñas muy limpias).

—Les dije que me borrarán —dijo la señora Donaldson.

—Pues no la han borrado —dijo Ollie—. Es una pena, porque hemos venido andando desde el centro. ¿Ha tenido una mala experiencia?

—¿Cómo? —dijo la señora Donaldson.

—Para que la borrasen de la lista.

—No, no. Es sólo que... Pensaba darme un respiro, simplemente.

—¿No podría ponernos a prueba? —dijo el chico. La chica sonrió lánguidamente—. Si le gustamos quizá cambie de opinión. Podemos darle una referencia. Conocemos a Andy, ¿verdad? —dijo.

La chica asintió y se escondió detrás de la bufanda.

—¿Andy? —dijo la señora Donaldson.

—El que estuvo aquí antes. Un día vinimos a verles, pero usted no estaba.

Todo este diálogo había transcurrido con la puerta entreabierta, pero tranquilizada por sus credenciales la señora Donaldson retiró la cadena.

—¿Les veis? —preguntó—. ¿Cómo están?

—Andy está en Edimburgo —dijo Ollie—. Y Laura en algún país de África.

—En Malawi —dijo la señora Donaldson—. Me mandó una postal. Será mejor que entréis.

Los tres se sentaron alrededor de la mesa de la cocina, sin que Ollie se quitara el sombrero.

—Seríamos muy puntuales con el alquiler —dijo—. Geraldine trabaja en un café.

—No es eso —dijo la señora Donaldson.

—Ellos no lo eran, ¿verdad? —dijo él.

—¿No eran qué? —dijo la señora Donaldson, sin percatarse del abismo en que estaba a punto de caer.

—Fiables con el alquiler.

—No eran tan malos —dijo ella—. No. No se trata de eso.

—¿Somos nosotros? —dijo el chico, y sonrió. Aparentaba catorce años.

—¿Vosotros? No. No. No sois vosotros.

—De todos modos, nos dijeron que era usted muy comprensiva —sonrió el chico

—. Con lo del alquiler.

Geraldine se envolvió las manos en la bufanda.

—Nosotros no tendríamos un problema con eso, ¿verdad, amor?

—No —dijo la chica, con la bufanda en la boca—. Ningún problema. Ninguno.

—Disculpadme —dijo la señora Donaldson—. Tengo que ir arriba.

Subió corriendo al cuarto de baño, cerró la puerta y de repente, asombrosamente, vomitó.

Se sentó en la cama, en la cama de ellos, y hundió la cara en la almohada.

Era algo que nunca habría imaginado, aunque ahora que había ocurrido parecía de lo más obvio. Si ellos lo sabían, lo sabía todo el mundo, y le dieron vértigo las ramificaciones. El rumor habría circulado por la facultad de medicina. ¿Y por dónde, si no? Ella misma era un caso clínico. Se sentía indigna de compasión y respeto. Una broma. «Nuestra casera».

Se enjugó la cara y bajó a la cocina.

Estaban sentados a la mesa, los dos en silencio.

—Me lo pensaré —mintió la señora Donaldson—. No me he decidido.

Cuando se levantaban, el chico le puso una mano en el brazo.

—No armaremos jaleo. Con la música y eso. —Le dio un pedazo de papel—. Le he apuntado mi número de móvil.

Ella sonrió, tranquilizadora, como dándole esperanzas.

Están en el umbral y ahora, por primera vez, el chico se quita el ridículo sombrero y se lo aprieta contra el pecho, con un gesto tan anticuado que ella casi se ríe, una penosa criatura que ha llegado a su casa en busca de alojamiento.

—Me gusta tu sombrero —dice.

Él se lo pone y a su espalda un avión surca el cielo y en algún lugar una mujer canta.

Al entrar en casa, la señora Donaldson ve en la mesa el papelito con el número del móvil; a su lado el chico ha dibujado una cara tonta y sonriente con un sombrero puesto. Se tiende en la que en otro tiempo era su cama, en el piso de arriba, y ocupa el lado izquierdo, el suyo de siempre.

Y aquí, en lo que parece ser el epílogo de lo que se ha convertido en un cuento con moraleja, podemos dejar a la señora Donaldson, y los lectores que quieran una enseñanza moral probablemente deberían detenerse aquí y centrarse, como se suele

decir, en esa cama de las afueras donde la viuda se aflige por la mujer formal y sensata que fue antaño y que así era considerada, mientras que ahora la palabra que se le viene a las mientes es «alcahueta»: una lasciva e inconstante intermediaria en los placeres ajenos.

Ve que se ha convertido en objeto de risa y desprecio, indigna de todo perdón y comprensión, pues si su modesta casa en las afueras no es propiamente un burdel, sí es, desde luego, un lugar de comercio erótico, de trueque e intercambio.

Sí: habría que dejarla llorando todo lo que irreflexivamente ha tirado por la borda.

Y eso estaría muy bien de no ser porque todavía rumia continuamente en su memoria los crueles recuerdos hasta el punto de que las dos únicas escenas en las que participó de comparsa pierden todo su color, sabor y sensaciones; y entonces vuelve a recrearlas. Sabe que hubo momentos en los que de no haber sido tan timorata podría haber intervenido en la acción, aun cuando una iniciativa semejante, trascendental para ella, no habría ido más lejos de posar una mano en el trasero impetuoso del chico.

«A él no le habría importado», se dice a sí misma, «y seguramente tampoco lo habría notado... Pero una cosa podría haber llevado a otra». Y, de un modo parecido, podría haber tomado la mano de Laura y ella le habría inducido a actuar.

También rememora los preliminares —el preámbulo en la cocina, los preparativos arriba, las velas, la naturalidad con que se desvisten—: La secuencia entera es tan familiar que en su recuerdo casi se convierte en una ceremonia. Perdidos sus inquilinos, es esto lo que la induce al sueño todas las noches, y ni siquiera omite el ritual en este día fatídico, por abatida y avergonzada que la haga sentirse el verse expuesta.

Pero piensa también en su trabajo, el viejo analgésico que en este caso, sin embargo, no alivia su dolor. Rememora incidentes que en su momento la habían desconcertado: la risa inexplicable en clase, las carcajadas cuando Prentice tuvo que cogerle de la mano, las sonrisitas de los estudiantes sin un motivo evidente. Lo habría sabido si hubiese oído decir a Maloney: «Se supone que ella era la del buen rollo». Ahora lo sabía.

Al día siguiente, menos mortificada, ligeramente excitada incluso, la actriz que llevaba dentro se complacía pensando en la cara desafiante que tendría que poner. La víspera se había sentido privada de su necesaria coraza, pero por la mañana, al colgar el abrigo en la taquilla, recordó una de sus interpretaciones sobre cicatrices y a una mujer cuya cara había desfigurado un accidente. «Miro a la gente», había tenido que decir, «como si ellos fueran los lesionados». Así que adoptó una cara desafiante.

Sólo que no parecía necesario. Nada había cambiado. Si era el hazmerreír de la clase nadie daba indicios de pensarlo. Quizá Andy y Laura habían observado una mayor discreción de la que ella les atribuía: cierto era que se lo habían dicho al chico



del sombrero y a su novia tristonera, pero ninguno de los dos era alumno de la clase ni estudiaba medicina. Su deshonra podía ser sólo fruto de su imaginación.

Mirando el programa recordó que era el día en que trabajaba con la señorita Beckinsale, cuyo feudo siempre había sido la vejez y sus achaques. Esto se remontaba a una presentación antigua de un caso de demencia, cuyo verismo tan divagatorio y difuso había impresionado mucho al doctor Ballantyne. En el curso de los años, la señorita Beckinsale se las había arreglado para anexarse territorios contingentes, como la afasia y la amnesia, los ataques y otras disfunciones cerebrales. Como le encantaba decir, «la mente y sus estorbos».

Pero la señorita Beckinsale ya no era joven, y algunas de sus simulaciones se habían vuelto tan fantasiosas y autocomplacientes que resultaban de escaso valor clínico, por lo que de vez en cuando Ballantyne desviaba algunos trastornos cerebrales hacia el terreno de la señora Donaldson: un Alzheimer de aparición temprana, un par de aneurismas y (muy satisfactoriamente, y una delicia para interpretar) varios Tourette. Estos últimos se los habían ofrecido a la señorita Beckinsale, pero los había rechazado porque la obligaban a proferir obscenidades que ella afirmaba que ni siquiera había oído en su vida. Tampoco había oído hablar de la enfermedad y cuando se la describieron no se quedó convencida y la atribuía a una falta de autocontrol.

No se le escapó que su reino se estaba desmoronando.

—Se prevé jaleo. «Intrusión» —dijo Delia. No obstante, en principio, la miembro más veterana de la tropa parecía muy relajada, y hasta enlazó del brazo a la señora Donaldson y le susurró: «Bienvenida a la mente».

Ballantyne también había previsto algunas murmuraciones, pero al ver que no se producían, aquel mismo día se aventuró a emparejar a las dos mujeres en un guión donde una hija quería ingresar en un centro psiquiátrico a su madre aquejada de una ligera demencia.

Era por la tarde.

—¿Eres tú la cuidadora? —dijo la señorita Beckinsale.

La señora Donaldson suspiró.

—No, Violet. Es Jane.

Como los estudiantes no habían vuelto de la hora del almuerzo, la señora Donaldson no toleraba las gracias típicas de la señorita Beckinsale.

—Todavía no hemos empezado, Violet.

La señorita Beckinsale cerró con fuerza los ojos.

—Yo no empiezo. Tú eres la cuidadora.

—Yo no soy la cuidadora —dijo la señora Donaldson—. Soy tu hija, Lois.

—¿Tú? Nunca has sido mi hija. Para empezar, eres demasiado vieja. Y a una hija mía no la verías con una rebeca de ese color.

Era una de sus tácticas. Sabiendo que no podrían censurárselo, de entre los espesores de su supuesta demencia lanzaba a sus colegas pequeños dardos malévolos, aprovechando que un síntoma de su presunta locura era la presteza con que los disparaba.

Los estudiantes entraban ya en el aula y la señorita Beckinsale cerró los ojos y dejó que su mente soltara amarras.

El alumno aquella tarde era Metcalf, un joven impasible que consideraba que la geriatría era una buena especialidad, y que sube al estrado donde están las dos mujeres, estrecha la mano de la supuesta hija y se dispone a hacer lo mismo con la presunta madre, pero la señorita Beckinsale, que todavía está metiéndose en su personaje, parece no ver a Metcalf ni la mano que le tiende.

Él, por lo tanto, se sienta a la mesa y toma una nota.

—Bien, señorita Murgatroyd...

—Señora —dijo la señora Donaldson.

—Perdone —dijo él—. ¿Entonces hay un señor Murgatroyd?

—Había. Murió.

—Le asesinó ella —dijo su madre—. Le tiró por la ventana.

—Cáncer de próstata —dijo la hija.

—Ni siquiera sé cómo se llama —dijo la anciana.

—A propósito, ¿cómo se llama usted? —preguntó Metcalf.

—Lois.

—No se llama así —dijo la madre—, se llama...

Y la señorita Beckinsale se puso a buscar el nombre que más ofensivo resultara.

—... Mi hija se llama Tracy.

—Lois —repitió la señora Donaldson.

Metcalf tomó otra nota.

—Voy a hacerle un par de preguntas para determinar el grado de atención que su madre necesita. ¿Es incontinente?

—Sólo cuando quiere.

—¿Se ensucia?

—Cuando le conviene.

—¿Qué está diciendo? —dijo la anciana—. Pregúnteme a mí, no a ella.

—Tengo que hacérselo todo —dijo Lois.

—Un punto interesante —dice la voz de Ballantyne desde el fondo de la clase—. Cuando alguien dice «tengo que hacérselo todo», por lo general quiere decir que tiene que hacer sólo una cosa.

—Tiene hombres a montones —dijo la madre.

Ballantyne lo pasa por alto.

—También es interesante —continúa— que aunque una hija diga «tengo que

hacérselo todo» hablando de su madre anciana, en el otro extremo de la vida una madre nunca diría eso de su niña. ¿Por qué aceptamos sin más la condición desvalida de la infancia pero no la de la senilidad? Culley, ¿alguna idea?

Culley reflexionó.

—La mierda huele peor, de entrada.

Hubo una risa unánime a la que Ballantyne no se sumó.

—Sí: no es mala idea. Siga.

Metcalf perseveró en sus preguntas de manual sobre la memoria, la movilidad y los desvelos nocturnos, pero sin llegar a ninguna parte. Es obvio que la madre y la hija son dos mujeres difíciles. La madre quiere quedarse en su casa; la hija no puede más y quiere que viva en una residencia. Si se tuvieran una pizca de cariño, la situación sería desgarradora, pero no es el caso.

—¿Alguna vez se han llevado bien usted y su madre? —pregunta Metcalf.

—Nos llevamos bien —dice la madre—. ¿Qué le hace pensar lo contrario?

—Acaba de llamarla con un nombre de vaca.

—Es mi hija. Puedo llamarla como me apetezca.

Entonces Metcalf se sacó de la manga:

—¿Quién es el primer ministro?

—Ese tío —dice ella—. Sé quién es pero no se lo digo.

—¿Sabe restar cinco de siete?

—¿Para qué iba a hacer eso?

Metcalf se dirige de nuevo a la hija.

—Verá, señora Murgatroyd, es un hecho conocido que los pacientes de edad están más a gusto en un ambiente familiar, y ésta, al fin y al cabo, es su casa.

—No, no lo es —interviene la madre—. Puede parecer mi casa y puede parecer mi calle, pero hoy día hacen maravillas con los decorados. Con toda franqueza, creo que ya estoy en una residencia, pero no me lo dicen.

Metcalf anota algo mientras Lois sonríe, comprensiva.

—Lo que pasa —dice la señorita Beckinsale— es que quiere un inquilino.

La clase se endereza en sus asientos.

Como la señora Donaldson sabía que en las notas preliminares no se mencionaba a inquilinos en las notas preparatorias, obviamente se trataba de otro dardo del carcaj personal de la señorita Beckinsale.

—Ha perdido a su marido y ahora quiere un inquilino.

—No quiero ningún inquilino —dijo Lois—. No hay sitio para huéspedes.

—Eso depende de cómo duermas —dijo Beckinsale. Alguien se rió. La señora Donaldson miró. Alguien más se reía entre dientes.

—Harán esa cosa —dijo la madre.

—¿Qué cosa? —dijo Metcalf.

—Eso que hacen —dijo la señorita Beckinsale—. Los jóvenes, los viejos.

Un pequeño jolgorio en algún lado. Era algo que la señorita Beckinsale no decía normalmente.

—¿Quieres decir lo que tuviste que hacer tú antes de tenerme?

—No digas marranadas. Yo nunca hice eso. Nunca hice eso con nadie. Yo era profesora de catequesis. Tú lo hiciste. Lo haces.

Y descargó un golpe contra la mesa.

Nada de esto era típico. En todas sus cantinelas y desvaríos, la señorita Beckinsale siempre había eludido el tema del sexo.

Le ha gustado golpear la mesa y vuelve a hacerlo.

La señora Donaldson siempre lleva una botella de agua en el bolso, y aprovechando el alboroto, escondida tras el bolso, se inclina y vierte un poco de agua debajo de la mesa.

—¿Y su marido? —le está diciendo Metcalf a la madre—. ¿Se llevaban bien?

—Pregúntele a ella.

El agua se deslizaba por el suelo.

La señora Donaldson sonrió dulcemente a Metcalf.

—Creo que mamá ha sufrido un pequeño accidente.

—Nunca me pasa —dijo la señorita Beckinsale, aunque no estaba claro si hacía de sí misma o de madre.

—Nunca se da cuenta —dijo Lois—. Necesita asistencia.

—Llamaré a una enfermera —dijo Metcalf—. Para limpiar el pis. ¿Está bien que lo haga una enfermera?

—Sí —dijo Ballantyne, cansinamente—. Está bien que lo haga la enfermera.

Mientras la clase se dispersa y la señorita Beckinsale «baja» ostentosamente de la tarima, Ballantyne se lleva aparte a la señora Donaldson.

—Muy bien. Muy bien. Aunque no estoy seguro de que haya resultado... ¿A usted Violet le ha parecido una demente? Yo creo que no estaba demasiado en su papel. ¿Se ha orinado?

—Ella cree que no —dijo la señora Donaldson.

—Oh, Dios. Pobrecilla. Aun así, se está haciendo mayor, y aunque esto no es un juicio clínico, últimamente está siempre en la luna. No he dejado de advertir —añadió, y descansó la mano ligeramente en la región lumbar de la señora Donaldson, cosa que ella también advirtió—, no he dejado de advertir que, por excelentes que sean estos guiones, usted casi contra toda lógica (porque es algo impropio de su carácter) elige siempre el papel antipático: la hija indiferente, la viuda implacable. Sus personajes son muy duros.

—No sé si puedo representar las emociones —dijo la señora Donaldson.

—¿En la vida —osó preguntar Ballantyne— o sólo en la clase? ¿Sigue usted de

luto?

—¿De luto? —dijo ella—. ¿Por quién?

—Por el señor Donaldson.

—Oh —dijo ella—. Es posible.

—Quizá —dijo él, demorando la mano en la espalda de ella—, quizá pudiera invitarla a cenar algún día. Para distraerla de esos pensamientos.

—¿Por qué ha tardado tanto? —dijo Delia—. Habrás dicho que sí.

La señora Donaldson había dicho que sí, y con cierto alivio, pues la invitación demostraba al menos que si su aventura con Laura y Andy era de dominio público no había llegado a oídos del doctor Ballantyne.

La verdad era justo lo contrario. Después de haber preguntado a una estudiante si alguna vez había visto un muerto y de que ella respondiera que «sólo a mi hámster», Ballantyne se la había llevado, a ella y a un par de alumnos que tampoco habían visto un muerto al depósito de cadáveres para ver algunos recién fallecidos. Después se sintió obligado a invitar al trío a una bebida, en parte para animarlos, pero también porque en breve iba a recibir a un comité de inspección y necesitaba rellenar la casilla sobre las relaciones entre el personal docente y el alumnado.

La conversación fue un poco forzada («Dígame, Rosemary, ¿por qué se interesó por los intestinos, que normalmente son un coto masculino?»), pero la situación la había salvado Nigel, otro aspirante a cirujano que consideraba que la próstata era un filón creciente («Chiste. Ja, ja») y que con arreglo a esta especialidad elegida contó jovialmente antiguas historias de sexo. Fue durante esta sesión bastante chabacana cuando Lockwood, que todavía no había hablado y que a su vez estaba pensando en su casillero de interrelación y confiaba en que Ballantyne no le recriminase que carecía de aptitudes sociales, creyó que debía hacer una aportación y había contado al doctor los rumores que corrían sobre la señora Donaldson.

Los otros dos estudiantes estaban al corriente de los chismes, aunque Rosemary dijo que no les daba crédito, y Nigel explicó que a él se lo había contado la propia Laura. Ballantyne dijo que el asunto, de todos modos, a ellos no les incumbía, y se sorprendió de que no tuvieran nada mejor de que hablar. Hubo una pausa.

—Díganme —dijo el doctor—, ¿qué opinan ustedes de las nuevas policlínicas?

Sin revelar nada a los estudiantes («La señora Donaldson es una profesional de los pies a la cabeza»), y reprimiendo su anhelo de mayor información, Ballantyne, lejos de escandalizarse, estimó que la noticia era extrañamente alentadora. Había dejado constancia del interés continuado que le inspiraba la señora Donaldson de una manera torpe y (como él mismo sabía) contraproducente. Que no hubiese ido más adelante cabía imputarlo a que no era muy hábil en sus relaciones con las mujeres, pero también a que le cohibían la seguridad en sí misma y hasta la superioridad que la

viuda irradiaba. La señora Donaldson le había asustado un poco. Ahora ya no la temía. En su momento resultó no ser distinta de cualquier otra persona. Ella había accedido. Cenarían juntos.

Tranquilizada con respecto a Ballantyne, la señora Donaldson no dudaba de que la señorita Beckinsale estaba enterada y, a juzgar por las apariencias, también todos los demás. Así que se lo preguntó a bocajarro a Delia, quien le confirmó que estaba al corriente de todo.

—No es justo —dijo Delia—. Soy diez años más joven que tú. Sexo con los chicos, cena con el supervisor, ¿qué es lo que he hecho mal?

—No fue sexo —dijo la señora Donaldson.

—¿Qué fue entonces?

Y ella se lo dijo, y su relato —y comprendió que era hablar lo que había echado en falta— se vio interrumpido por las carcajadas de ambas.

Bien es verdad que la señora Donaldson cortó la historia y no dijo nada de las noches pasadas con el oído pegado a la pared, pero el hecho de contarla no privó de atractivo a su aventura, sino más bien al contrario, hasta el punto de que cuando llegó a su casa aquella noche se fue derecha al cubo de la basura y, revolviendo entre las bolsitas de té secas, el arroz frío y las peladuras de tomate, tuvo la suerte de encontrar el papelito estrujado que Ollie le había entregado.

Y así, llegado el momento, los nuevos inquilinos se mudaron y pagaron dos meses de alquiler por adelantado, sin que se mencionaran otras cláusulas del alquiler ni se hablara de flexibilidad por ambas partes en caso de impago.

Como pupilos eran incluso menos molestos que Andy y Laura. Rara vez, por ejemplo, se les veía en la cocina, y Ollie parecía sustentarse en gran medida de pizzas compradas en la calle.

Como era de prever, Gwen no se mostró entusiasta.

—¿Ella habla alguna vez? He estado aquí dos veces y las dos se ha escabullido al piso de arriba. Él es bastante hablador, pero ¿por qué lleva ese sombrero? Parecen músicos callejeros.

—Son muy silenciosos —dijo su madre—. Casi no noto que están.

—A diferencia de los otros. ¿Qué estudia él?

—Moda, creo.

—¿Moda? Bueno, supongo que deberías agradecer que no sea gay.

—No tendría nada de malo —dijo la señora Donaldson, secamente—. He hecho de gay en el hospital.

—¿Para qué?

«Para divertirme», quiso decir su madre. «Para reírnos. O como penitencia por haber traído al mundo a una criatura tan triste como tú».

Y sin embargo, aunque no le importaba la opinión de su hija, sabía que parte de su rencor hacia ella cabía atribuirlo al hecho de que Gwen tenía razón.

¿Qué pintaba ella en el hospital? ¿Qué hacía hospedando a dos chiquillos extraviados?

Era indecoroso. Por mucho que se empeñara, no era ella misma. Pero por eso lo hacía. Porque no era ella.

Tan pronto como sus huéspedes se hubieron instalado, la señora Donaldson sacó el edredón y reanudó su tarea de vigilancia. Por lo general eran retozos poco gratificantes, en los que apenas se oía un sonido procedente de la puerta contigua, y tan callados que en una ocasión estuvo cinco minutos creyendo que les oía copular hasta que cayó en la cuenta de que eran los latidos de su propio corazón. Alguna que otra vez se oía un gemido sofocado que supuso que sería de Geraldine, aunque era difícil decir si era de pesar o de éxtasis; podría haber sido de puro aburrimiento.

Por su parte, la señora Donaldson empezaba a preguntarse si la insinuación que le había hecho Ollie al principio había sido real. ¿No la habría malinterpretado ella? ¿O había sido una triquiñuela para colarse en la casa y no volver a hablar del asunto una vez dentro? En definitiva, era algo que no podía mencionar, y enseguida pensó que estaba haciendo el ridículo otra vez.

Pero había ocasiones en que se veían. Una noche encontró a Ollie en la cocina y él le preguntó:

—¿Puedo hacerle un dibujo algún día? Aunque ni siquiera sé su nombre.

—Jane... —dijo ella—. Si quieres... Un dibujo. ¿Cómo? ¿Cuándo quieres hacerlo?

—Ahora, si le parece..., Jane.

Ella se sentó a la mesa de la cocina mientras él le hizo un retrato muy creíble, además de algunos esbozos más pequeños, sentado como un niño con la punta de la lengua entre los dientes.

—Existe una tradición de artistas que dibujaron o pintaron a sus caseras. ¿Lo sabía?

—No —dijo ella, todavía reacia a aceptar la categoría de casera.

—La señora Mounter —dijo Ollie, sin dejar de trazar líneas—. Era la casera de un pintor que se llamaba Harold Gilman. Y eso que era una anciana.

En esto Geraldine entró en la cocina y salió inmediatamente.

—Casi he terminado —dijo Ollie—. ¿Puedo pedirle que pose otro día?

—¿Cómo quieres que lo hagamos? —dijo Ollie. Estaba sentado al lado de Geraldine al pie de la cama y la tenía agarrada de la mano. Ella parecía descontenta—. ¿Le doy un grito cuando estemos listos?

Cuando la señora Donaldson se volvió para irse, él le preguntó:

—¿Se queda vestida?

—Oh, creo que sí —dijo ella—. Creo que así será más fácil, ¿no?

—Yo también lo creo.

Obviamente había habido alguna conversación al respecto.

—A Gerry le preocupaba que usted quisiera meterse de lleno.

—¿Yo? —dijo la señora Donaldson—. Oh, no. Sólo soy... —Iba a decir una mosca en la pared, pero eso se acercaba a la verdad—. Sólo soy una observadora.

La llamada largo tiempo aguardada había llegado una hora antes. Ellos habían pasado la mayor parte de la tarde en su habitación y cuando oyó la voz de Geraldine supuso que estaban discutiendo. Pero Ollie bajó a la cocina mientras ella estaba preparando huevos revueltos con tostadas. Le dio a Ollie y se ofreció a preparar más para Geraldine, pero los huevos, al parecer, no eran uno de sus platos favoritos.

Mientras ella fregaba y Ollie secaba la vajilla, él dijo de repente:

—¿Qué tal esta noche? Sé que hemos pagado el alquiler, pero podríamos considerarlo un anticipo. Andy y Laura lo hacían, ¿no?

La señora Donaldson asintió, aunque sin decir que sólo ocurrió una vez. Y mientras Ollie preparaba una manzanilla para Geraldine, ella volvió arriba.

Ollie la llamó cuando ya estaban acostados en la cama, y la señora Donaldson entró y se sentó en el taburete del tocador.

Ninguno de los dos parecía tener prisa en empezar, el chico estaba recostado contra el cabezal y se tapaba con la sábana hasta justo por debajo del ombligo. Geraldine, por su parte, se había acurrucado en el centro de la cama, atisbando tímidamente a su casera por encima del borde de la sábana.

—¿Qué tal van las cosas en el café? —preguntó la señora Donaldson—. ¿Todo es ecológico?

—En el café todo va bien —dijo Ollie—. Todo es ecológico, ¿verdad, amor?

Geraldine asintió.

—El pan no —dijo.

—El pan no —repitió él—. Es integral, pero no ecológico. ¿Cómo era el señor Donaldson, su marido?

—Ex marido —susurró la chica.

—¿Por qué? —dijo él—. No se divorciaron.

—Murió —susurró Geraldine, como si se tratara de un hecho vergonzoso.

—Ya sé que murió —dijo Ollie—, pero eso no significa que sea su ex marido. —Sonrió a la señora Donaldson y añadió—: Disculpe. Quizá no le guste hablar de él.

Así era, sobre todo en aquellas circunstancias, pero ella se limitó a sonreír como si careciese de importancia.

—¿Cuánto tiempo estuvieron casados?

—Veinticinco años.

En realidad habían sido treinta.



—Qué bien.

Bajó un poco la sábana y la chica utilizó la distensión para taparse la cara del todo.

—Gerry es un poco tímida.

—No importa —dijo la señora Donaldson—. Yo también lo soy.

—¿Has oído, Gerry? La señora Donaldson también es tímida.

Estiró una pierna y frotó con el pie la rodilla de la casera. Era un pie bonito, pensó ella, y de un aspecto más adulto que su cara. Los dedos eran fuertes y sensibles, y el más pequeño no estaba allí como algo que había aparecido después, como el de ella. Estaba a punto de acariciarlo cuando Geraldine, de pronto, se dio media vuelta y rodeó con el brazo al chico, un movimiento con el que desplazó toda la manta.

—¡Huy! —gritó él, y rápidamente se tapó con la mano la entrepierna; después se rió.

—No sé por qué me molesto en hacer esto, en vista de las circunstancias —dijo, y retiró la mano.

La señora Donaldson sonrió e intentó no mostrar demasiado interés, aunque captó que él estaba más excitado de lo que quería aparentar.

—Te toca —dijo Ollie a la chica, y la desenredó de la sábana mientras ella escondía la cara en su pecho y él le acariciaba la espalda diciendo: «Tranquila, preciosa. Tranquila».

—¿Estás seguro de que todo está bien? —preguntó la señora Donaldson.

Él asintió, tranquilizador, y empezó a acariciar a Geraldine con más empeño, la besó en los hombros y le deslizó la mano hacia abajo, hasta el trasero.

—¿No le importa que sigamos adelante?

La señora Donaldson negó con la cabeza, Ollie alzó un pulgar en señal de acuerdo y se concentró en la chica.

—Esto es lo que le gusta —dijo.

—No, no me gusta.

—Ayer te gustó.

—Ella no quiere comentarios.

—Quizá sí —dijo Ollie—. Quiere que le comente la jugada porque estoy a punto de introducir la mano entre las piernas de mi novia.

Ella gritó, aunque la señora Donaldson comprobó con alivio que era un grito de risa.

Al contrario que Laura, que de vez en cuando le sonreía y hasta le guiñaba un ojo por encima del hombro de Andy, Geraldine, seria y completamente absorta en lo que se traía entre manos, no parecía estar de humor para bromitas. Ni una sola vez miró a la otra mujer, y de no haber sido por Ollie la señora Donaldson podría haberse sentido un tanto indeseada. Pero Ollie no escatimaba esfuerzos para facilitarle las cosas,

empujando con suavidad hacia abajo, por ejemplo, la rodilla de Geraldine para que la espectadora dispusiera de una mejor visión de la escena. Y cuando puso a Geraldine arrodillada a gatas, se recostó encima y apretó un poco la mano de la casera mientras decía, sin dirigirse a nadie en particular: «Me gusta mucho esto».

El epílogo, que se prolongó bastante, fue menos desenfadado, pues Ollie apretó los dientes, y Geraldine, estremecida por grandes sollozos, emitió el largo gemido desesperado que la señora Donaldson había oído alguna vez a través de la pared.

Consumado el acto, Geraldine se fue derecha al cuarto de baño y Ollie se quedó tumbado en la cama.

—Lo siento —dijo—. Deberíamos haber tomado una pastilla antes y ella habría estado más relajada. ¿Qué tal usted? —dijo, sonriendo.

—Ha sido agradable —dijo la señora Donaldson, educadamente—. Lo he pasado bien. Muchísimas gracias.

—No sé si ha valido el dinero —dijo el joven—. Habría preferido más abandono. Que es lo que suele ocurrir cuando estamos solos, ¿sabe?

—Es comprensible —dijo ella.

Él se cubrió con la sábana.

—¿Qué le ha parecido, comparado con Andy y Laura?

—Creo que ellos ya lo habían hecho antes —dijo la señora Donaldson—. Delante de alguien, me refiero.

—¿Sí? Ésta es nuestra primera vez, como seguramente habrá observado. ¿Hemos estado patosos?

—Oh, no —dijo ella—. Eso es lo refrescante. Que ha sido... auténtico.

—¿Y qué me dice de Andy? ¿Comparado conmigo? El chisme, ya me entiende.

—Oh, creo que son más o menos iguales —dijo ella, mintiendo. Y a continuación se oyó decir a sí misma—: Tendría que verlos juntos.

—Espere un segundo.

En aquel momento Geraldine salió oportunamente del baño y la señora Donaldson les dio las buenas noches y volvió a su dormitorio bastante complacida de haberse mostrado un poco descarada.

Aparte de esto, no creía que la sesión hubiera sido un éxito o la aventura que en parte había esperado que fuese. Quizá las sesiones estuvieran perdiendo novedad.

Al despertar en plena noche, creyó oír a la chica llorando.

Unas semanas (anodinas) más tarde, la señora Donaldson tuvo una sesión matutina. Trabajaba prácticamente a tiempo completo, aunque tras haber hecho todo el repertorio de síntomas y situaciones, la labor previa de documentación era menos onerosa que antes y rara vez, por no decir nunca, tenía problemas.

Había empezado un nuevo trimestre, y como se trataba del primer curso, apenas

conocía a los estudiantes y Ballantyne no estaba para ayudarla. A él las etapas de formación iniciales siempre le habían interesado menos. A pesar de que la ignorancia de los alumnos le ofrecía incontables ocasiones de regodearse en el sarcasmo, tenía la impresión (correcta) de que esta faceta suya no agradaba mucho a la señora Donaldson. Y como no estaba seguro de poder controlarse, algunas veces, como hoy, prefería ausentarse de las sesiones tempranas, lo cual le resultaba aún más fácil cuando, como aquella mañana, los simuladores eran veteranos. Estaba Terry con una hernia estrangulada y otra que le sobresalía de los calzoncillos de color mandarina; Delia, con dolores en el pecho que podían ser un ataque al corazón pero que se revelarían como una indigestión, y la señora Donaldson, que tenía un abanico de síntomas indefinidos que normalmente presentaba (convencida) como indicios de que padecía un cáncer.

Aquella mañana no se encontraba muy en forma y sufrió un mareo justo antes de salir de casa. Había tomado un par de pastillas, pero ya empezaba a pasar el efecto, y como los casos de Terry y Delia habían sido despachados en un pispás, se vio tendida en una camilla, con una bata de hospital y atendida por dos estudiantes, tan indispuesta que incluso, al palparse la barriga, notó que le dolía.

De pronto empezó a temblar de un modo tan incontrolable y virulento que parecía que estaba conectada a una máquina.

—Esto es fiebre —dijo la chica.

—¿Cómo lo hace? —dijo el chico—. Es increíble. Mira, hasta está sudando.

—No te preocupes —dijo la otra—. Ella es la mejor, por lo visto. Me lo dijo alguien de tercero. Dígame, querida —se inclinó sobre la camilla—, ¿qué cree que le pasa?

—Estoy enferma —dijo la señora Donaldson, con un castañeteo de dientes—. Me he mareado esta mañana. Pide ayuda. Que venga el doctor Ballantyne.

—En su debido momento. Primero vamos a examinarla.

El chico empezó a palpar.

—Procure no moverse, si puede.

Llevó una mano al abdomen y apretó, lo cual arrancó de la paciente un grito tan súbito que él retrocedió como si le hubieran mordido.

—Joder. No hace falta exagerar.

La señora Donaldson había dejado su carpeta en la silla, y pensando en abreviar el proceso la chica echó un vistazo para comprender qué representaba el espectacular cuadro de síntomas.

Se hizo la luz.

—No es nada. Es todo psicossomático —dijo, y de repente la chica berreó al oído de la señora Donaldson—: No tiene cáncer. Esto no es cáncer.

—Tengo mucho frío —susurró la paciente—. ¿Pueden ponerme una manta?

Llamad a alguien.

—Nosotros la ayudamos —dijo el chico—. Al parecer, está actuando. Es una artista.

Presa de escalofríos y temblores, y con el estómago ardiendo, la señora Donaldson recordó vagamente que en otra ocasión había tenido que simular algo parecido y con voz débil pidió a la chica que se le acercara.

—Creo... Creo que es una apendicitis aguda.

—¿De verdad? Bueno, pues qué bien. Por lo menos no es cáncer.

—Ayudadme.

—El tiempo vuela —dijo el chico—. Dentro de cinco minutos me esperan para una ronda en el pabellón. Déjelo ya, querida. Hemos captado el mensaje. Oh, Dios, ahora finge que ha perdido el conocimiento. Bueno, vamos a dejarla.

Los estudiantes se dirigieron hacia la puerta, pero a mitad de camino la chica dio media vuelta y susurró al oído inconsciente de la señora Donaldson: No es cáncer. No tiene cáncer.

Al volver caminando sin prisas por los pasillos del hospital, Ballantyne se encontró con una Delia consternada que cuando había ido a buscar a su amiga para tomar un café con ella, la había visto tendida en una camilla, inconsciente y sola.

—Es usted víctima de su propia fama —le dijo Ballantyne al día siguiente, al visitarla en el pabellón—. Pero tenía toda la razón. Era apendicitis. Los escalofríos deberían haber alertado a los estudiantes, sobre todo con un dolor de manual. No tienen disculpa.

Ballantyne había cenado con la señora Donaldson en varias ocasiones, pero nunca la había tocado. Ahora que estaba o había estado enferma, se sintió autorizado a cogerle la mano y acariciársela con ánimo terapéutico.

—La culpa es mía. Debería haber estado. No obstante, no les vendrá mal haber estado a punto de matar a un paciente tan pronto, en el comienzo de su carrera. He disertado sobre esto esta mañana y he dicho...

Del mismo modo que Ballantyne se ha aprovechado de su posición de médico, ahora la señora Donaldson saca partido de su condición de enferma y, aparentando cansancio, cierra los ojos.

—Está cansada —dice Ballantyne, reacio a soltarle la mano e incurriendo en el tradicional discurso de médico, del que siempre se burlaba en sus alumnos—. Procure descansar. Pronto le daremos el alta.

Nada más irse apareció una visita más reconfortante: la de Ollie, que traía un excéntrico ramillete del jardín, compuesto de dos guisantes de olor, un diente de león, una ramita de alheña y una pluma de paloma. Metió el surtido en el vaso de lavarse los dientes y se puso a dibujarlo sentado en el pie de la cama. Él también le cogió de la mano y ella se alegró de que no le acompañara la apática Geraldine, que, como era

de prever, tenía aprensión a los hospitales.

Ollie quiso ver la cicatriz y descubrió decepcionado que seguía cubierta de vendas; de lo contrario quizá también la habría dibujado.

—Da igual. Hay mucho tiempo —dijo, y se marchó después de prometer que mantendría la casa limpia y ordenada.

La otra visita que recibió fue la de Gwen, que aunque no había sido informada de la negligencia cometida por los estudiantes, reanudó sus esfuerzos por convencer a su madre de que buscara otro empleo o, todavía mejor, que no trabajara más. Dijo esto entre ríos de lágrimas, ya que, como se molestó en aclarar, esa visita era para ella especialmente penosa porque no había pisado un hospital desde la muerte de su padre. Se lo estaba explicando a su madre, pero —como le dijo más tarde a su indiferente marido— «Mamá parecía muy cansada. Ha estado durmiendo casi todo el tiempo de mi visita. Me ha recordado que no estará siempre con nosotros».

De vuelta en casa para una breve convalecencia, lo primero que hizo la señora Donaldson fue combatir la tentación de reanudar su rutina nocturna. Tras aquella primera velada insatisfactoria, parecía improbable que hubiese otra sesión, y tampoco era necesaria, porque Ollie había pagado el alquiler puntual e íntegramente.

Quizá haber atisbado la muerte debería haber orientado sus pensamientos hacia cuestiones más dignas de reflexión, pero no fue así. Lo que la desanimaba era Geraldine. Le disgustaban su retraimiento y la insipidez general de su carácter, aunque sólo fuera porque restaba interés a sus vigiliias nocturnas. Aunque todavía había veces que ponía la oreja, ahora le interesaba menos. En una ocasión se quedó dormida en mitad de una sesión que no mostraba visos de llegar a su fin, y como sabía que la conclusión probable era el largo y melancólico gemido de retirada que emitía Geraldine, prefirió meterse en la cama. Además, se dijo a sí misma, acababan de operarla.

Consideró que lo que en los primeros tiempos había sido una excitación que casi la sofocaba, ahora se había convertido en algo rutinario, como lo era cuando su marido vivía y ella todavía participaba. No le gustaba esta sensación: parecía un presagio de vejez. La moral no tenía nada que ver con el asunto.

Significaba, no obstante, que acogía gustosa cualquier excusa que la liberara de sus actividades «murales», y cuando Geraldine tuvo que irse a cuidar a su hermana a Halifax se alegró de reanudar sus costumbres de acostarse temprano y leer un buen libro.

Temprano aquella noche, ella y el doctor Ballantyne, o Duncan, como ahora estaba autorizada a llamarle, habían salido a cenar juntos. Él le habló de su vida y su carrera y a la hora del café le pidió que se casara con él.

Ella se lo esperaba, y aunque no podía darle una respuesta inmediata ya tenía una

preparada, que consistía en que, por halagada y agradecida que se sintiera al recibir la propuesta, había constituido tal sorpresa que le gustaría pensárselo.

Envalentonado por su reacción ambigua y recordando también lo que le habían contado de sus tejemanejes con los inquilinos, él dio otro paso adelante, le puso la mano en la cara interior del muslo y le sugirió que quizá la ayudase a tomar una decisión el hecho de que se acostaran juntos.

Tampoco esta propuesta fue inesperada, y como primera línea de defensa ella alegó su apéndice recientemente extirpado y la presunta necesidad de tratar con cierta delicadeza su abdomen perforado. Ballantyne minimizó prolijamente este reparo con una larga conferencia sobre las capacidades de recuperación del cuerpo, y precisó que en todo caso había alternativas íntimas a la penetración que no ejercerían presión sobre los músculos particulares en cuestión.

Ella no había previsto esto, pero recurrió al razonamiento rápido que había aprendido en las clases y adujo que podría haber accedido a la proposición de no ser porque aquel día era especial, ya que era la fecha (totalmente falsa) del aniversario de la muerte de su difunto marido. Aunque sólo fuera por respeto a Cyril, ¿no podría la cita ser pospuesta..., Duncan?

Él posó una mano sobre la de ella.

—No habrías podido decir nada que me hiciera respetarte más. Por supuesto que esperaremos. Tenemos que esperar.

Era una mentira inofensiva, pero cuando volvió a casa se acostó enseguida y pensó que en una novela sería desenmascarada: bastaba que Ballantyne se lo mencionara a Gwen para ser descubierta.

Pensó también en la propuesta de matrimonio. Significaría capitular. Casarse con su marido había representado una capitulación, aunque entonces no había mucho a lo que renunciar. El matrimonio con el doctor Ballantyne también sería capitular..., pero en esta ocasión había más cosas que perder.

Estaba leyendo su libro y a punto de apagar la luz cuando llamaron suavemente a la puerta.

Era Ollie, en camiseta.

—Me preguntaba si le gustaría venir.

—Pero Geraldine no está.

—Sí, lo sé. Ha tenido que ir a Halifax. Su hermana se encuentra mal. Puede que se quede una o dos semanas.

Ollie aguardó.

—¿Qué me dice?

—Además —dijo la señora Donaldson—, ya has pagado el alquiler. Lo pagaste el viernes.

—Sí. Ya no tengo esa baza. ¿Qué me dice?

Ella dejó el libro y se quitó las gafas de lectura.

—No lo sé.

—¿Sí? ¿Por qué no?

—Es que estoy casi acabando este capítulo. Pero dame un par de minutos y voy.

—¿Seguro?

—Sí —dijo ella, y volvió a ponerse las gafas—. Descuida.

# La ignorancia de la señora Forbes



Como muchos hombres guapos, Graham Forbes había elegido casarse con una mujer no tan agraciada como él y hasta un poquito mayor.

—En mi opinión, se ha echado a perder —dijo su madre. Pero él, por supuesto, no se lo había consultado—. Es un desperdicio, un auténtico desperdicio. Yo soy su madre. Soy una mujer de buen ver. Naturalmente daba por sentado que se casaría con alguien de su estilo. Hemos estado siempre tan unidos. Mi muchacho —le llamaba—. Mi jovencito. Nos lo contábamos todo. O eso creía yo.

El padre de Graham, como no tenía nada que decir, no dijo nada.

—Y ahora tengo que poner el anuncio en la prensa como una tonta. ¿Te imaginas?: «Betty». ¿Qué nombre es ése? Margaret, aún. O Joan. Aunque debo confesar que Caroline era lo mínimo que esperaba. ¡Pero Betty!

En realidad Betty y Graham eran nombres que casaban, los dos sosos, corrientes, y que no exigían de sus titulares ninguna actitud concreta en los asuntos mundanos, como es el caso de Tessa o incluso de Rory. Pero en esto residía parte del problema. En efecto, aunque nunca lo admitiría, la madre de Graham se arrepentía en principio de haberle llamado así. En los años que siguieron a su nacimiento, las aspiraciones maternas habían aumentado y Graham no era ya el nombre distinguido que ella había pensado. Ojalá pudiera deshacerse de él como se había deshecho del comedor de roble oscuro que pertenecía a la misma época. Pero así como existen mercadillos donde desembarazarse de objetos que ya no deseamos, no hay puestos que revendan nuestras pertenencias más indeseadas, como los nombres, los parientes o el aspecto que vemos reflejado en el espejo.

—Podría no importarme —dijo la madre de Graham—, pero su nombre de pila es sólo la mitad del fastidio. Fíjate en su apellido: Green. Betty Green. Yo no juraría que no fuese judía. He sabido que Green es un apellido judío.

—En realidad es Greene —dijo el padre de Graham—. Como el novelista. La e final es muda.

No era de extrañar que el padre de Graham fuera sensible a esta ortografía, pues él también parecía mudo. De hecho a su mujer la tomaban muchas veces por viuda. Tenía tanto aire de arreglárselas de maravilla que a la gente le sorprendía que su marido estuviese todavía vivo.

—Creo que es católico.

—¿Quién?

—Greene. El novelista. Salta a la vista en sus libros.

—Oh —dijo la mujer—. A mí no me gustaría que mi hijo se casara con una católica.

Para ella católicos y judíos eran de la misma pasta. Los judíos tenían fiestas cada dos por tres, y los católicos tenían hijos de igual manera.

—Supongo que podría ser católica —dijo el padre—. Me la imagino como una

monja.

La idea parecía agradarle, al contrario que a su mujer.

—Por desgracia no ha seguido esa vocación. Las cosas como son, Edward. Él es un chico muy guapo; ella no. Se supone que el matrimonio es una asociación. La gente guapa se casa con gente guapa y los demás toman lo que queda.

—Siempre existe el amor —dijo el marido, sin convicción.

—El amor —bufó ella—. Pues claro que existe el amor. Ella está enamorada, ¿quién no lo estaría? Pero ¿qué ve Graham en ella?

—Puede que tenga dinero.

—¿Un agujero en el jersey y las mismas medias tres días seguidos? No he visto indicios.

—Sus padres han muerto.

—Eso no le impide ir a la lavandería. Si tuviera padres nos haríamos una idea más clara.

—Tiene padres —puntualizó el marido, pacientemente—. Todo el mundo los tiene. Sólo que los suyos han muerto.

—Eso es lo que dice ella —dijo la señora Forbes—. Probablemente le echaron un vistazo y la dejaron abandonada en una ladera, como pasa en los cuentos. No me fío de los huérfanos. ¿No vimos algo así en el Playhouse?

—*Edipo* —dijo el marido—. Sólo que era en la antigua Grecia. Esto es Alwoodley.

—¿La antigua Grecia? Llevaban trajes —dijo la mujer—. Él tenía un coche deportivo.

—Eso era la versión teatral.

—Y tenía móvil.

El marido se dio por vencido y optó por la modalidad silenciosa.

A pesar de las sospechas de la señora Forbes, no había misterio en los orígenes de Betty. Era una huérfana auténtica, sus padres habían muerto cuando ella era una adolescente. Con respecto a la boda, procuraba no pensar demasiado en ellos: podría haberles gustado Graham; sin duda les habría caído bien el padre; era con la madre con la que no habrían congeniado.

—Me voy a sentir una idiota el día de la boda —dijo la señora Forbes—. Y pensar que la he estado esperando desde el día que nació. Graham siempre ha sido muy tiquismiquis. Le he visto dedicar media hora a elegir una corbata. Y tiene montones de zapatos. Es todo un desperdicio. Y Dios sabe cómo serán los hijos.

—Supongo... —caviló el marido.

—¿Qué supones?

—Supongo que ya... lo han catado.

—¿Cómo?

—Que lo han hecho. Han echado un polvo.

Hubo un silencio. Era una vieja manzana de la discordia: cómo lo llamaba ella, cómo lo llamaba él y si era permisible que él lo llamara de alguna manera.

—Me figuro que te refieres a «hacer el amor». Porque prefiero no pensarlo.

—Es probable que sea algo cachonda —dijo el marido, aprestándose para un altercado.

—¿Cachonda? Edward, ¿cuándo vas a aprender que hay ciertas palabras que no puedes emplear?

—Se lo he oído decir a Graham.

—Graham es distinto. Graham es joven, atractivo y conduce un deportivo. Tiene un alto nivel de vida y usa un lenguaje propio de su entorno. Puede decir «tío» y «tía» y «mola», todas esas cosas que dicen los jóvenes. Tú no. La otra noche te oí decir «tetras» en casa de los Maynard. Eres demasiado viejo para decir «tetras».

—¿Qué edad hay que tener? ¿Dónde empieza el tope? ¿Cuántos años tienes que tener para seguir diciendo tetras?

—No es una cuestión de edad. Hay gente que puede decirlo toda la vida. Tú, en cambio, nunca has tenido suficiente desparpajo.

—Oh. ¿Ahora se trata de desparpajo?

—Desparpajo. Estilo. Brío. Todas las cualidades que en Graham son naturales.

La ironía del caso residía en que si bien el padre de Graham era mucho menos quisquilloso respecto a con quién se casaba su gallardo hijo, al igual que su esposa habría estado mucho más contento si Graham no se casase, aunque por diferentes motivos. Casado el hijo, el padre se quedaría en compañía continua de la madre, una perspectiva que temía y que ella también empezaba a contemplar.

—Cuando Graham se haya ido tendremos al menos otra oportunidad de empezar a conocernos. Podrías iniciarme en ese Internet al que dedicas las horas muertas. Al fin y al cabo, la vida es para vivirla.

El señor Forbes, que acababa de encontrar una nueva y desenvuelta amiga en Samoa, vio a punto de desmoronarse todo aquel pequeño mundo cauteloso.

Cerró la puerta con cuidado y se instaló delante de la pantalla. Más valía sacar el máximo partido. Y allí al menos podía decir «tetras».

Tenía razón en haberse preguntado si Betty tendría dinero. Lo tenía. Y Graham lo sabía, porque trabajaba en un banco.

—No trabaja en un banco —dijo la madre de Graham—. Se dedica a inversiones.

Había conocido a Betty cuando ella fue a verle para que la asesorase después de la muerte de su padre.

—Eso que ustedes llaman acciones —dijo Betty—. Parece que papá tenía una buena colección. Hay hasta algunas de Japón.

—Esto es el mercado de valores, señorita Greene —dijo Graham—. No es

filatelia. En primer lugar, permítame felicitarla. Es usted una mujer rica. Orfandad aparte, la fortuna le sonrío.

—No comprendo —dijo ella, que entendía perfectamente, pero estaba pensando en lo bonitas que eran las manos de Graham.

—¿Quiere que se lo explique? —dijo él.

—Si no es molestia —dijo ella.

Había que ser muy cándido para dejarse atrapar por semejante grado de ingenuidad.

—Es que es un chico tan franco —dijo la madre—. Es culpa mía.

No es necesario militar en primera fila de la lucha por los derechos de la mujer para considerar deplorable la decisión de Betty de casarse con Graham. No estaba perdidamente enamorada, aunque le gustaba el físico del chico; él también se gustaba, y esto la desencantó un poco. Con todo, se le podía perdonar que pensase que su dinero le daba acceso a un hombre que normalmente le hubiera estado vedado. Además, a Betty le gustaba tan poco su nombre de soltera como a su futura suegra. Era hora de cambiarlo.

Por guapo que fuese, la relación con Betty no libraba a Graham de humillaciones. Como ya se ha dicho, circulaba en un coche deportivo, y cuando estaba en revisión, el taller le prestaba un viejo Ford Escort. Parado en su vehículo delante de los semáforos, Graham era penosamente consciente de las miradas de lástima de los otros conductores.

Eran las mismas miradas que le dirigían, se imaginaba, cuando salía con la feúcha Betty, y para evitar esa vergüenza (y porque tenía mucho cariño a su automóvil) optaba por un «cortejo», como la madre de Graham denominaba a su relación, nocturno y motorizado.

Estaban aparcados en un lugar pintoresco.

—A tu madre no le caigo bien —dijo ella, soltándole el cinturón.

—Se le pasará —dijo Graham, incorporándose en el asiento del coche para que ella pudiera bajarle los calzoncillos—. Cuando estemos casados creo que deberíamos tener una cuenta conjunta.

—¿Qué es eso? —preguntó su prometida, y aunque se suponía que era el primero que veía, se refería a la cuenta bancaria.

—Es sólo un arreglo para que no tengas que venir corriendo a pedirme dinero cada cinco minutos.

«Y viceversa», pensó Betty.

—¿Un beso?

—Para empezar —dijo Graham—. Después, sólo tienes que ponerle un poco de imaginación.

Como Betty no tenía padres que se encargasen de los preparativos de la boda,

supervisarlos recayó en la señora Forbes, una carga que ella asumió a regañadientes, plenamente consciente de su trágica ironía. A su entender, era esencial que se celebrase una ceremonia religiosa, aunque sólo fuera para demostrar que Betty no era judía ni estaba embarazada. Pero que un acontecimiento que ella aseguraba que había esperado la mitad de su vida llegara a ser una humillación pública casi parecía un castigo.

—Estoy viendo la expresión de sus caras —se quejó ante el espejo de su tocador. Las bodas eran actos trascendentales y había que pasar por ellas. Aunque no era muy popular, tenía un amplio círculo de amigos de mentalidad parecida a la suya, muchos de los cuales estarían encantados de verla frustrada, y una lágrima rodó por su mejilla untada de leche limpiadora. Su marido, recostado en pijama con su portátil en las rodillas, sintió una punzada de compasión que se disipó enseguida.

—¿Has hablado con Graham?

—Todavía no.

—¿Todavía no? ¿Qué clase de padre eres?

—Tiene que ser en la iglesia, ¿no?

Era una pregunta que a nadie se le había ocurrido formularle a la novia, aunque Betty y también Graham se hubieran contentado con una boda civil. Pero, en atención a su madre y también pensando en los regalos, Graham pensó que deberían hacer aquel esfuerzo.

—Por lo menos no se casará de blanco —dijo la señora Forbes, metiéndose en la cama—. Es tan morena que la gente pensaría que es india.

—Si tiene que celebrarse en la iglesia —dijo el marido—, espero que sea según el rito tradicional.

—¿Cómo iba a ser? —dijo su mujer—. ¿Con el código de la circulación?

—Quizá se nos haya escapado —dijo él—, pero actualmente las ceremonias son distintas. De entrada tienes que estrecharle la mano al vecino.

—Que yo recuerde —dijo su mujer—, casi nunca tenías vecino. Nunca había más de cuatro gatos.

—Además tendrán que ir dos veces como mínimo, por lo de las amonestaciones. Espero... —dijo el padre de Graham (y esta vez escogió sus palabras cuidadosamente)—, espero que conozcan las realidades de la vida.

—Graham tiene veintitrés años.

—Eso no disuadirá al canónigo Mollison.

El párroco era viejo. El gran amor de su vida era la máquina de vapor, y la versión de las realidades de la vida que había estado impartiendo durante muchos años hacía un fuerte hincapié en el pistón, el horno y la biela excéntrica, unos conocimientos útiles si uno quería viajar de Londres a Darlington, pero que no preparaban para los rigores del matrimonio moderno.

El señor Forbes rara vez veía a su hijo a solas. Por ejemplo, nunca habían salido a tomar una copa juntos ni habían ido a ver un partido de fútbol, como se supone que suelen hacer padres e hijos. Graham era hasta tal punto el niño de su madre que el padre tendía a considerarle si no del todo un agente de su madre, sí su reportero itinerante, y en consecuencia siempre se mostraba precavido en su presencia. Como el chaqué era obligatorio, la señora Forbes les mandó a los dos a Moss Bros para que los encargaran. Fue un episodio incómodo, agravado por el hecho de que se presuponía que padre e hijo compartirían de buena gana un vestidor.

Hombre tímido, el señor Forbes pocas veces había visto a su hijo desnudo desde que era un niño, y menos veces aún había consentido que Graham le viese desvestido. Los trajes aguardaban colgados a que se los probasen, y Graham, envalentonado por la presencia de varios espejos de cuerpo entero, procedió resueltamente a quedarse en paños menores. Actuando con más tiento, el padre descubrió que no encontraba los pantalones del traje cuando, de mala gana, ya sólo le cubrían los faldones de la camisa. Mientras los buscaban, sentado en un banco como un alma en pena, se sentía marchito y grandote, y ocultaba lo mejor que podía sus piernas venosas. Era una precaución innecesaria, pues Graham apenas se fijaba en su padre, totalmente absorto en sus diversas reflexiones y en los pantalones que a su juicio eran demasiado holgados para sentarle bien. En aquel momento, mientras Graham, plantado delante del espejo, se ajustaba y reajustaba los genitales, el señor Forbes recordó las instrucciones que le había dado su esposa.

—Tu madre cree que tú y Betty deberíais visitar al párroco.

—¿Para qué?

Graham bajó una mano por el pantalón para alisar la pernera izquierda.

El padre se miró las piernas flácidas. Necesitaba preguntar a su hijo si había hecho el amor con su novia, pero como Graham era el representante de su madre abordó la cuestión como se debía.

—¿Se ha consumado la relación?

—Muchas veces.

—Tu madre dice que no debes decírselo al párroco.

—Me figuro que tendrá la buena educación de no preguntarlo.

Forbes miró hacia otra parte mientras Graham se quitaba los pantalones e impudicamente se aflojaba de paso la entrepierna. En realidad, lo cierto era que todavía no lo habían hecho, aunque sí prácticamente todo lo demás, pero era improbable que Graham se lo comunicase al párroco o a su madre.

La llegada de los pantalones del señor Forbes le confirió un mayor grado de audacia paterna.

—Si te vas a casar en la iglesia, Graham, al párroco le gustará que finjas que

crees en Dios. Todo el mundo sabe que es una formalidad. Es como una azafata que explica las medidas de seguridad. Dios está en el cielo y tu salvavidas debajo del asiento.

—No veo qué tiene que ver eso con si lo hemos hecho o no.

—Cuando uno es tan viejo como el canónigo Mollison —dijo pacientemente el padre—, uno de los pocos incentivos de su oficio es hablar a los jóvenes sobre el acto sexual. Lo que en otro contexto sería un motivo para que lo detuvieran, en la sacristía se considera un consejo espiritual.

—Debe de ser un oficio muy deprimente —dijo Graham.

Pero tenía un aspecto espléndido, y cuando a regañadientes dejó de mirarse en el espejo, miró brevemente a su padre. Lo haría.

En suma, Graham y Betty fueron en su día a la iglesia y les leyeron las amonestaciones y mantuvieron una entrevista con el párroco. Al salir, Betty soltó la carcajada que había estado conteniendo dentro. (Graham simplemente se había aburrido). Ella le hizo ver entonces el lado cómico del asunto y él, que nunca había conocido a una mujer que hiciera bromas, comprendió, casi por primera vez, que Betty podría llegar a gustarle de verdad.

La víspera de la boda, Graham estaba en la cama con un joven que Graham creía que se llamaba Gary. Gary estaba bien hecho. Tenía la piel fresca y tersa y el cuerpo fuerte y de proporciones perfectas, y al contemplar su espalda silenciosa Graham pensó que tenía la anatomía de los héroes descritos en la mitología clásica.

—Y tampoco es que estuviéramos de palique —caviló Graham—. No —dijo.

—¿Eh? —murmuró el joven, medio dormido.

—Estoy pensando en voz alta —dijo Graham. ¿Se llamaba Gary o Trevor? Graham probó a pronunciar el nombre a medias. No hubo respuesta. La espalda lisa subía y bajaba. Por supuesto, mucha gente (muchos chicos, quería decir) no te agradecía que las llamasen por su nombre. En aquellas circunstancias, se prescindía de ellos, junto con todo lo demás.

Gary/Trevor llevaba alrededor del cuello una cadena de plata de la que colgaba un fino medallón oblongo. Ahora descansaba en algún punto situado entre su pecho y la almohada. Graham pensó que era probable, o cuando menos posible, que aquel objeto de metal tuviera inscrito el nombre de su dueño, y furtivamente, tanteando hacia una región distinta de la amplia espalda, empezó a empujar el medallón para tenerlo a la vista. Confiaba en que el joven estuviese dormido, porque no era fácil que una maniobra consistente en toquetear una pieza de identidad ajena pudiera interpretarse como alguna forma de juego amoroso que Graham conociese, aunque la curiosidad por tu acompañante sin duda debe considerarse un cumplido.

Graham liberó suavemente la cadena del cuello del joven y tiró de ella con

delicadeza para desprenderla de un rizo situado debajo. Hasta sus orejas eran perfectas, al menos la que podía ver, nítida, simple, con el lóbulo revestido de una tenue pelusilla rubia. Poco a poco la placa se fue haciendo visible, ligeramente empañada por el calor del cuerpo del durmiente. Uno de los lados del medallón era liso: Graham le dio la vuelta.

—Shirley —dijo el joven—. Me la follo los viernes.

—¿Es agradable?

—Ella piensa que sí.

—¿Por qué los viernes? —preguntó Graham.

—Su maridito va a jugar a squash.

Hubo una pausa en la que Graham pensó en Shirley y en el joven.

—Eso te gusta —dijo el chico.

—¿Qué?

—Lo mío con Shirley.

—¿Por qué? —dijo Graham.

—Me da que te gusta.

—En realidad —dijo Graham—, sólo te estaba mirando la espalda.

—Sí. Hago natación. Acaríciame el culo.

Graham lo hizo, aunque algo abstraído, porque le habría gustado recordar el nombre de su dueño. De todos modos, Graham decidió que no vendría mal aclarar que él también tenía otra carne en el asador.

—Me caso mañana por la mañana.

—Ding-dong, van a sonar las campanas —dijo el presunto Trevor.

—¿Cómo lo sabes? —dijo Graham, que no era muy aficionado a la música—. La boda podría ser por lo civil.

—Permíteme que te desee la mayor felicidad. Pero no es ahí. Es justo donde el culo se une con las piernas. Es una de las zonas erógenas menos conocidas.

Al oír la palabra erógena, Graham llegó a la conclusión de que no podía llamarse Trevor y empezó a perder un poco de interés.

—De hecho —prosiguió el joven—, creo que quizá la he descubierto yo. Si mi culo fuera una orquídea probablemente llevaría mi nombre.

Aquel chico no podía ser el que antes había asegurado que era: un camionero vulgar que transportaba un cargamento de balasto desde Rochdale a Penzance.

—Te expresas muy bien para ser un camionero.

—Leo. En las áreas de descanso. Cuando ves allí camiones aparcados, es lo que están haciendo nueve de cada diez camioneros. Leyendo. ¿Cómo es ella? ¿Guapa?

—No —dijo Graham, con franqueza.

—¿Grandes tetas?

—No especialmente.



—¿Embarazada?

—No.

—¿Entonces por qué te casas con ella?

—Hay otras cosas —dijo Graham, remilgadamente.

—Oh, seguro. No pares. Me gusta. Es lo que más me gusta.

Graham le complació desganado, pero cambió de tema.

—Esto es un pisazo.

—Sí.

—Mucho estilo.

—A mí me gusta.

—Y la ducha es fantástica. —Habían probado el cuarto de baño un rato antes—.

¿Caro?

—Puedo pagarlo. Entonces —dijo el chico, y descansó la cabeza en los brazos—, estos rollos se acabaron.

—Oh, no lo sé —dijo Graham—. Tendré que montármelo sobre la marcha.

Quería decir que vería cómo iba a ingeniárselas. No sería muy difícil, calculaba, porque la diferencia estética entre él y Betty le daba un amplio campo de maniobra; ella tardaría algún tiempo en retirarle su gratitud; lo cual era justo.

—O sea que esta noche es tu despedida de soltero.

—Podríamos llamarlo así. ¿Qué tipo de camión conduces?

—Uno grande.

—Espero que no sea uno de esos trailers. Los desapruero, contaminan el medio ambiente.

—Bueno —dijo el culo sin nombre—, tenemos que llevar la mercancía desde el punto A hasta el punto B. Mañana estaré en Penzance a esta hora de la noche.

—Yo no.

—Sigue tocándome el culo. Se supone que una cosa lleva a la otra. En eso consiste todo. Creo que estás en las nubes, Toby. Estás pensando en tu damisela.

No era cierto. Sus pensamientos estaban donde solían estar, y se preguntaba por qué tenía que ser él el elemento activo.

—A fin de cuentas —dijo el presunto Trevor—, yo prefiero lo hetero. Te da más energía. Lo que no soporto es el parloteo después del polvo. Date la vuelta y yo te hago lo mismo.

Mientras Trevor, que en realidad se llamaba Kevin pero que había dicho que se llamaba Gary, acariciaba la cara posterior de las piernas de Graham, se preguntaba si Toby creería que el servicio era gratuito. No lo habían hablado en los arbustos donde se encontraron, pero Kevin, es decir, Gary, tuvo la impresión de que Toby, es decir, Graham, pensaba que le estaba haciendo un favor, y se estaba interrogando sobre el modo de aclarar el malentendido. Aun así, mientras acariciaba la parte inferior de las

nalgas de su compañero con la suavidad que él mismo prefería, experimentó una punzada de satisfacción por estar haciendo a otro lo que más le gustaba que le hicieran a él.

—No me gusta —dijo Graham—. Me hace cosquillas.

El joven abandonó el cosquilloso trasero de Toby y se tumbó de espaldas, enlazando las manos por detrás de la nuca. Sus axilas eran también apreciables, pensó Graham, aunque no se imaginó en qué contexto. Posiblemente en una colonia de vacaciones, o en un programa de televisión.

—¿Te gusta tu nombre? —preguntó Graham.

—¿Gary? —dijo Kevin—. Sí. Sí, me gusta mi nombre. De hecho —y se incorporó sobre un codo para contemplarse el cuerpo—, me gusta todo lo mío. Los pies, la barriga, la cara... y, por supuesto, esto. Nunca he recibido quejas. Y ahora que hablamos al respecto, creo que ya es hora de que hagas algo, Toby.

—Muy bien, Gary —dijo Graham. Ahora que el cuerpo que estaba a su lado poseía nombre, notó que su ardor renacía—. ¿Qué quieres que haga, Gary?

—Lo que te apetezca, Toby —dijo Kevin—. Ah, y en vista de la situación, lo de la boda y eso, invita la casa.

Al día siguiente, la boda fue sobre ruedas, y el párroco, que previamente había observado la diferencia de encantos entre el novio y la novia, declaró que era un matrimonio muy cristiano.

El lado de la iglesia correspondiente a la novia estaba muy poco concurrido, a pesar de las personas trasvasadas de los bancos muy poblados del lado del novio. Los padres de Betty habían muerto mayores, y la mayoría de los parientes vivos eran también provectos y reacios a realizar el viaje al norte. Fue una situación incómoda, pero, como razonó la madre de Graham, si la familia de Betty se hubiera presentado en pleno, podrían haberse confirmado sus sospechas del origen étnico de su nuera.

No hubo damas de honor, porque las pocas amigas que tenía Betty no eran muy aptas para desempeñar esta función. Lo cual constituyó otra ventaja, pues el riesgo con las damas de honor es que suelen poner en evidencia las carencias de la novia.

«Nada difícil en este caso», pensó la señora Forbes. O la suegra Forbes en que se había convertido ahora.

En cuanto al padrino y los acompañantes del novio, Graham tenía mucho donde elegir, y un grupo de jóvenes vivarachos confirieron a la boda un aire de jolgorio que de lo contrario hubiera faltado.

Aun así, algunas de sus reacciones fueron inesperadamente emotivas, y en el momento culminante de la ceremonia vieron que el padrino se enjugaba una lágrima, un gesto que no vio la señora Forbes, ocupada en llorar ella también, y la pareja más feliz de todas, con los ojos completamente secos, no fueron Graham y Betty, sino ésta

y el señor Forbes, al que ella había elegido como padrino. Los dos estaban radiantes.

Durante la fiesta, Betty y su nueva suegra se asombraron de lo bien que bailaban muchos amigos de Graham. Él salió a la pista refunfuñando y se limitó a una ronda de compromiso con su madre y después con Betty, pero a continuación cedió el espacio libre a sus amigos, muy contentos, al parecer, de bailar solos.

El insospechado rey de la pista, sin embargo, fue el señor Forbes. Siempre había sido un buen bailarín; de hecho, era una de las razones por las que su mujer le había escogido. En los últimos tiempos apenas tenía ocasión de lucir sus talentos, pero cuando recorrió la pista bailando con ella un vals primoroso, se vio que, pese a haberse entonado más de la cuenta con champán, no había perdido ni una pizca de su destreza, y el matrimonio hacía una pareja excelente.

Fue pura apariencia. La bebida había desinhibido al señor Forbes y le había puesto insólitamente combativo, y se sirvió de la libertad del baile para explorar mejor los límites del vocabulario sexual que le estaban permitidos.

—¿Pelotas? —dijo, en pleno *quickstep*—. ¿Escroto?

Los ojos pétreos de la señora Forbes no dieron signos de haberle oído, y mantuvo una sonrisa fija y glacial mientras su compañero, que ahora bailaba un fox-trot, la acosaba contumazmente con obscenidades. «¿Conejo? ¿Coño? ¿Culo?».

Si le hubiera estado susurrando cosas tiernas al oído habría sido un espectáculo conmovedor. Por supuesto, cuando terminó la pieza los invitados prorrumpieron en un aplauso espontáneo que Forbes agradeció mientras sostenía la mano de su mujer y ella hacía una reverencia. No se había sentido tan desdichada en toda su vida.

Como acababan de comprar un piso al que estaban impacientes por mudarse cuanto antes, la feliz pareja trocó una luna de miel prolongada por un fin de semana en un hotel campestre.

Lo que Graham había dado en llamar sus «juguetes» habían sido prácticamente incontrolables y sorprendentemente placenteros, y siempre en algún escenario automovilístico..., el asiento delantero o trasero del coche, el suyo o el modelo más confortable que pertenecía a su padre. Si, por repetir las palabras de Graham, nunca «habían llegado hasta el final», se debía en parte a que era bastante anticuado, al menos en lo referente al sexo opuesto, pero también a que ni siquiera en la esfera alternativa había practicado nunca el acto de penetración y quería postergarlo el mayor tiempo posible.

Aparte de esto, podría haber parecido extraño, siendo las que eran sus inclinaciones sexuales, que nunca hubiera tenido problemas corporales. Pero esto equivale a olvidar lo prendado de sí mismo que estaba Graham. Ciertamente, un espejo siempre representaba una ayuda... o sea, un espejo de verdad; poseía uno de cuerpo entero que viajaba con él adondequiera que fuese. Nadie más lo veía, claro

está, pero sin él no era nada, y con él todo era posible: podría haber hecho frente a un pelotón de fusilamiento si hubiera podido observarse en este trance. Y si bien no fue así como encaraba su noche nupcial, estaba deseoso de verse en acción. Sin embargo, cuando inspeccionó los suntuosos aposentos del hotel comprendió que no sería fácil.

En muchas de las habitaciones en que Graham se había alojado, no siempre solo, un espejo habilidosamente colocado facilitaba un reflejo de la cama, y la imagen de sí mismo desnudo sobre las sábanas bastaba por sí sola para excitarle, con o sin compañero. Aquel hotel era de lujo; grandioso y profusamente amueblado con antigüedades auténticas, con la mesilla llena de una pila de ejemplares de *Country Life*, *Tatler* y *The Field*; una caja lacada que contenía pastillas de menta para después de la cena, y otra con una selección de galletas del Príncipe de Gales, además de, por cortesía de la dirección, un cesto de frutas y un enorme ramo de peonías. Faltaba un espejo. El ropero era sólido, sí (arce americano, francés, siglo XIX), pero no había espejo.

Tampoco había, como Graham comprobó rápidamente mientras Betty estaba en el cuarto de baño, ningún canal porno en la televisión. En sus viajes por cuenta del banco estaba acostumbrado a hospedarse en hoteles una o dos estrellas por debajo de aquel establecimiento palaciego, y en los cuales la decoración podía ser menos elegante, pero que siempre ofrecían porno. En ellos, por otra parte, las habitaciones eran más pequeñas y las paredes menos gruesas, con lo que a veces se podían captar indicios de lo que estaban haciendo en el cuarto contiguo. Aquí las cortinas festoneadas, las paredes tapizadas de damascos, la mesa del comedor, las galletas regias, todo proclamaba el desinterés del hotel por detalles tan vulgares. Por mucho que la suite nupcial fuera de un lujo asiático, como en efecto era, prevalecía el buen gusto y el sexo no estaba previsto.

El problema del reflejo (del que Betty no era consciente) lo resolvió ella sin querer cuando abrió el ropero para colgar algunas prendas y descubrió un espejo de cuerpo entero que forraba todo el interior. Apenas entró ella en el cuarto de baño, Graham procedió a una pequeña investigación que reveló que, abierta de par en par, la puerta del ropero daba una visión pasable de todo lo que, si las cosas iban bien, sucedería en la cama.

Así que cuando Betty salió del baño se encontró esperando a un Graham listo e investido del papel que había adoptado, el de un marido serio y severo que por fin iba a tomar posesión de su territorio. «Ahora», dijo cuando se desprendió de su toalla, «ahora es cuando el matrimonio empieza en serio».

Y así empezó, y Betty se mostró dócil y sumisa, y, por lo demás, su unión fue plenamente satisfactoria.

Con la salvedad de que, mientras él observaba de reojo para admirar el ascenso y descenso de sus nalgas, el vigor de la acometida hizo que la puerta del ropero se

cerrase ligeramente y ofreciera, en consecuencia, un reflejo poco atractivo de sus rodillas y tobillos. Se levantó dos veces para corregir este efecto (sin dar ninguna explicación a Betty), pero la tercera vez que ocurrió lo mismo, Graham decidió olvidarse del espejo y concentrarse en la cópula. Desde el punto de vista de la recién casada, fue una decisión acertada, no sólo porque ahora disfrutaba de la atención completa de su marido, sino porque, privado del estimulante espectáculo de contemplar la ondulación de sus glúteos, Graham tardó bastante más tiempo en llegar al apogeo.

Después del coito, desnudos en la cama, Graham observó a su mujer y a sí mismo. Había visto muchos cuerpos hermosos en su joven vida, pero muy pocos que estuvieran a su altura. Puesto que sus méritos y los de sus amantes rara vez habían sido parejos, el sexo entrañaba por lo general cierta condescendencia por parte de Graham, lo que en un hombre más simpático o menos vanidoso podría haberse considerado compasión. No era su caso.

En este punto suele intervenir el amor: si la desigualdad entre los amantes es física, social o económica, la tarea del amor consiste en equilibrar ambas partes. Aun así, incluso en la unión más perfecta se detecta a menudo un elemento de concesión. Y dado que Betty pertenecía al sexo erróneo, hacerle el amor representaba para Graham una concesión suprema. Se volvió de nuevo hacia ella; en verdad, había sido bastante placentero.

Para ser un matrimonio desprovisto de un gran incentivo, las cosas fueron muy bien. Ayudó que Betty no sólo era una buena cocinera, sino también imaginativa; la madre de Graham no daba muestras de ninguna de las dos cosas cuando él volvía del banco a casa, y gozar siempre de una comida deliciosa constituía una novedad. Betty tampoco ponía reparos a que Graham se pasara toda la velada delante del televisor; de hecho, ponía objeciones a tan pocas cosas que él se sentía aún más mimado que antes.

En el trabajo también estaba prosperando, pues su matrimonio había ratificado a sus superiores su seriedad, su dedicación y (aunque esto nunca se había mencionado) sus tendencias sexuales.

Betty había asistido a un par de actos sociales organizados por el banco, reuniones deprimentes que a ella parecían gustarle y en las que, sin que Graham le oyera, había impresionado a sus colegas con la pertinencia de sus preguntas: si las respuestas la dejaban escéptica se cuidaba mucho de manifestarlo. «Parece que tu mujercita tiene una cabeza bien puesta», dijo el director de proyectos de Graham. «No sólo es una cara bonita». Como desde luego lo último no era cierto, Graham no se dio por enterado. Pero lo que sí dejó bien claro fue que ahora no necesitaba realmente el empleo, lo que, por supuesto, aumentó el empeño que sus jefes pusieron

en ofrecerle uno mejor.

En otros sentidos tampoco había motivos de queja. Pasada la novedad, cabría haber esperado que el sexo conyugal perdiera pronto su encanto. Nada más falso. Lo cierto era que Graham descubría muchas más cosas haciendo el amor con Betty que las que había gozado con el más activo de sus compañeros masculinos. Además había en el sexo con Betty un aspecto transgresor que nunca había experimentado.

Por ejemplo, la ropa. Si en el pasado algún joven hubiera insistido en conservar los pantalones puestos, para que Graham tuviera que ocuparse de bajarle la cremallera, desabrocharle los botones, quitarle los calzoncillos y el resto de los trámites, los preliminares correspondientes con Betty le habrían parecido más familiares. Pero nunca había tenido que aprender a desvestirse despacio, ya que sus amantes se quitaban de mil amores todo lo que llevaban encima lo más rápido posible para gozar de los encantos de Graham. Ahora, en cambio, al volver del banco (y a veces incluso sin quitarse siquiera el abrigo), retoza con Betty antes de la cena; su titubeante cónyuge, en su urgente y sólo parcial deshábille, le resulta especialmente excitante, puesto que le parece siempre que la está forzando. Es una sensación que ella le proporciona conscientemente, pero Graham no es lo bastante sofisticado para percatarse. Los obstáculos eran asimismo naturales porque nacían de un desconocimiento de la geografía de la región y las funciones de sus componentes. Un día se paró a pensar que a las mujeres había que investigarlas. Pero cuando juntaba su boca con la de ella mientras la manoseaba por debajo tenía la gratísima impresión de que estaba descerrajando una caja fuerte. Aunque siempre conseguía abrirla, la combinación seguía siendo un misterio, pues el amor marital continuaba poseyendo para Graham un sello agradablemente delictivo.

Omitir la mención de precauciones como los condones o similares no es sino una licencia de la narrativa. Aunque en este relato no se haya hablado del uso de anticonceptivos, en sus devaneos prematrimoniales Graham siempre había sido escrupuloso a este respecto, incluso cuando amantes más alocados se burlaban de su circunspección. Esta costumbre, sin embargo, no debería haber constituido una sorpresa, ya que, por frenéticos que fueran los prólogos eróticos, la forma meticulosa con que Graham depositaba los zapatos al pie de la cama y metía los calcetines dentro debería haber revelado que el suyo no era precisamente un espíritu libre.

No obstante, aquí también el amor marital poseía sus tranquilizadores atractivos. Como Betty tomaba la píldora o adoptaba precauciones sobre las que Graham prefería no indagar, el lecho conyugal no se veía entorpecido por tediosas profilaxis, de tal modo que allí donde Graham había esperado encontrar una obligación onerosa y hasta desagradable descubrió una libertad y un descontrol inesperados que juzgó tonificantes. Se aficionó a las sábanas de casa con un abandono sin reservas; por lo menos allí no iba a atrapar nada, y esta seguridad prestaba a sus esfuerzos tanta

confianza como maña. Betty, cuyas expectativas sexuales no habían sido grandes, se vio convertida en objeto de embestidas prolongadas, vigorosas y en conjunto deleitables. Estaba atónita por el ímpetu y el entusiasmo de su marido, pero en cualquier caso su asombro era inferior al que sentía él mismo.

Al señor Forbes, por su parte, no se le había consentido olvidar su infame conducta en la boda, y pasó varios meses de reclusión más o menos permanente en el cobertizo del jardín. En los breves lapsos en que su mujer se ausentaba de casa, se las componía para encender el ordenador y enviar mensajes apresurados (y siempre mentirosos) a su amiga samoana, la de la falda de paja. Pero ahora tenía otra amiga.

En los meses inmediatamente siguientes a su boda, Betty se dedicó a amueblar y equipar el apartamento recién comprado. Rechazaba con firmeza los ofrecimientos de ayuda que le hacía su suegra, pero con el suegro se mostraba más accesible. Aunque ella era una experta usuaria informática, el señor Forbes le era útil en otros aspectos, sobre todo en localizar y comprar para ella diversos artículos. Además de ser una persona agradable era también un hombre habilidoso, motivo por el cual visitaba cada vez más a menudo el domicilio de su nuera, donde ambos sacudían la cabeza cuando hablaban de sus respectivos consortes.

El señor Forbes se había jubilado pronto, y su pensión estaba vinculada al precio de las acciones de su antigua empresa. Las consiguientes fluctuaciones de sus ingresos eran para él una fuente de inquietud constante, y al oírle refunfuñar tantas veces a propósito de los valores bursátiles, Betty acabó por convencerle de que le dijera el porqué y le permitiera gestionar a ella su cartera. Aunque él pensó que únicamente estaba satisfaciendo su curiosidad femenina, el suegro descubrió con estupor que su nuera era una entendida en la materia («Lo hacía para mi padre»), y al cabo de unos pocos meses (y con muchas risas) había reestructurado de tal modo el convenio de jubilación que prácticamente había duplicado sus ingresos, con la única condición de que no se lo contara a Graham ni a su madre (lo cual venía a ser lo mismo). El concepto que Graham tenía de una esposa era el de una persona ingenua y dependiente, y aunque sabía mucho más que él, ella tenía la sensatez de callárselo. El señor Forbes se preguntó no por primera vez por qué una mujer tan autosuficiente había decidido casarse con su hijo.

Hacía mucho tiempo que Forbes había llegado a la conclusión de que una de las funciones femeninas consistía en introducir cierto grado de desorden en la vida por lo demás tranquila de los hombres. Su mujer, por ejemplo, que gozaba de una salud casi alarmante, muy pocas veces afirmaba sentirse realmente bien, aunque no se tratase de un malestar tangible. Lo cierto es que el asunto a menudo estaba relacionado con ese territorio que el marido tenía derecho a tocar, pero que raramente palpaba, y que al mismo tiempo era una parte intocable, y si no lo tenía siempre bien presente, permitía

a su propietaria acusarle de desconsideración y crueldad. Forbes pensaba que el problema consistía en que, incluso en el caso de una mujer tan inquebrantable como su esposa, el hombre no era consciente en todo momento de que existía un problema. Ahí estaba el problema. Quizá la experiencia de Forbes había sido desafortunada, y si en efecto se trataba de una deficiencia del otro sexo, Betty carecía por completo de ella, porque era alegre, divertida y, como el suegro comentaba a la suegra, siempre «contenta como unas pascuas».

—¿Y quién no, casada con Graham?

Betty tampoco imponía ninguna de las normas lingüísticas de esto sí y lo otro no que tanto entorpecían una conversación franca y abierta del señor con la señora Forbes. Con Betty decía «cojones», «culo» y a veces incluso «¡mierda!», y osando mucho se aventuraba a emplear «chocho» (al menos como un vocablo emparentado con «chochar»). Ella no se ofendía lo más mínimo. Forbes prefería que le llamasen Ted, pero su mujer pensaba que Ted Forbes sonaba a personaje de *The Archers*<sup>[1]</sup> y siempre le llamaba Edward. Betty, sin que nadie se lo dijera, conocía a su suegra lo suficientemente bien como para llamarle Edward cuando estaba ella y Ted cuando no estaba. Era una táctica para incitarle a comportarse como el golfillo que él pensaba que su mujer nunca le había permitido ser.

Graham, por supuesto, también había tenido su época golfa, pero si Betty suponía cuáles habían sido sus inclinaciones prematrimoniales, se guardaba estrictamente para ella sus intuiciones (sería erróneo denominarlas sospechas), a pesar de que en su convivencia conyugal no faltaban indicios.

Creyendo que Betty estaba en el cuarto de baño, Graham estaba viendo un programa nocturno del Canal 4 titulado *Futbolistas con el torso desnudo* cuando ella entró de improviso buscando el secador del pelo.

—No sabía que te gustaba el fútbol —dijo ella.

—Sigo un poco al Newcastle —dijo Graham en el preciso momento en que (en un clip antiguo) Gary Lineker intercambiaba su camiseta con la de un guaperas de la ex Yugoslavia.

—Le prefiero ahora —dijo Betty.

—¿A quién?

—A Lineker. El pelo gris le favorece. De todos modos, bonitas piernas.

—No sabría decirte —dijo Graham, púdicamente.

—Curioso, este programa. ¿Es una grabación de los mejores momentos? —dijo ella, y siguió secándose el pelo.

—¿No deberíamos tener un hijo?

La pregunta la hizo Betty y los dos estaban en la cama.

—¿Eso no es un salto a ciegas?

—¿Y montar un negocio?



—¿Qué tipo de negocio?

—En Internet.

Ella ya lo había hecho, pero no se lo había dicho a Graham. Él guardó silencio.

—Tengo que hacer algo con mi vida, Graham.

—Ya has hecho algo con ella. Te has casado conmigo. Soy yo el que tengo que hacer algo con mi vida. ¿Por qué no te dedicas a la fotografía?

Betty suspiró.

—¿Podríamos acostarnos otra vez?

—Betty. Ya estamos acostados.

—No te gusta que diga esa palabra.

—Hacer el amor. Di «hacer el amor».

Decir que Betty no había concebido sospechas sobre las experiencias sexuales prematrimoniales de Graham sugiere que eran eso, prematrimoniales. Lo cual no era del todo cierto. Él reincidía en sus escapadas, que ahora, por menos frecuentes, resultaban más placenteras, y también porque entrañaban un mayor riesgo le parecían en consecuencia más temerarias.

En una de estas incursiones Graham se acostó con un joven de bellas proporciones que si bien se entregaba en cuerpo y alma a la faena, conseguía dar la impresión de ser un espectador entretenido.

—O sea, Toby... —dijo el chico desnudo, y juntó las manos detrás de la nuca—. ¿Cómo sobrevives a los rigores de la vida conyugal?

La pregunta la hizo después del coito y turbó ligeramente a Graham, que había tenido la astucia de no llevar puesta la alianza.

—Muy bien —respondió, inseguro.

—¿Muy bien? ¿Muy bien? No me gusta oír eso. Fíjate —dijo, y bajó la mirada hacia el cuerpo también desnudo de Graham—, yo creo que la tienes más grande. Más rellenita, no sé si me entiendes.

Graham empezó a entrever que se conocían de antes, y de repente se acordó del nombre. «Gary».

—Ah, te has acordado —dijo Kevin, y le estrujó el muslo—. Tu despedida de soltero, ¿eh?

—Tú eres el camionero de largas distancias.

—No, no. Ahí te falla la memoria, Toby. Yo soy el chapista.

—Tienes las manos muy blandas para ser chapista.

—Me doy una crema protectora.

Graham se estaba acordando de todo.

—Has prosperado.

—¿Tú crees?

—Esto es una urbanización privada. La última vez estabas en un simple piso.

—Digamos que me cuido —dijo Kevin, acariciándose la barriga—. Pero, Toby..., concedes demasiada importancia a las posesiones materiales.

Un chapista no, pensó Graham. Quizá un decorador de interiores.

—¿Cómo está Shirley?

—¿Quién?

—Shirley —dijo Graham—. Tu novia. Te la follabas los viernes.

—No hay ninguna Shirley. No puedo haber tenido relación con una chica con ese nombre, ni los viernes ni ningún otro día de la semana. Ni siquiera estoy seguro de si me empalmaría.

Graham se fijó en que Gary había cambiado el medallón y la etiqueta por un par de placas.

—Son nuevas —dijo Graham.

—Nuevas para ti. Me gustan. Te dan ese toque guerrero. Podríamos estar en las Malvinas. O en una tienda en el Desierto Occidental.

Estaba recostado sobre el codo izquierdo y trazaba indolentemente un círculo alrededor del ombligo de Graham.

No era una fantasía que a Graham le suscitara mucho interés. Él y Betty lo habían hecho una vez en una tienda desde donde se divisaba Nidderdale, y aunque la región era de extraordinaria belleza, la sesión no había sido un éxito y un té infecto en Pateley Bridge no había remediado el chasco.

—Espero que seas diligente y concienzudo en el cumplimiento de tus deberes conyugales. ¿Sigues pidiéndolo dos veces cada noche?

Graham, que no estaba insatisfecho de sus prestaciones, sonrió complacido.

—¿Sabe que juegas en el bando contrario?

—No —dijo Graham—. No sabe nada.

—¿Tú crees que le importaría?

—Claro que no —dijo Graham, juzgando por su experiencia—. No en estos tiempos.

—Tienes razón, Toby. ¿Qué importa el sexo que sea? Divúlgalo por ahí.

—Es hora de irme —dijo Graham.

Recogió su ropa, pulcramente doblada en la silla al lado de la cama.

—¿No te apetece otro revolcón?

Graham consultó su reloj.

—No puedo, me temo.

—A ella le dará igual. Dile que has salido tarde del banco.

—Yo no te dije que trabajo en un banco.

Era verdad que no se lo había dicho, pero al hacer memoria no consiguió recordar dónde le había dicho que trabajaba.

—Trabajas en un banco. Yo soy chapista. Así funciona la sociedad. Y, a

propósito, me temo que voy a tener que cobrarte este servicio. Cien libras, pongamos.

—¿Cien? Que te jodan.

—Ojalá pudiera decir que acaban de hacérmelo, pero es donde tú has puesto el límite, Toby, ¿te acuerdas?

—Tienes suerte de que las tenga —dijo Graham, entregándole los billetes—. No suelo llevar mucho efectivo.

—¿Para qué? —dijo Kevin—. Trabajas en un banco. Tienes un coche muy chulo.

Al marcharse, Graham se sintió intranquilo. ¿Le había dicho que trabajaba en un banco? ¿Le habría dicho en cuál? En teoría, era este ingrediente de riesgo lo que le daba morbo, pero en esta ocasión no le gustó un pelo.

Además había sido caro. Las verjas se abrieron solas.

En la habitación, Kevin estaba anotando en su móvil el número de la matrícula del coche nuevo de Graham.

Por el momento parece que las cosas van bien para la familia Forbes. El matrimonio de Graham es más satisfactorio... y más gratificante... de lo que él esperaba, y además está ascendiendo en el banco, juega a squash con clientes ejecutivos, asiste a transacciones inmobiliarias que, a decir verdad, no siempre comprende totalmente, pero que su mujer, con unas pocas preguntas en apariencia ingenuas y de sentido común, le ayuda a solventar sin poner en peligro su condición de «mujercita».

Entretanto prospera el negocio online de Betty. Por ahora la cuestión del hijo ha quedado aparcada, aunque la intendencia sigue a cargo de Ted, es decir, Forbes padre.

Si hay alguien excluido de esta dicha general es la madre de Graham. Naturalmente, ve mucho menos al hijo casado de lo que veía al soltero. Él cena en la casa paterna algunas veces en que Betty, por ejemplo, va a un concierto..., es una gran amante de la música..., una pasión que no comparte con su marido («Yo prefiero la música ligera»), pero que ha contagiado a su suegro, que en ocasiones la acompaña y permite así que madre e hijo disfruten de su antigua relación. Pero por mucho que ella goce de estas veladas, también le conciencian de lo vacía que se ha vuelto su vida.

Hubo un tiempo en que la señora Forbes había depositado esperanzas en Internet, pensando que le serviría de sustituto o, como ella decía, de «hobby». Pero estas esperanzas se habían ido reduciendo a medida que se mostraba reiteradamente incapaz de dominar la tecnología.

—En realidad, es muy sencillo —le dijo su profesor, pacientemente, pero como su profesor es su marido, el señor Forbes se cerciora de que no pulse las teclas adecuadas ni haga las conexiones clave.

—Es un juego para hombres —dice él, amablemente, lo cual es totalmente cierto si se tiene en cuenta el uso que él le da, pues la sinuosa beldad morena de Samoa (que

en realidad vive en Clitheroe) está perfectamente a salvo de los dedos inquisitivos pero poco adiestrados de la señora Forbes.

Mujeres más cariñosas que ella podrían haberse consolado con la expectativa de unos nietos, pero no parecía haber el menor rastro de ellos, y de todos modos, al mirarse al espejo y alisarse la falda escocesa sobre sus caderas aún bien torneadas, no se siente todavía lo bastante mayor para ser abuela. Sueña, en cambio, durante esas largas tardes, y a veces ensaya una escena en la que le comunican la noticia de la muerte inesperada de su marido y ella se deja caer débilmente sobre la primera silla a mano, con un pañuelo estrujado en el puño como único signo de emoción. Tras haber asimilado la noticia, pero sin manifestar sus verdaderos sentimientos (la aflicción es algo que pertenece a la intimidad), se ve a sí misma sobreponerse elegantemente, recurriendo a reservas de entereza y valentía insospechadas por sus amistades... o, de hecho, por su difunto marido. Después, finalizado el entierro (la suya es una figura solitaria en pos del féretro), toma las riendas de su vida, vende la casa, se muda a un apartamento y empieza a comprar fulares y a ir al teatro, a llevar una vida de repente luminosa, amplia y gratificante.

En el piso de arriba... y las pocas veces que no está en casa de su nuera..., el señor Forbes se desahoga garabateando notas sobre una saga de torturas y violaciones en la Italia del Renacimiento, que proyecta colgar en Internet para dedicársela a otra amiga desenvuelta que ha encontrado en Paterson, Nueva Jersey.

La gente habría dicho que los Forbes eran un matrimonio feliz, y en cierto modo lo eran.

La señora Forbes se sirvió otro jerez.

Tras un recorrido profesional por el este de Inglaterra, de inspección por viviendas hipotecadas y a punto de ser embargadas, Graham atravesaba Peterborough en su coche cuando sonó su teléfono.

—Hola, Toby. Soy Gary. ¿Dónde estás?

—En Peterborough.

—¡Peterborough! Hay gente con suerte. ¿Te lo estás pasando bien?

—No —dijo Graham, cortante.

—¿Por qué? Aquí dice que tiene una catedral normanda.

La catedral no figuraba en el itinerario de Graham, ya que no estaba amenazada por un inminente riesgo hipotecario.

—¿Cómo va tu señora?

—No te oigo. No hay cobertura —dijo Graham, y colgó.

Cerca de Newark volvió a sonar el móvil.

—¿Dónde estás?

—A unos ochenta kilómetros al norte de donde estaba antes, y no sé si me gusta

esto.

—¿Qué?

—Que me llames continuamente.

—¿Continuamente? Te he llamado dos veces, según mis cálculos. Deberías sentirte halagado.

—¿Por qué? —dijo Graham—. Te pago, acuérdate.

—Qué grosería. Es impropio de ti, Toby. Las personas tenemos sentimientos.

—De todas formas, hoy no puedo —dijo Graham—. No llevo dinero encima.

—Podría ser gratuito.

Cuidadoso con el dinero, un ofrecimiento así normalmente habría interesado a Graham, pero hasta él veía que aceptarlo implicaba el peligro de convertir un trato comercial en una relación.

—No. Acabo de encontrar algún billete en otro bolsillo. ¿Dónde nos vemos?

Había anochecido cuando Graham estacionó al lado de Gary en un aparcamiento vacío. Kevin le dio a Toby un breve abrazo y lo condujo hasta la puerta lateral de un edificio oscuro y algo vetusto, donde entró después de pulsar los números de un código.

—¿Adónde me llevas? —preguntó Graham mientras recorrían un pasillo lóbrego flanqueado de puertas idénticas. Parecía una especie de albergue de juventud; la habitación en la que entraron disponía sólo del mobiliario básico..., cama, lavabo, taquilla, y no había indicio de que lo ocupase nadie, ni siquiera Gary. Dentro hacía un calor sofocante.

—Has venido a menos —dijo Graham.

—¿Lo dices por esto? —dijo Kevin suavemente, mientras se quitaba los pantalones—. No. Es mi lugar de trabajo.

—¿Y los demás sitios? ¿El piso de lujo, la casa de Roundhay?

—También lugares de trabajo.

—¿A qué te dedicas? —dijo Graham.

—Ya te lo dije. Soy chapista, carrocerero.

Al colocar pulcramente los zapatos al lado de la cama, Graham sintió el polvo y las pelusas que tapizaban el suelo.

—¿No vas a cerrar la puerta? —preguntó.

—¿Para qué? No hay nadie más aquí.

A algunos clientes quizá les hubiera excitado el carácter público del sitio; no era el caso de Graham.

—¿Dónde estamos? —dijo.

—Te lo he dicho. En mi puesto de trabajo. Quítate la camiseta.

Aunque se le ocurrió pensar que era él, Graham, el que en teoría debería llevar la voz cantante, se quitó la camiseta y también los pantalones. No le extrañó que la

sesión fuese menos satisfactoria que las anteriores, e incluso hubo un momento de tensión cuando Graham fijó el límite, y ya desde el inicio decidió que, por más que se empeñara Gary, era la última vez que se veían.

Gary estaba recostado en un codo y Graham tumbado de espaldas.

—¿En qué estás pensando? —dijo Kevin.

Graham estaba pensando en hasta qué punto, si las cosas no cambiaban, prefería su lecho conyugal, seguro y confortable, pero tuvo la sensatez de no decirlo. También se preguntaba qué momento sería el más oportuno para marcharse. Previamente, sin embargo, había que abordar la cuestión del pago.

—¿Qué tal tu vida de casado?

—Muy bien.

—¿Y el banco?

—Muy bien.

Kevin reflexionó.

—Dime una cosa. ¿Tu madre sabe que eres gay?

—Estoy casado. Es lo único que sabe.

Graham estiró la mano para coger su camiseta y empezó a vestirse, aunque Kevin no parecía tener prisa en imitarle.

—Se supone que las madres siempre lo saben.

—No conoces a la mía.

—Es cierto —dijo Kevin—, pero ¿si se enterase?

—¿Cómo se iba a enterar? ¿Cuánto te debo? ¿Lo mismo que la última vez?

—¿Quieres mucho a tu madre?

Graham estaba de pie, con el dinero en la mano.

—¿Qué clase de pregunta es ésta? ¿Cuánto quieres tú a tu madre?

—Mi madre lo sabe.

Graham ya estaba harto del tema.

—¿Lo mismo que la otra vez, entonces? —dijo, y depositó unos billetes.

Kevin los miró con desagrado.

—Oh, creo que es algo más, digamos. Al fin y al cabo es tu madre.

—Ah, no —dijo Graham—. Ah, no —repitió; recogió el dinero y se lo volvió a guardar en la cartera—. Conmigo no te vale esa jugada. Haz algo así y voy derecho a la policía.

—Una idea muy razonable —dijo Kevin, con las manos enlazadas debajo de la nuca—. Y no tendrías que ir muy lejos. Yo soy la policía. Ahora desnúdate y antes de hablar de negocios podríamos reconsiderar la propuesta que te hice antes.

Graham hablaba en serio cuando dijo que iría a la policía, y una hora después, ya en la calle, pensó en ir directamente. Luego pensó que sería mejor consultarlo con la almohada y, en el caso ideal, hablarlo con Betty. Por razonable que fuera, obviamente

esto último estaba descartado, y entretanto pasaron un par de semanas, durante las cuales se armó de valor para afrontar la inevitable vergüenza, hasta que se decidió a denunciar al culpable.

La comisaría era inesperadamente civilizada, había en la entrada macetas de geranios y puertas automáticas que se abrían a una recepción sobria, con un grabado de Van Gogh en una pared y uno de Lowry en otra, y parecía más un ambiente para satisfacer a los clientes que un organismo encargado de velar por el cumplimiento de la ley.

El sargento del mostrador, un señor de pelo blanco y aire afable, estaba atendiendo a una mujer.

—Estoy ocupado con esta clienta, pero será un momento. —Indicó a Graham la sala de espera—. Siéntese. Hay café hecho, pero se acaba de perder los croissants.

Se volvió hacia la mujer.

—Bueno, ¿cómo era?

—¿Quién?

—El hombre que la ha agredido. ¿Se ha fijado en si era negro?

A pesar del ambiente relajante, Graham seguía nervioso y se puso a buscar los lavabos.

También en ellos reinaba una distinción sorprendente, con una música de fondo que Betty (él no) habría identificado como *The Lark Ascending*.

Y alguien había tenido la delicadeza de colocar un cuenco de popurrí encima del alféizar, otro detalle que, de no haber estado preocupado, sin duda habría merecido su atención.

Cuando salió del baño el sargento estaba terminando con la señora y una agente de policía aguardaba para hacerse cargo de ella.

—¿Le doy hora con la psicóloga?

—¿Qué le parece?

—Hablar es bueno —dijo la agente Valerie, y condujo a la mujer por el pasillo.

—No siempre podemos resolver el delito —dijo el sargento—, pero al menos ayudamos a sobrellevarlo. Diga, señor. Perdone por haberle hecho esperar. ¿En qué puedo servirle?

Graham había decidido ir directamente al grano.

—La cosa es un poco complicada —dijo, y se recostó confidencialmente en el mostrador—. Aunque no soy exactamente gay y de hecho estoy felizmente casado, me he metido en un pequeño lío y me están chantajeando.

—Válgame Dios —dijo el sargento—. En los tiempos que corren eso ya no se estila. ¡Chantaje! No vivimos en los años cincuenta. Bueno, está usted de suerte. Sé que hoy ha venido el oficial de enlace del barrio y puede tener una charla con él. No tardo nada.

Y se fue por el pasillo diciendo: «¡Chantaje! Lo que hay que oír».

Alentado por esta acogida solidaria y aliviado por la perspectiva de contar sus cuitas, Graham tomó de nuevo asiento en la recepción y empezó a hojear distraídamente las revistas desperdigadas por la mesa baja. Al volver una página del boletín local se topó con la fotografía de un policía joven, de aspecto tímido pero atractivo con uniforme, que recibía una condecoración por servicios prestados a la comunidad. Era Gary.

Como no estaba al corriente del movimiento gay y de sus progresos, a Graham le sobresaltó ligeramente descubrir que el galardón le había sido concedido a Gary (cuyo nombre parecía ser Kevin) por servicios prestados a la comunidad y, en especial, por su cometido de oficial de enlace gay. Tras haber salido del armario, «un acto de gran valentía personal para un policía», Kevin/Gary había dado charlas en escuelas, iglesias y centros sociales, y se le consideraba personalmente responsable de una notable disminución de delitos de carácter homófobo en el vecindario.

Se disponía a seguir leyendo cuando en alguna parte al fondo del pasillo se abrió una puerta y Graham oyó el sonido de voces. Sin atreverse a mirar atrás ni a comprobar quién era, bajó los escalones, aguardó angustiado unos segundos a que se abrieran las puertas automáticas y huyó de la comisaría.

Unos días más tarde, Betty se entretenía con el ordenador.

—¿Alguna vez te has preguntado si Graham sería gay? —dijo.

El señor Forbes se puso las gafas y reflexionó.

—Se me ocurrió pensarlo —dijo—, pero como luego se casó contigo pensé que me había equivocado.

Era por la tarde y estaban los dos en la cama.

—¿Y tú?

—Me preocupaba —dijo ella— que dedicara tanto tiempo a cuidarse las uñas, aunque los hombres de hoy usan crema hidratante, ¿no?

—Sí —asintió Forbes (que no la usaba)—. Ya de niño era muy maniático para esas cosas, y tuvo su paraguas siendo muy pequeño. Pero yo no me preocuparía. Lo importante es que le gustas.

—Sí —dijo Betty—, pero es gay. Lo sé desde hace algún tiempo. —(Había verificado algunos de los sitios web que él visitaba)—. Sólo me preocupaba que tú no lo supieras.

—¿Hay algún problema? —dijo el padre.

—En principio no —dijo Betty—. Y se las arregla muy bien.

—Sólo queda Muriel —dijo Forbes—. Para ella sí sería un problema.

—¿Cómo va con el ordenador?

—¿Tú qué crees?



Betty frunció el ceño mientras sus dedos tecleaban.

Meneó la cabeza y en la pantalla apareció la cuenta bancaria personal de Graham.  
—No termino de entenderlo. Ha estado haciendo unos pagos muy extraños.

Aunque Graham y Gary (como seguía obligado a llamarle) continuaban viéndose con regularidad, Graham en ningún momento mencionó su visita a la comisaría ni que conocía la respetada posición de Kevin en el distrito..., un papel que hasta Graham veía que a Kevin le hacía tan vulnerable al chantaje como lo era él mismo. Pero ¿cómo podría invertir los papeles? Por el momento no había nada que hacer, como no fuera salir del armario y contárselo a Betty y a su madre.

Un aspecto negativo del mercantilismo agudizado de la relación entre los dos hombres fue que Graham vio en gran parte mermado el placer que habría podido esperar. Hacía a desgana y sin alegría lo que el otro le mandaba, porque no conseguía olvidar que estaba siendo físicamente humillado y que, además, pagaba el privilegio con el precio más alto: la afrenta a su orgullo.

Su evidente apatía, aunque totalmente comprensible, irritaba a su torturador, porque pensaba que se le debía un mínimo de pasión. Pero no la recibía y Graham no era un buen actor para simularla.

«Este aguafiestas», se decía Kevin. Pero había compensaciones, pensó, mientras se embolsaba otro billete de los grandes.

Llegó un momento en que el aburrimiento hizo mella incluso en Kevin, y cuando se veían el dinero cambiaba de manos, pero empezaba a ser el único intercambio entre ellos.

La resaca de aquellos encuentros sin placer también afectaba a Betty. La exuberancia que había convertido a Graham en un dinámico compañero de cama prácticamente se había extinguido. Se acostaba y se dormía, pero a menudo ella se despertaba a media noche y le encontraba también desvelado.

Al principio Betty pensó que era lo que cabía esperar, que el matrimonio estaba destinado a perder lustre. Pero había otros detalles más inquietantes. Al desvestirse, Graham siempre había dejado la ropa bien doblada encima o en el respaldo de la silla y los zapatos, con los calcetines dentro, perfectamente ordenados debajo de la cama. El nuevo Graham dejaba la camisa tirada en el suelo y los zapatos en cualquier sitio, por lo que Betty se preguntó si estaría sufriendo una crisis nerviosa, aunque luego llegó a la conclusión de que no tenía suficiente imaginación para eso.

Pero algo andaba mal, y las uñas de Graham eran un desastre.

La convivencia se había vuelto casta, pero no por ello carente de afecto. De hecho, desde su problema Graham se había vuelto mucho más amable, considerado y expansivo que antes. Acudía a su mujer en busca de consuelo y relajación, pero nunca era explícito respecto por qué los necesitaba. «La vida», era lo máximo que decía.

—¿Es el trabajo? —preguntaba Betty.

—No, la verdad.

—¿No estarás enfermo?

Él negaba con la cabeza, en silencio.

—Eres tan buena conmigo —farfullaba antes de sumergirse en un sueño agitado. Esa noche, sin embargo, permaneció despierto y habló de su futuro común y dijo que no quería pasarse el resto de su vida en un banco y que si ella había pensado alguna vez en irse a Australia.

Betty nunca había pensado en Australia, porque estaba muy contenta en Alwoodley. Así que se disponía a «hablar del asunto a fondo», como lo había expresado él, cuando Graham saltó de la cama y atisbó por las cortinas entreabiertas.

—¿Qué pasa?

—Nada —respondió él—. Me ha parecido que había un coche fuera.

—Al principio —dijo Betty—, pensé que estaba robando al banco, pero no entendía por qué, ya que siempre hay mucho dinero en su cuenta.

De nuevo estaban en la cama, ella con el portátil abierto sobre las rodillas y Forbes con un libro abierto entre las manos.

Betty no le dijo a Forbes que lo que le sorprendía no era el desfaldo en sí, sino que las sumas en cuestión, aunque no minúsculas, eran relativamente pequeñas. Por codicioso que fuera Graham y por audaz que creyera ser, siempre había tenido aspiraciones modestas y ambiciones limitadas: él nunca se había percatado de cuán limitadas. Por ejemplo, no se había dado cuenta de que lo que él creía que era la fortuna de Betty no eran, en realidad, sino los intereses acumulados de su auténtica fortuna, depositada en otra parte. Visto así, los desfaldos que Graham realizaba en el banco eran desdeñables, pero había que reponer el dinero, y hacerlo rápidamente, antes de que una auditoría los pusiera en evidencia.

En realidad estaba cometiendo una injusticia con Graham. Ciertamente era modesto en sus pretensiones, pero también lo era Kevin, y eran las exigencias de éste las que dictaban las retiradas de fondos, siendo limitadas las expectativas de ambos.

—¿Entonces adónde va a parar el dinero? —dijo el señor Forbes.

—Dame cinco minutos —dijo Betty.

Más sencillo, por supuesto, habría sido preguntar al propio Graham: «¿Te están chantajeando?», pero ciertas consideraciones hacían inviable esta iniciativa. Para empezar, destruiría la cobertura de Betty como esposa simple y amantísima, que no sabía nada de dinero ni de cuentas ni del mundo en general. Ya era bastante enojoso tener que revelarle que había estado escudriñando sus extractos bancarios y que, a fuerza de hacerlo, había adquirido los conocimientos necesarios para detectar pagos dudosos o inexplicables. Más indeseables, con todo, para Betty, en términos generales, serían los cambios que sufriría la relación conyugal si Graham se enteraba

de que ella sabía que era gay (aunque sólo ocasionalmente). Aun privado de estímulo intelectual, el montaje marital resultaba para Betty muy satisfactorio. Los ajustes consiguientes, en caso de que los dos se sincerasen, serían tan radicales (y tediosos) que ni siquiera valía la pena ponderarlos... Las rabietas de él, la tolerancia de ella, no: no solucionaba nada poner las cartas sobre la mesa.

—Le he pillado —dijo Betty...

La madre de Graham estaba pensando en tomarse un jerez temprano cuando llamaron al timbre. Era un policía.

—Buenas tardes, señora Forbes. Soy el agente de prevención de delitos. Ha habido una serie de robos en el vecindario y estamos efectuando una inspección de las medidas de seguridad de las viviendas.

Le mostró una tarjeta acreditativa.

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto.

Pero él, en vez de entrar, se quedó en el umbral.

—No se ofenda, señora Forbes, pero ha cometido ya dos errores. Uno, ha abierto la puerta inmediatamente sin poner la cadena ni comprobar quién ha llamado. Dos, ni siquiera ha mirado mi identificación. Compruébela.

Se la volvió a enseñar y ella la examinó con más cuidado. Era un carnet de un club de natación, en la que el policía..., si lo era..., aparecía en traje de baño, medio desnudo.

—Es una foto preciosa —dijo ella—, pero no es la legal.

—Exactamente. A veces hay que cometer delitos con el fin de prevenirlos. Éste es el documento que debería haberle enseñado —dijo el agente, y le mostró otro con una foto (esta vez vestido) que acreditaba su condición de policía—. Ahora que ya ha visto mis credenciales, señora Forbes ¿puedo pasar?

—Desde luego —dijo ella—. Estaba a punto de preparar un té.

—Podría haber sido cualquiera —dijo más tarde el señor Forbes.

—Sí. Me lo ha dicho, pero yo reconozco a un policía nada más verlo. Y si tanto te preocupa mi bienestar, deberías estar más tiempo en casa. ¿Cuánto se tarda en instalar una estantería?

—Las estanterías ya las tengo terminadas, sólo me faltan los burletes.

—¿Cómo era? —dijo Graham.

—Muy guapo —dijo su madre—. Me enseñó una foto suya en traje de baño.

—¿El policía? ¿Para qué diablos?

—Para ponerme a prueba. Luego me enseñó la buena, vestido. Es el agente de

prevención de delitos.

—No paras de decirlo. ¿Qué le has dicho?

—No he tenido que decirle nada. Lo sabía todo. Viene en Internet, por lo visto.

—¿Internet?

—En el ordenador. Uno de esos chismes.

—Lo que tú no comprendes —dijo Graham— es que ahora que ocupo un puesto más alto en el banco somos mucho más vulnerables. Cada cierto tiempo secuestran a familiares de banqueros para tener acceso a la caja fuerte.

—No en Alwoodley, seguro. Le he dicho que no me gustaba que la policía supiera todos los detalles y me ha contestado que era sólo por si acaso. Aunque tenía un par de datos incorrectos. Creía que te llamabas Toby. «¿Toby?», le he dicho. Le he dicho que cuando eras pequeño tuviste un perro que se llamaba Toby, ¿te acuerdas? Aquel animalejo maloliente del que nos tuvimos que deshacer... Era el único Toby que yo conozco. Nos hemos reído.

—Una mujer simpática, tu madre —dijo Kevin—. Te adora.

—Sí —dijo Graham—. Es la única razón de que esté aquí.

Estaban en otro aparcamiento desolado.

—Pero es una lástima que te hayas casado. Tu madre no se lo esperaba.

—Déjala en paz.

—¿Cómo dices?

—¿Qué tiene que ver mi madre contigo? Te pago, ¿no? Déjala en paz.

—Tengo que cumplir con mi deber. La vivienda no está adecuadamente protegida. Ni siquiera tiene alarma.

De modo que en su momento, el policía de la señora Forbes le hizo una «visita de seguimiento» y llevó a la propietaria de la casa las últimas publicaciones sobre la tecnología láser al servicio de la prevención del delito. Ella le había servido un jerez y estaban en el salón hablando del lugar más apropiado para instalar los sensores en caso de que ella optara por invertir en comprarlos. Cuando él se puso de pie encima de una silla para señalar los puntos preferidos, dio ocasión a la señora Forbes de admirar la misma espalda musculosa que su hijo había tenido la oportunidad de acariciar la noche aciaga anterior a la boda. Pero ahora la cubría una tirante camisa blanca de uniforme, realzada por unas charreteras, y con un buscapersonas en el bolsillo trasero.

—¿Y todo este asesoramiento es gratuito? —preguntó la señora Forbes.

—Absolutamente, porque desde el punto de vista policial es rentable por sí mismo. Cuanto más segura una vivienda, tantos menos robos. Señora Forbes... —dijo el policía.

—Por favor —dijo ella—. Llámeme Muriel...

Y le puso una mano en la rodilla.

Cuando alrededor de una hora más tarde el señor Forbes entró en casa, encontró al ama de la misma y al agente de policía sentados en el sofá, donde ella le mostraba álbumes de fotos con imágenes de Graham de pequeño.

—Éste es Toby —dijo ella, señalando a un astroso terrier escocés acunado en los brazos del niño—. Un perro espantoso. Siempre revolcándose en porquerías.

—¿Conoce a Graham? —preguntó el señor Forbes cuando el policía se hubo ido.

—¿Conocerle? —dijo su mujer—. ¿Por qué iba a conocerle? Es un policía.

Tras haber echado un buen vistazo alrededor de un aparcamiento distinto, esta vez de muchos pisos, Kevin lo mantuvo vigilado durante como mínimo una hora antes de deslizarse bruscamente en el asiento del pasajero contiguo al de Betty.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Soy la mujer de Graham.

—¿Por eso está llorando? Aunque debo decirle que no conozco a ningún Graham. ¿Se refiere a Toby?

—Posiblemente —dijo Betty, y se sonó la nariz.

—Si se llama Graham, ¿por qué dice que se llama Toby?

—¿Cuánto quiere usted? —dijo ella—. O sea, para resolverlo.

Diez minutos después, satisfactoriamente concluida la conversación, Kevin se apeó del coche.

En el otro lado del aparcamiento, Forbes padre sacó otra fotografía y apagó su grabadora.

—Un placer hacer negocios con usted —dijo Kevin. No es lo que dijo cuando al día siguiente encontró en su buzón una copia del CD.

—Llevamos una vida emocionante —dijo el señor Forbes en el trayecto de vuelta a casa—. Antes no era así.

Así que las llamadas telefónicas cesaron abrupta e inexplicablemente, y al no tener noticias de su torturador de otro tiempo, el vigor conyugal de Graham resurgió y, con las uñas de nuevo inmaculadas, la vida volvió a los cauces habituales. Para su sorpresa, no hubo reclamaciones en el banco y cuando finalmente revisó sus cuentas no pudo encontrar rastro de que hubiese habido en ellas operaciones incorrectas. Cuando tenía alguna preocupación laboral, solía consultarla con Betty, pero en este caso no podía hacerlos y estuvo una temporada intranquilo hasta que por fin llegó a la conclusión de que el hecho de que Kevin fuera policía le había inducido... o quizá el cuerpo de policía mismo... a realizar las devoluciones necesarias, para evitar líos.

La señora Forbes, beneficiaria involuntaria del chantaje frustrado, sigue sin enterarse

de nada, ignora tanto los desfalcos de su hijo como el ingenio de su nuera, que, al igual que su marido, sólo quiere salvaguardar la inocencia de la madre.

Esta inquietud podría parecer admirable, de no ser porque en ella hay también un interés personal, y una aversión a los trastornos y el apego de todas las partes concernidas a un paisaje conocido que sin duda experimentaría grandes cambios si llegara a producirse la revelación catastrófica de la sexualidad del hijo de la señora Forbes.

Había también..., y esto puede ser más difícil de entender..., había afecto. Por monstruosa que fuera, tiránica y esnob, la madre de Graham era una arpía desde hacía tanto tiempo que sus sentimientos, sin embargo (aunque a menudo sólo era posible conjeturarlos), merecían respeto. Si bien no era todavía un monumento antiguo, era un vestigio, y sólo por eso merecían preservarse su actitud y su ignorancia acorazada.

Nada de esto habría contado con la aprobación de la propia interesada, que era objeto de unas precauciones tan exageradas, pues casi con certeza ella las habría considerado innecesarias e inadecuadas. La madre de Graham no necesitaba protegerse del conocimiento de que su querido hijo era homosexual: lo sabía desde siempre. Era una opinión que nunca se había molestado en comunicar a su marido, pero antes de que Betty apareciera en sus vidas siempre había pensado que Graham era «de los que no se casan», y una de sus (inexpresadas) quejas contra ella era que la boda la había obligado a reconsiderar su convicción.

Así que cuando Kevin, gastando su último cartucho (y más por despecho que por interés personal), fue una tarde a la casa y descubrió todo el pastel (al cabo de tanto tiempo), la señora Forbes se quedó más aliviada que sorprendida: las aguas retornaban a su cauce natural. Había tenido razón en todo momento. Interpretó, por supuesto, el papel de una buena actriz aficionada al comportarse como ella se figuraba que debía de ser la reacción de una madre destrozada: con la mirada fija y la mandíbula adusta se asomó a la ventana para contemplar el naufragio de todas sus esperanzas, y su actuación fue tan convincente que Kevin se sintió impulsado a depositarle una mano consoladora en el hombro.

Lo cual fue un error.

Ella sirvió sendas copas de jerez. Al mirar a aquel joven encantador, difícilmente podía censurar a su hijo, que en definitiva poseía un gusto impecable. Casarse con una chica tan feúcha como Betty había sido un lapsus sólo temporal, por fortuna, y la consecuencia era que lo que un hombre necesitaba en una mujer (y que la señora Forbes se sentía capaz de ofrecer) era perfección: a falta de ella, a un muchacho como Graham no se le podía reprochar que prescindiera de todo el género femenino y buscara en la otra acera.

—¿Se le puede censurar? —le dijo ella al cautivo Kevin—. Hay que ser mujer para entenderlo.

Llevada a su conclusión lógica, esta teoría de libre mercado aplicada a la preferencia sexual apenas era sostenible, pues entonces hordas de heterosexuales desencantados engrosarían las huestes de los invertidos. Tampoco es que a la señora Forbes le importara mucho esta idea, porque de momento estaba concentrada en una infracción más inmediata de la rectitud que imperaba en el barrio.

En resumidas cuentas, cuánto mejor..., cuánto más *sano*... que todas estas personas, todos estos familiares hubieran sido más francos entre sí desde el principio.

Así las cosas, hay muchas posibilidades de que Betty se aburra de Graham y que recurran a la obvia solución del divorcio. Sólo que ahora tienen gemelos a los que adoran, y además el divorcio entrañaría que se revelaran verdades incómodas que ninguno de los dos desea conocer.

Si alguna vez llegaran a saber que el señor Forbes todavía se acuesta de vez en cuando con su nuera y que además lleva una vigorosa vida de fantasía en Internet, su mujer y su hijo se avergonzarían; pero ¿por qué habrían de enterarse cuando el único indicio de su relación clandestina con Betty es la desmesurada aflicción que ella manifiesta cuando, pocos años después, muere de un infarto el señor Forbes? La muerte de su marido, a la par que por fin ofrece a la señora Forbes una ocasión de interpretar la escena largo tiempo ensayada de un luto repentino, también estrecha más la relación entre Graham y su madre, muy parecida a la que mantenían antes de su boda. Luego, después de haberse tomado un jerez de más, y pensando que lo mejor es reforzar el vínculo afectivo con su hijo y demostrarle que aún sigue en activo, la señora Forbes le cuenta su aventura con Kevin. Ha durado menos de lo que ella da a entender; la breve relación se vio truncada cuando, meses más tarde, Kevin murió en el curso de una persecución en coche a gran velocidad por una autopista, una muerte que podría parecer más relacionada con la economía narrativa que con una conducción temeraria y alocada. La revelación de esta aventura, por superficial que fuese, lejos de acercarle más a su madre, escandaliza e incomoda a Graham, que piensa que ella podría haber tenido la gentileza de silenciar una noticia tan desagradable. Además le recuerda su propia orientación sexual, que le gusta pensar que es un secreto que sólo él conoce.

Graham vuelve a casa y le cuenta a Betty el enredo de su madre con Kevin, «ese policía gay», como le describe. Betty, como no es de extrañar, no se sorprende y promete no contárselo a nadie, refiriéndose en especial a los gemelos. Tampoco deberá decirles lo que Graham todavía no le ha dicho a ella, es decir, que el padre de los gemelos no es como los demás hombres y es probable que siga siendo distinto a ellos. Claro que, de entrada, si él se lo hubiera dicho a ella no se habrían casado y esta historia no existiría.

Pero el secreto más secreto sólo Betty lo conoce: que el padre de los gemelos es probablemente su abuelo.

En suma, los secretos abundan, y Betty es la que más tiene, como de todo lo demás. Aun así, todo el mundo, si no está contento, tampoco está descontento. Y van tirando.





ALAN BENNETT. (Leeds, 1934) es un dramaturgo, actor, novelista y guionista británico, ganador un Premio Tony por su obra *The history boys*.

Estudió Ruso en la Joint Services School for Linguist, e Historia en el Exeter College de la Universidad de Cambridge.

Comenzó como actor cómico en teatro y posteriormente en la BBC, en la que durante muchos años intervino en numerosos programas, con gran éxito de público, además de escribir guiones para radio y televisión.

Fundamentalmente dramaturgo, publicó su primera obra teatral en 1968.

Entre muchas y celebradas obras es autor de: *Habeas corpus* (1973), *Forty years on* (1969), *Kafka's Dick* (1986), *The madness of George III* (1991), y varias de ellas, han sido llevadas al cine.

Aun con una dilatada literaria a sus espaldas, sólo comenzó a escribir prosa en la última década. Ha obtenido importantes premios.

# Notas

[1] Serie de Radio 4 de la BBC, que describe la vida cotidiana en un ambiente rural.  
(N. del T.)<<